



CICÓ



TESTAMENT.
DEL GALLIC
CATEGORIC



PQ7297
.Z3
T4

002854

40210



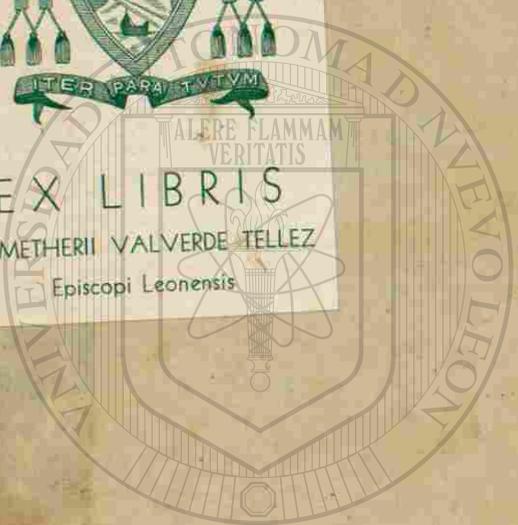
1080019445



INTER PARIA TERTIUM

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ra esprimir sobre el papel, permítaseme la es-
presion, las hondas penas del alma.

Yo, pues, amigo mio, que, aunque lejos del
país que me vió nacer, miro las desgracias de
la madre patria con el pesar profundo de un
buen hijo, he cogido la pluma con el noble fin
de arrancar la careta con que se encubren los
aspirantes que la aniquilan, y presentarles á los
ojos de mis conciudadanos tal cual ellos son,
sin cuidarme de si en mi pintura podrán creer-
se retratados los ambiciosos de otras naciones
que, como la mia, se ven esquilmas por los
falsos patriotas.

Nadie como vd. que con tanta maestría sabe
trasladar al papel los delicados pensamientos
de su alma, conocerá, sin duda, cuántas dificul-
tades se presentan al escritor para ser buen sa-
tírico, y la suma de conocimientos que para ma-
nejar con acierto la sátira son indispensables al
que tan delicado género toca, si no quiere de-
generar en insultante ó chocarrero.

Yo, pues, que no desconozco aquellas dificul-
tades, y que no cuento con estos conocimien-
tos, no me hubiera atrevido á dedicarle á vd.
esta obra, y mucho menos á presentarla al pú-
blico, si varias personas inteligentes, que han
tenido la condescendencia de oirla leer, no me
hubieran hecho creer que algo vale.

Si, pues, ellas se han engañado, y mi obra no
corresponde al trabajo que el escribirla me ha
costado, lo sentiré infinito; pero en medio de mi

sentimiento, tendré siquiera la satisfaccion de
ver que con ella traté de manifestar á vd. el al-
tó aprecio que le consagro, y le consagrará, aun
cuando el destino me haga volver á mi amada
España, su franco, leal, y desinteresado amigo.

Niceto de Zamacois.

de cerebro mas mal arreglado, como el burro que se disfrazó con la piel de leon, y que al fin vino á descubrir lo que era por no poder ocultar sus boricales orejas. ¿Quién fué el gran Anaxágoras que floreció hasta el año de 428 antes de Jesucristo? [y traigo personajes antiguos para ver si logro pasar por sábio, como pasan tantos pedantes escritores solo porque hacen ostentacion de una ridícula erudicion] ¿Quién fué, repito con toda la arrogancia de autor, Anaxágoras, si no un filósofo, segun nuestra locura, que vino á poner en claro lo oscuro y desarreglado que andaba su entendimiento, al asegurar que el sol era una masa inflamable casi tan grande como el Peloponeso, y que el firmamento era de piedra? Pero no solo Anaxágoras, sino tambien Diógenes, Dracón con sus severas leyes, Demócrito, Empédocles, Tolomeo, Euclides, Heráclito y otros mil con cuyos nombres pudiera manifestar mi erudicion á la moda, no fueron mas que otros tantos locos que llenaron de asombro á otros mas locos que ellos. Carlomagno, [sigue la erudicion al estilo de nuestro siglo] el guerrero que llenó de asombro al mundo, el que honró á la Francia con su saber y con su valor, tenia la locura de temblar á la vista de un insignificante raton. El illustre prisionero de Santa Elena, el célebre Napoleon que no creia en nada, ni nada temia, ni nada respetaba, y que era capaz de reirse de un entierro, como decia mi padre, á quien el lector no conoce ni le importa conocer, consultaba el libro de los destinos antes de emprender cualquier obra; y tiempo hubo en que los hombres, segun nos cuentan, dieron en la ridícula manía de amarrar los perros con longanizas, creyendo que no se las comerian por respeto á la propiedad ajena; y en fin sábios filósofos ha habido tan locos, que han creido que la educacion influye tanto sobre la naturaleza, que ella es suficiente hasta para hacer desaparecer el instinto y natural inclinacion de los ani-

males, poniendo á prueba su doctrina como se ve en la siguiente relacion.

“Habia dos filósofos que sostenian, el uno que la naturaleza cedia toda su fuerza á la educacion, y el otro que esta no tenia el poder necesario para contener todos los impulsos de aquella. El que sostenia que la educacion lo dominaba todo, convidó al de contraria opinion, á comer á su casa, donde en un extremo de la mesa colocó á un gato que, con una luz en la mano, estuvo en todo el tiempo que duró la cena, ya arrimando los platos á su amo y al convidado, ya destapando las fuentes donde estaban los guisos mas delicados, pero sin manifestar anhelo de comerlos.—Aquí teneis probado el influjo de la educacion sobre la naturaleza; le dijo el obsequiante al convidado: ese gato á quien no he dado de comer, se contiene y refrena su apetito por la educacion.—Es verdad, contestó el otro filósofo; pero no me daré por vendido hasta no hacer una prueba, para lo cual os convidó á que vayais mañana á comer á mi casa, llevando á vuestro gato. Convenidos en ello, concurrió al convite; y el animal estuvo, como el dia anterior, con la mayor tranquilidad en la mesa; pero cuando el dueño de él iba á cantar victoria por su sistema, alzó el otro la tapa de un platon donde tenia oculto un ratoncito, que echó á correr sobre la mesa, sobre el cual se arrojó al momento el gato, tirando la vela y los platos para cogerle, y echando por tierra el sistema en que su loco amo se habia calentado tanto la cabeza.

Estas reflexiones hacia yo una noche para mi levita, pues no siempre se ha de decir para mi capote, y yo no tenia capote sino levita esa noche, teniendo á la vista la Metempsicosis de Pitágoras, ó sea la doctrina de la transmigracion de las almas de un cuerpo á otro. Pero si esa transmigracion no fuera una locura, y yo fuera el loco en no creerla, no habria duda en que las culebras estarian

animadas por el alma de los bajos aduladores, puesto que como éstos se arrastran por el suelo para conseguirlo que desean: los usureros se albergarían en el cuerpo de las sanguijuelas para seguir chupando la sangre del prójimo, como chuparon á las viudas y retirados la plata de sus bolsillos: cada mandarin en alacran, pues como estos, devoran en cuanto nacen á la madre que les diera el ser: esto es á la patria: los aspirantes en lobos carniceros que viven á espensas de los rebaños de ovejas: en estas se transformarían todos los que forman la clase llamada del pueblo y que siempre ha sido devorada por los patriotas lobos: los fátuos elegantes de lente y corsé que mudan un vestido cada día, que á todas horas se miran al espejo y que se quiebran en cada saludo que hacen, irían á habitar en los cuerpos de los monos á quienes se parecen: las mugeres pasarían á ser cotorras para charlar continuamente; algunos tramposos se convertirían en langosta que cae sobre las sementeras, así como caían sobre las casas de comercio y tiendas: los cesantes, ilimitados, viudas y retirados, en camaleones para que siguieran alimentándose de aire: los periodistas en escorpiones; y los políticos en cangrejos. Pero no; proseguí diciendo: todo es una fábula: la transmigración es una locura de Pitágoras; y por mas que el doctor don Juan B. Morales se empeñe en probarnos en sus varios artículos escritos en dos épocas memorables que le habló un gallo dentro del cual estaba el alma de Pitágoras, yo no le he de creer hasta que no le ves; que en esto quiero seguir aquella máxima de Santo Tomás, *ver y creer*.

El ruido producido por el aleteo como de alguna ave, y el canto de un gallo que resonó cerca de mí, me sacó de mis reflexiones.

— ¡Se ha visto cosa mas original! volví á exclamar despues de cerciorarme de que nada habia en mi cuarto. En cuanto hablé del gallo Pitagórico, ha cantado uno

cerca de mi oído, y nada vec: ¿habrá sido creación de mi fantasía? Sin duda que sí, porque tanto creo que el alma de Pitágoras habita en el cuerpo de un gallo, como que el célebre filósofo no haya sido un loco mas grande que el atenerado D. Quijote de la Mancha.

Un segundo aleteo, y en seguida el mismo canto del gallo, volvió á repetirse: volví los ojos hácia todas partes con asombro, y ya iba á levantarme de mi asiento cuando oí una voz como de gallo que me dijo:

— No prosigas, temerario, discurrendo necedades: la doctrina de Pitágoras es cierta, y solo un loco como tú pudiera dudar de ella.

— ¡Cielos! exclamé lleno de asombro sin poder sospechar de dónde viniera aquella voz. Sin embargo, como estaba persuadido de que en mi cuarto no habia persona alguna que pudiera dirigirme la palabra, y mucho menos adivinar mis pensamientos, me levanté de mi asiento, y como quiera que mi curiosidad escedia al espanto que el lector debe suponerse que tales palabras me dieran, pregunté.

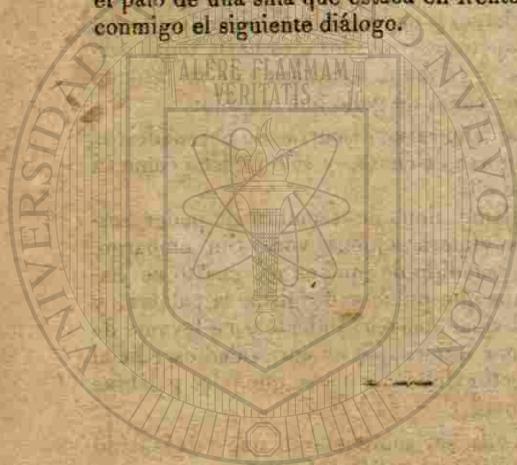
— ¡Quién sois vos, ser sobrenatural, que habeis leído en lo interior de mi alma, y dónde estais?

— Soy, merespondió la misma voz gallesca, un ser que te aprecia, que viene á desvanecer tus errores, y que aguarda que te abras la ventana detrás de la cual se encuentra.

— ¡Detrás de la ventana que está á treinta piés de altura de la calle y á donde no hay escalera para subir!..

Confieso que esta reflexion me llenó de terror, porque consideré que ninguna persona humana podia llegar á la ventana y menos caber detras de ella; pero venciendo al fin mi natural terror, corrí apresuradamente, y con escuero vi ni mas ni menos que un hermoso gallo que

me saludó, pronunciando mi nombre, con el mayor afecto, y que tendiéndome una de sus patas, con la misma franqueza con que se tienden la mano dos buenos amigos, y de penetrar en mi cuarto, donde se colocó sobre el palo de una silla que estaba en frente de la mía, tuvo conmigo el siguiente diálogo.



CAPITULO II.

Donde el pio lector, si es que se llama Pio, ó no es impio, verá, si no es ciego, quién era el gallo, y cómo hay animales como los hombres, y hombres como los animales.

En cuanto mi personaje plumífero me vió mas tranquilo, y notó la curiosidad que yo tenía de saber con qué objetó me hacia aquella inesperada visita, batió las alas, se tocó la cresta con su pata derecha, y poniéndose luego sobre ambos pies, y tomando una actitud afable me dijo:

—¡Con qué fin estabas haciendo reflexiones sobre los diversos sistemas de los sábios?

GALLO PITAGÓRICO.—2,

— Con el fin de hacer una introduccion ó prólogo mas inflado que globo aereóstático, al estilo del dia, que me valiera el renombre de lo que no soy, ni he soñado ser, ni he nacido para serlo; esto es, sábio escudriñador de los secretos de la naturaleza, como lo adquieren muchos farolones que *no saben de la misa la media que se meten en camisa de once varas, y que una dan en el clavo y cien en la herradura*, aunque esto no es un obstáculo para que consigan sus fines, pues como dice un proverbio, *de audaces es la fortuna, y á Dios rogando y con el mazo dando*. Y como el que *con lobos anda á ahullar se enseña*, yo, como amigo de varios autores de prólogos, no he podido resistir á la comezon de hacer uno, ni hacer traicion á la sangre de escritor de que desciendo, pues como dice un refran castellano, *de casta le viene al galgo el ser rabilargo*; aunque me dé por resultado el *ir por lana y volver trasquilado*, esto es, que buscando renombre, solo encuentre silbidos; pero en fin *con algun riesgo se alquila la casa*: ni ha de ser todo paz y dulzura, sino que *el que está á las maduras tambien ha de estar á las duras*: además de que *el que no se arriesga no pasa la mar, y el que no quiera horrascas que no se metá á marinero*.

— Sí; pero aunque muchos hacen prólogos, no debes tú imitar la *bambolla con que están escritos*, para que *no sea mas el ruido que las nueces*; pues no te se debe ocultar que *por el hilo se saca el ovillo*; y podrá ser que *busques cotufas en el golfo y lleves en el pecado la penitencia*; pues todos saben que *al mejor cazador se le va la liebre*; y no será difícil que *á donde pensais hallar tocinos no haya estacas*; porque *el hombre pone y Dios dispone*; aunque esto no es decirte que no tengas el suficiente talento para hacer un prólogo que pueda arder en un cándil; pues *mas sabe el loco en su casa que el cuerdo*

en la agena, y el que carga el costal sabe lo que pesa: además de que *cada uno es dueño de sus obras y puede hacer de su capa un sayo*; y tú, por lo que trasluzco, *no tienes padre ni madre ni perrito que te ladre*, y nada te puede importar que te digan aquello de, *quiere mi padre lo que no quiere Dios*, porque estoy seguro, segun lo resuelto que te veo á escribir, que contestarás á *palabras necias oídos sordos*.

— Sin duda; y aunque entre en mi prólogo y la obra que le siga haya tanta relacion *como por los cerros de Ubeda*, yo me he propuesto escribir uno y otra y *salga el sol por Antequera*, pues *cuando Dios quiere con todos aires llueve*. Y sobre todo, un hombre como yo que no tiene *ningunas cabras que guardar*, y que sabe *dónde le aprieta el zapato*, algunas verdades de Perogrullo, varias anécdotas; que ha leído la Atala, el Robinson, el Bertoldo, y sobre todo que sabe de memoria las charadas de multitud de poetastros que han aparecido en la escena periodística, debe echar *pelillos á la mar* y no pararse en *escripulos de monja*; porque al fin *de menos nos hizo Dios, y para Dios no hay imposibles, y donde menos se espera salta la liebre*. Pero dejémonos de tanta charla, y decidme de una vez quién sois, que bajo la forma de un gallo, teneis la bondad de hablarme de literatura y de prólogos, y que ensartais mas refranes que el panzon escudero del héroe de Manchego.

— *Dijo la sarten á la caldera, tirate allá culinegra*: tú empezaste con los refranes, y me los echas á mi en cara; ahora conozco cuán cierto es aquello de *remos la paja en el ojo ageno y no vemos la viga en el nuestro*; pero en fin *Dios los cria y ellos se juntan*. Sin embargo, yo sé hablar de la manera que me hablan, pues *al son que tocan bailo*, y si contesto con refranes, es porque con refranes me preguntas; de suerte que estamos *tal para cual*

y no digo mas porque ya sabes que al *buen entendedor con media palabra basta.*

— *El que llama al toro que sufra la cornada:* teneis razon; pero respondedme, si tanto favor merezco ¿a quién tengo el honor de estar hablando?

— Acabas de leer la *Metempsicosis* de Pitágoras, y las obras del doctor don Juan Bautista Morales; tienes á la vista un gallo que te habla, ¿y aun no adivinas quién sea, cuando me parezco tanto al último como el *freir y el llover?*

— ¡Cómo! exclamé admirado; ¡El gallo Pitagórico? ¡Será posible!

— Sin duda.

— Ya debía yo saber que cuando la sartén chilla algo hay en la villa, y que cuando el río suena agua lleva. Pero disimulad, señor gallo, el que yo me haya calentado tanto la cabeza, y haya gastado tanto papel y tiempo, queriendo probar que el señor Pitágoras, á quien no tenía el honor de conocer, fué un loco; pues bastante castigado estoy con ver que me ha sucedido lo que al *sastre de campillo que cosía de balde y ponía el hilo.* Pero ¿cuál, si teneis á bien decirme, es el objeto de vuestra visita? pues ya sabeis que *hablando se entienden las gentes.*

— Dos objetos son los que me han traído: el primero el de enseñarte á que no tengas por locos á los grandes hombres, que no comprendes, como Pitágoras, y que la locura existe en tu cabeza de *chorlito* que no concibe lo maravilloso y sorprendente, y que iba á salir con una *pata de gallo*, sin ver que podia quedarse en su cbra como el gallo de *Moron sin plumas y cacareando*, y que por tener mucho gallo, y ser engreido como gallo de cortijo, podia encontrarse con que *escarbó el gallo y descubrió el cuchillo*, como le suele suceder siempre al que oyó al gallo cantar y no supo en qué lugar, sin ver que otro gallo

le cantara si meditara mas las cosas, y no olvidase que al gallo que canta le aprietan la garganta, y que solo es conveniente aquello de cada gallo canta en su muladar.

— Conozco mi delito, señor gallo, y que hablé por boca de ganso al poner en duda la *transmigracion* de las almas. Espero á lo hecho pecho; que yo prometo no decir esta boca es mia, ni volver á despegar en lo sucesivo mis labios sobre este asunto, pues sé que en boca cerrada no entran moscas, y que al buen callar llaman Sancho. Ahora, pues, que conoceis, señor gallo, mi arrepentimiento, dignaos decirme, si es que tanto merezco, cuál es el otro objeto de vuestra visita, pues ya sabeis que el que pregunta no yerra, y que el que no toma consejo no llega á viejo.

— El segundo objeto de mi visita es hacer mi testamento, y que tú lo publiques donde mejor te parezca; pues aunque no estoy en peligro de muerte, jamás me olvido de que *hombre prevenido vale por dos*, ó como otros dicen, *jamás fué vencido*, y que *mas vale pájaro en mano que buitre volando.*

— De Dios viene el bien y de las abejas la miel. Pero me parece imposible; ¿qué, será cierto que habeis puesto los ojos en este pobre diablo para escribir vuestro testamento, y que ya tengo la sartén por el mango? Dios os lo premie, que yo no he de despediciar jamás tan favorable coyuntura para immortalizar mi nombre, pues dice un refran, *cuando te den la vaquilla marcha con la soguilla.* ¿Y qué clase de testamento es el que vais á hacer?

— Mi testamento no hablará de millones de duros que dejo á este ó al otro heredero, porque jamás he sido ajotista, ni ministro de hacienda, ni usurero, ni vista de aduana, ni mayordomo de monjas, ni nada donde se pueda meter la mano hasta el codo y sacarla llena de plata

sin que se conozcan sus frecuentes visitas, sino que trataré solamente de pintar á la sociedad tal como es, criticando sus defectos, satirizando todo lo malo, y no dejando títere con cabeza sea del país que fuere; pues mi testamento se estiende á todo el mundo sin exceptuar nacion ninguna, pues como dice un refran *en todas partes cuecen habas y en la mia á calderadas*; pero lo haré con franqueza y sin *tirar la piedra y esconder la mano*.

—Me agrada. Criticar á todos y á ninguno, diciendo *al que le venga el saco que se lo ponga*. Magnífico: eso se llama seguir al pié de la letra aquello de *ni quito ni pongo rey*, aunque olvidándose de la sábia máxima que dice, *el que se mete á redentor sale crucificado*; aunque si se consigue el que se enmiendan algunos, y no sucede lo de *predicar en desierto sermón perdido*, podremos exclamar, *los dueños con pan son menos*. Cierto es que la mayor parte de los hombres son unos ingratos que no merecen que uno trabaje por ellos, y que para uno que os bendiga habrá mil que digan *¿quien le dió vela en este entierro?*, y aquello otro de, *cuidados agenos matan al asno*, con otras mil cosas insultantes.

—Lo sé; pero un refran nos dice, *haz el bien sin mirar á quien*, y yo me he propuesto seguirlo, porque estoy persuadido de que *el que porfia caza venado*.

Figúrese el lector cuál seria mi asombro al escuchar hablar de esta manera al mismísimo Pitágoras bajo la forma de un gallo, que hasta entonces habia tenido yo por una fábula inventada por el célebre doctor don Juan Bautista Morales; y figúrese tambien si echaria en *sacro roto* las importantes revelaciones que iba á confiar á mi pluma, cuando veia realizado aquello de, *uno levanta la caza y otro la mata*. No hay duda, dije para mí, de que *al que Dios quiere dar por la gatera le ha de entrar*; y preparando mi papel y mi pluma, le pregunté á mi distinguido parsonage, si queria que enviase por un escri-

bano que estendiera el testamento y diera fé de lo que iba á testar.

—No hay necesidad de él, pues *cuando menos bultos mas claridad*. Tú puedes ponerlo todo, tal cual ha de estar el testamento que podrá servir de borrador, empujando á escribir lo que yo te dicte; porque como dice un refran *al mal paso darle prisa*, ¿no te parece?

—*El que calla otorga*; y pues se me viene la caza á las manos, ya espero con impaciencia vuestras palabras, pues temo que os arrepintais del favor que me dispensais, pues no olvido que *de la mano á la boca se cae la sopa*.

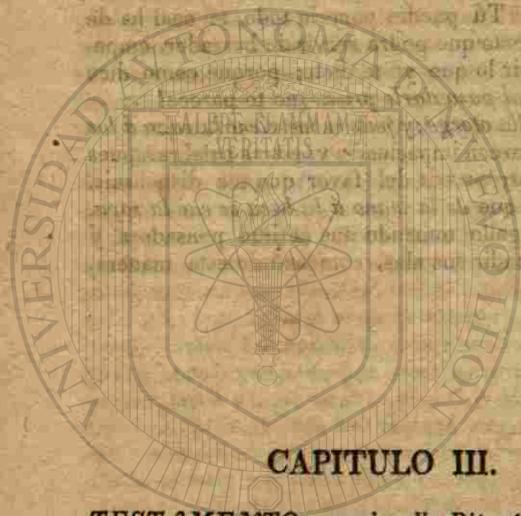
Entonces el gallo tomando una actitud pensadora, y despues de sacudir sus alas, comenzó de esta manera.

CAPITULO III

NOMA DE NUEVO LEÓN

AL DE BIBLIOTECAS

®



CAPITULO III.

TESTAMENTO que el gallo Pitagórico hace para escarmiento de pícaros y consuelo de oprimidos, que podrá servir para todas las partes del mundo donde ha habido hay y habrá bribones.

En el nombre de Dios Todopoderoso, uno en esencia y trino en personas. Yo don gallo Pitagórico, natural de Samos y vecino de donde estoy, hijo legítimo y de legítimo matrimonio de mis padres, difuntos, naturales que fueron del país en que nacieron, hallándome enfermo de *gana de hablar* que Dios Nuestro Señor se ha servido enviarme, pero en mi entero juicio y cabal memoria, creyendo como firmemente creo todos los misterios

de nuestra santa fé católica, en cuya fé y creencia quiero y protesto vivir y morir, y esperando en la Divina misericordia me perdonará mis culpas y pecados por la intercesion de María Santísima Nuestra Señora, á cuyo patrocinio me acojo, para que con el Santo Angel de mi guarda, Santo de mi nombre, y demas Santos de mi devocion me amparen y favorezcan en el trance de mi muerte; hago, otorgo y ordeno este mi testamento en la forma siguiente:

Primeramente encomiendo mi alma á Dios que la crió de la nada, y mi cuerpo á la tierra de que fué formado.

Dejo este mundo en que vivo, hecho un campo de Agramante, ó un revuelto mar, donde los peces grandes se engullen á los chicos, y donde los altos puestos son el resorte que hace levantar en masa á millares de *patrioterros* sin un real, que proclamando *libertad, patria, igualdad, y derechos del pueblo*, se lanzan engañando á este, y favorecidos de él, como aves de rapaña á los productivos destinos, para encasjar sus agudas uñas á la flaca patria que todo lo sufre sin quejarse, y chuparle hasta el quilo la sangre *blanca y amarilla* que otros *patrioterros* sanguijuelas que á ella han estado pegados hasta entonces, le han dejado, porque han caído antes de poderse la sacar. En él, así como antes se dedicaban á zapateros, sastres, carpinteros, y á otros oficios, hoy se dedican á intrigar para medrar, á conspirar contra el que manda, sea quien fuere, para subir, revolviendo la sociedad, llamando tirano á la misma Libertad si está en el poder, con soló el fin de sacar el vientre de mal año, y alcanzar algun empleo, donde sin hacer nada, sirvan á la nacion; y esta que la forman los buenos ciudadanos, los mantenga, pues *no quieren para sí lo que quieren para el prójimo*; pues los *patrioterros* de nuestros dias y de todos los países, comen con el sudor del rostro de sus semejantes, á cuyo bolsillo le hacen sudar y escupir ha-

ta dejarlo seco y sin blanca. Tan difícil como hallar la cuadratura del círculo, sería encontrar en estos tiempos un solo hombre, de esos que están al partido que vence, que no proclame la *libertad*, que es la salsa con que se guisan todas las revoluciones con provecho de los *cocineros políticos* que se reproducen como la langosta, y que guisando al pueblo ya monárquicamente, ya á la republicana, le dejan perecer de hambre, apoderándose ellos, así que otros han derrocado al que mandaba, de la tajada de los empleos. Allí donde hay una monarquía representativa, se levantan los *padres del pueblo* que quieren medrar, por la República, proclamando libertad y odio á la aristocracia y á los tiranos. En las repúblicas alzanse los que blasonan de *amantes al orden*, proclamando también la *libertad*, para vivir de los desórdenes, azuzando al pueblo para que destruya á los hombres sin mérito, según dicen ellos, que han asaltado los destinos públicos que ellos codician para sí; y proclamando un nuevo gobierno altamente *liberal*, en el nombre, y que dará por resultado el aniquilamiento de los buenos ciudadanos, y la pesca de empleos de los que viven del erario nacional; y viendo á qué lado se inclina la balanza política. Las revoluciones son la panacea de todos los aspirantes que, sin esponer la vida, pregonan después que otros han triunfado, lo que dicen han trabajado en favor de la libertad; y no parece sino que han querido todos poner en práctica las siguientes máximas que se encuentran en una comedia, en la que un personaje decía á otro:

¡Pascual, Pascual! en cuanto te veas con favor, no dejes escapar la ocasión de aprovecharlo sin reparar en los medios, porque el perfecto aspirante no se ha de atollar en pelillos, ni semejar al débil arroyuelo que detiene su curso si encuentra al paso la seca hoja de un árbol.

¡Pascual, Pascual! jamás el influjo que llegues á tener sobre el que mande, lo emplees en proteger la agena fortuna; porque eso sería lo mismo que arrancar á la tuya los cabellos de la calva, y no dejarle de que poder asirse.

¡Pascual, Pascual! cuando solicites ascensos y adelantos, no pretendas alegar méritos, ni directamente por tí, sino por la mediación de tu muger; persuadida de que siempre el bello sexo se merece y se atrae la consideración y los respetos del nuestro.

¡Pascual, Pascual! en llegando á colocarte en un buen destino, serás de tu protector el solo tiempo que tenga mando y palo; pero si aquel acaba, y este se te cae de la mano, arrímate al que lo empuñe, y no te dará con él.

¡Pascual, Pascual! no te se olvide: al mismo que te haya levantado del polvo y puesto en una urna de cristal, si le ves caer, déjale rodar; y en tanto que unos suben y otros bajan, procura tú conservar en tu nicho el equilibrio.

¡Pascual, Pascual! si por esta conducta te zahiriese alguno de aquellos que ven la paja en el ojo ajeno y no ven la viga en el suyo, dí muy entonado: yo no pertenezco á mas partido que al de la patria, esto es, al alambré de mis equilibrios; y en tanto que unos dicen y otros callan, estos caen y aquellos se levantan, pílla de todo el que te dé cuando te pueda dar, y riete del que dirán, que del diablo dicen mil cosas, siendo nosotros peor que él en cuanto á aspirantes.

¡Pascual, Pascual! olvida aquella sublime máxima: *no quieras para otro lo que no quieras para tí*; porque yo no quisiera que el empleo que me correspondiese por merecimiento, me lo quitaran á mí para dárselo á quien no lo merezca; pero quiero que con estas mismas circunstancias se lo quiten á otro y me lo den á mí; que

prójimo por prójimo, nadie mas prójimo mio que yo mismo, y siempre yo."

Y como quiera que los que ponen en práctica en España, en Portugal, en Francia y en todas partes estas perniciosas máximas, se disfrazan con el nombre de *patriotas, amigos del pueblo* y enemigos de la tiranía, es mi voluntad que, para que los conozcan los honrados ciudadanos y no se dejen seducir por sus buenas palabras y malas intenciones, se coloque aquí este verso.

Los que blasonan de patriotas finos,
Y libertad proclaman siempre ufanos,
Nunca buscan el bien de sus hermanos,
Sino tan solo conseguir destinos
Do hasta el codo meter puedan las manos.

Item: Además de las máximas arriba expresadas, de jo otras muchas arraigadas en el corazon de los que se han propuesto que la patria en que nacieron les mantenga, porque dicen que ella es la madre de los ciudadanos, y que la obligacion de los padres es dar á sus hijos cuanto necesitan. Estas máximas que nunca han salido á luz porque ellos tienen buen cuidado de ocultarlas, pero cuyos destructores efectos todos hemos sentido, son las siguientes que yo, como que leo en el interior de las personas, he podido ver, y deseo que se conozcan.

¡Pascual, Pascual! siempre que anheles subir al poder, halaga al pueblo proclamando sus derechos, porque él será el escalon único que te coloque donde deseas; pero cuando hayas conseguido tus fines arrinconale como se arrinconan los andamios despues de concluido el edificio, pues el pueblo no es mas que una máquina que se mueve á merced del último que le toca.

¡Pascual, Pascual! si pretendes alzarte de la nada has,

ta los honores, arrástrate á los piés de los grandes como se arrastra la culebra por el suelo, pues *al que se humilla le ensalzan*; y si te maltratären, no te des por ofendido, sino que manifestarás la sonrisa en los lábios, y la mayor solicitud en servirles, pues este es el modo de conseguirlo todo.

¡Pascual, Pascual! si quieres medrar, echa la vergüenza á la espalda, y arroja de tu corazon el honor como una carga que te impide caminar por el sendero de los destinos; y si el que está en el poder exigiere de tí los mas bajos servicios, obedece solícito, que muchos de los que ves figurar han desempeñado el mismo cargo para conseguir los empleos que tú envidias.

¡Pascual, Pascual! Si quieres que te reciban con aprecio en la sociedad, en vez de estudiar filosofia y leyes, estudia el arte de no perder el equilibrio en política, siendo siempre tu contrapeso el erario nacional, cuya plata la colocarás en el bolsillo izquierdo y el derecho, para nivelar el peso y quedar siempre de piés.

¡Pascual, Pascual! si alguna vez logras mirarte en el poder, no olvides que la fortuna es calva, y que al fin se te escapará de las manos; para que antes que tal suceda, te pegues al pecho de la patria que es el erario, y chupes sin deacanso cuanto puedas; que aunque despues te llamen ladron por detrás, te elogiarán por delante, y nadie te ahorcará, pues la horca aunque se hizo para los ladrones, no fué para los grandes sino para los chicos.

¡Pascual, Pascual! mira la patria como una mina en bonanza, de donde procures sacar hasta el último marco de plata, sin consideracion á los accionistas que vendrán detrás de tí, pues primero eres tú que todo el mundo, y no hagas caso del porvenir de la nacion, como hacen muchos locos que no han tenido suficiente energía ni talento para desprenderse de su conciencia; pues debes considerar que muerto tú se acabó para tí la patria, el

mundo y cuanto existe, y que de este valle de lágrimas solo llevamos lo que hemos bebido, comido y gozado.

¡Pascual, Pascual! si prefieres tener las onzas de oro en tu bolsillo á las onzas de plomo en una pierna ó en un brazo, nunca te lances á las revoluciones empuñando el acero matador; sino que te estarás en tu casa ó en los cafés manifestándote acérrimo partidario de los que combaten contra el gobierno que no te ha dado una parte del pecho de la patria para chuparle; pero tan luego como aquellos triunfen, te mezclarás entre el pueblo, maldiciendo á los caídos que ya nada te podrán hacer, y ensalzando á los vencedores de quienes algo podrás agarrar, sin olvidarte de enroquecerte gritando *¡viva la libertad, viva el pueblo, muéran los tiranos!* . . . que de esta manera lograrás pescar algun buen empleo, y no un balazo que maldita la gracia que te haria.

¡Pascual, Pascual! si por tus méritos en el arte de engañar, te encontráses de la noche á la mañana, con un destino de esos donde no se puede notar en las arcas la falta de lo que contienen, mete la mano hasta el codo, pues el primer mandamiento, para vivir bien, es tener dinero, sin pararse, para conseguirlo, en los medios por bajos que sean, siempre que den por resultado el alcanzar la plata; pues el verdadero mérito consiste en la *ilustrada y desinteresada* sociedad en que vivimos, en tener los retratos de los reyes, emperadores, y aun las águilas y los leones, grabados en círculos de precioso metal blanco y amarillo, con el cual se consigue todo, hablando *de tejas para abajo*, pues *de tejas para arriba* no acostumbran ocuparse sino los necios retrogradados que siguen aquella añ-ja máxima que dice, *amarás á tu prójimo como á ti mismo.*

Estas son las persiciosas máximas que dejo imperando por todo el mundo: máximas de muerte para las na-

ciones; máximas de destruccion para la moral; y máximas de sangre y de luto para los pueblos. Empero los que las siguen, que nada les importa que la patria que los vió nacer perezca, con tal que ellos sean los que la mateu á tanto aplicar sangrías al erario, muy lejos de ocuparse en hacerla feliz, ved aquí la súplica que alzan, cuando despues de haber gritado por las calles seguidos de la multitud engañada, *¡viva la libertad!* y *muéran los ladrones*, se miran solos en su cuarto.

Ferviente súplica que han hecho, hacen y harán en su casa, al pié de una arca que figurará el erario nacional, muchos que se han dado, se dan y se darán el nombre de patriotas, sin conocer la virtud del patriotismo, y que al parodiar esta, parodian tambien los versos de don Juan Tenorio.

Erario de alto interés
Que casi agotado existe,
Deja que la mano un triste
Meta hasta el codo años tres;
De mil hambres al través
Anhelé tu plata pura;
Y pues la codicia impura
Te aniquiló de Satán,
Contempla con cuánto afán
Cojeré tu plata pura.

En tí nada mas pensó
Mi corazón hasta aquí,
Y aunque amor patrio fingí,
Solo tu oro me impulsó:
Mi afán tan solo buscó
¡Oh erario! tu plata pura,
Y pues la avaricia impura

Te aniquiló de Satán,
Mira cual será mi afán
Por coger tu plata dura.

Inocente erario, pues,
Cuyo oro de alta virtud
Mira como su salud
Quien hambriento está á tus piés:
Si de tu sólio al través
Puedes mirar la amargura
De aquel que tu plata pura
Adoró con tanto afán,
Haz un ladito á este can
Para que mame á su anchura.

Dios te crió por mi bien;
Por tí olvidé la virtud,
Y adoré tu escelsitud;
Porque la plata es mi Eden.
Sí; aun hoy mismo en tí tambien
Mi esperanza se asegura,
Que oigo una voz que murmura
Diciendo con fuerte afán,
Que todos ansiando están
Quitarte la plata pura.

¡Oh erario fiel de mi vida,
Si ese oro por quien deliro
Un día en mis arcas miro
Dónde hoy la nada se anida:
Si es que de tí desprendida
Llega á mí tu plata pura,
Y hay alguien que asir procura
Los duros que son su afán,

Dile que mire que están
De mi arca en la sepultura.

Este erario nacional
Es mi patriótico amor,
Y el que inflama á tanto actor
Retrógrado y liberal;
Mas . . . ¡cielos! el arca un real
No tiene por mi amargura!
¡Qué es esto! su alta blancura
Fué creacion de mi afán?.....

[Mira con anhelo por la cerradura de la arca, de la cual saldrá un vapor que se irá convirtiendo poco á poco en una estatua que figure la patria pálida, flaca, ensangrentada y macilenta, la cual contestará con lánguida voz]

No; tanto patriota can
Me dejó sin plata pura.

Es, pues, mi voluntad que á estos aspirantes, que son la polilla de las naciones, y los que desconceptúan con su vil manejo aún la revolucion mas justa, y de quienes seguiré ocupándome en otros capitulos de mi testamento, alcancen, en vez de los destinos que codician, el desprecio de los que mandan y de sus conciudadanos. Y es mi voluntad que demos fin aquí á este capítulo para descansar un momento, y proseguir con otro. ®

enjugarse dos brillantes lágrimas que corrian de sus ojos; y recobrando al fin su serenidad, prosiguió dictando de esta manera.

—Iten. Dejo á los que hacen cabeza de las naciones de los distintos países que componen la tierra, dominando desde un punto elevado al resto de los ciudadanos á quienes á penas se dignan mirar. El principal de ellos que se sienta en un lugar privilegiado, y á quien le dan ya el nombre de rey, ya de emperador, ya de sultan, ya de presidente, segun el punto del mundo en que se encuentra, tiene bajo uno de sus piés la estatua de una matrona magestuosamente bella, con una diadema en la frente y un cetro en la mano derecha, con un libro que dice, *In légibus salus* [en las leyes está la salud]: bajo del otro pié, tiene otra muger con una balanza en la mano derecha y una espada en la izquierda; esta muger es Astrea, que representa á la justicia humana: detrás, y amarrada con terribles cadenas, y amenazada por la muerte, está otra estatua que representa una muger hermosa, pero altiva y fiera, cubierta la cabeza por un gorro frijio, apoyada en las tablas de la ley y hollando bajo sus plantas un yugo quebrantado: esta estatua encadenada por los que figuran en el privilegiado lugar de las naciones que dejo, representa la Libertad. El principal personage, á quien, como he dicho dán el título de rey, emperador, sultan, ó presidente, está pegado al pecho de la patria que, seca y flaca, apenas tiene ya que darle. Los otros individuos que le rodean, y que vienen á ser como sus ministros ó consejeros, si hemos de juzgar por las frecuentes consultas que con ellos tiene, pero sin despegar sus lábios del pecho de la patria, subordinan sus acciones al pensamiento de Tisifone, Meguerra y Alecto, hijas de la Discordia, que se agitan sobre sus cabezas, revestidas de forma humana; farias de desagradable gesto, de lívido semblante y horrorosas



CAPITULO IV.

Donde verá el lector cómo no es preciso, para apoderarse de los bienes ajenos, salir al camino real, y cómo no para todos los que faltan al sétimo mandamiento se han hecho las horcas, sino tambien los magníficos coches en donde van atropellando á los mismos á quienes han despojado del bolsillo.

El gallo despues de traer á la memoria los males que afligen á todas las naciones, por causa de la epidemia del aspirantismo que se ha apoderado de las tres cuartas partes del mundo, limpió el pico á derecha é izquierda contra el palo de la silla en que estaba parado, para

facciones, con cabelleras compuestas de ensortijadas serpientes, con una tea incendiaria en la mano, y con alas de murciélago que al momento indican los perniciosos consejos que podrán salir de sus pestilentes bocas. Pero lo que mas debe llamar la atención de todos, es aquel gran cuadro que dejo junto á los personajes que mandan, y que representa á Saturno en el acto de devorar á sus propios hijos sin compasion ninguna: cuadro que ciertamente no comprendo con qué fin puede estar entre unos señores que no debemos creer que abriguen el horrible deseo de devorar á sus conciudadanos.

Item. Dejo en todas las naciones, multitud de falsos patriotas, cuyo *no* conocido mérito no han premiado con algun empleo los que se encuentran en el poder, ponderando los servicios que *no* han prestado á la causa de la libertad para derrocar la tiranía. Estos falsos patriotas que siempre conspiran contra el que no les dá, porque no tienen otra opinion política que la de pescar algun destino, van siempre acompañados de la infernal hija del Caos y de la Noche, y madre de los Combates, de la Injusticia, de la Iniquidad, del Olvido, del Hambre, del Dolor, y de la Destruccion, con el rostro cárdeno, los ojos centellantes, con serpientes en vez de cabellos, arrojando espuma por la boca, con una tea incendiaria en la mano izquierda y en la derecha un agudo puñal y una víbora: esta muger horrible es la Discordia que arroja aquella famosa manzana de oro, origen de las desavenencias entre Juno, Venus y Minerva, entre los pueblos que escuchan declamar á los aspirantes á destinos; pueblos que contemplan con tristes ojos á una mecilenta y flaca enferma llamada Patria, que, cubierta de sangre y de hondas heridas, mira tristemente á las sanguijuelas políticas que la han conducido á las puertas del sepulcro, y que parece esperar la muerte con una resolucion heroica. Los falsos patriotas, á los cuales acompaña

siempre la Discordia, arrojando, como hemos dicho, entre los pueblos, la fatal manzana de oro, en vez de compadecerse de los males de la patria, no hacen mas que atizar la tea de la revolucion, proclamando *libertad, orden, progreso y respeto al pueblo*, bien por medio de papeles incendiarios, bien seduciendo á los incautos, y azuzando siempre á los que ven con valor y resolucion, para que salten á la palestra empuñando las armas, en tanto que ellos, trabajan en las ciudades con la lengua y con la pluma, para que en la reparticion de puestos públicos puedan trabajar con las manos, y los otros les sostengan con las bayonetas.

Item. Dejo á multitud de personajes de estupenda mole, que hace poco no tenian tras de qué caerse muertos, repantigados en lujosos landós tirados por briosos caballos, concurriendo á todos los paseos y diversiones, y dentro de cuyos voluminosos vientres, pues ya he dicho que leo lo que hay en el interior de las personas, se vé este letrero, "Agiotistas" "Filantropia por un ciento por ciento." Sentada al lado derecho de estos filántropos señores, va una muger lujosamente vestida con ropaje cubierto de máscaras y de lenguas, y con un haz de paja ardiendo en la mano, mostrando solo una pierna, pues la otra es de palo, por lo cual cojea: esta muger es la Mentira. Al lado izquierdo, se ve otra muger escuálida, con los ojos hundidos, mal cubierto su semblante atrabiliario con una máscara de bellas formas, tocada con un velo negro, dando limosna ostensible y pomposamente, descansando sus piés sobre un hermoso lobo: esta muger es la Hipocresia: sirviendo de cochero y colocado sobre el pescante del carruaje, y con el rostro halagueño, el ademan lisonjero, torcido el modo de mirar, y manchado el pecho con variedad infinita de colores, va el Engaño; y detrás de los coches, sirviendo de lacayo, marcha una muger furiosa que, de pié sobre las

ruinas de un altar, y hollando las efígies de los dioses, contempla con insolente orgullo, las lágrimas de los desdichados mortales: esta muger es la Impiedad, que va derramando el terror y la consternacion por todas partes; madre de la Usura y del Ajiotage, hijos dignos de ella que, con una mano van despojando á los ciudadanos de lo que tienen, y con la otra van colocando en el bolsillo de los filántropos del *ciento por ciento*, todo el dinero de los despojados.

Item. Dejo en un rincón de cada nacion, y como los murciélagos que huyen de la luz del sol, muchísimos hombres muy flacos y muy largos, descoloridos y barbudos, en medio de los cuales están la Necesidad, hija de la Fortuna y del Destino, y la Desgracia bajo la forma de una muger afligida, con el seno desnudo y seco, levantando los ojos al cielo en ademán de súplica, y estrechando en sus trémulos brazos á una criatura que sus pechos no pueden alimentar. También se ve entre estos desdichados seres, aquel númen robusto, fuerte, iracundo, hijo de la celosa Juno, que de flor se transformó en terrible guerrero, que lleva desnudo cuerpo y espalda, el casco en la cabeza, una pesada espada en la mano, cubierto el pecho por una coraza llena de figuras de monstruos, erizado el cabello, desencajados los ojos y abierta la boca, el conquistador y tremendo Marte; pero en vez del aspecto fuerte que en él se advierte, y de su robustez y de su pronunciada fuerza, los hombres que están á su lado, los modernos émulos de él, que han abrazado la carrera de las armas, están en el mayor abatimiento; son unos seres sin ser; seres infelices, macilentos, rotos y descoloridos; seres equívocos, porque no se puede saber si pertenecen á la materia ó al espíritu; seres cubiertos de honrosas heridas, y que sobre sus marcadas cicatrices tienen inmensos parches que dicen, "Premio al valiente retirado." "Recompensa á los que com-

batieron y derramaron su sangre por la independencia." El traje de estos émulos de Marte, á quienes acompaña la Miseria, la Escasez y la Ingratitud, lo quiera describir esactamente en estas décimas que escribi hace tiempo.

Es mi sombrero tan viejo
Y tan mugriento, que os juro,
Que cuando yo me rasuro
Me suele servir de espejo;
Si fué el pelo de conejo
Se ignora ó si fué de seda,
Pues solo el cartón le queda
De color de seca estopa;
Alas no tiene ni copa
De donde agarrarle pueda.

Mi corbata, si es corbata
Un agujerado harapo,
Con el cual á medias tapo
Un pescuezo como lata,
Es fragmento de una bata
Que le sirvió á don Miguel
Y á su hermano Ral, él,
Y que vender no le podido,
Porque nadie la ha querido
Ni para hacerla papel.

Una levita raída,
Con faldón de gallardete,
Por cuyos claros se mete
El aire, y halla salida,
Es mi prenda mas querida;
Y no quiero acepillarla,
Porque temo que, al tocarla,

Se desbarate al momento,
Y sus pedazos el viento
Los lleve antes de limpiarla.

Fué su color primitivo
Una especie de café;
Pero con el tiempo fué
Entre café y verde olivo:
Luego el sudor excesivo,
La hizo de cuatro colores:
Hasta que con sus rigores
La lluvia, el aire y el sol,
La volvieron tornasol,
Que es color de los peóres.

De mi chaleco convengo
Que nada tengo que hablar,
Pues creo que há de bastar
Con decir, que no le tengo.
Así es que un trapo mantengo
Que las veces hace de él
Cubriendo mi pecho fiel;
Pues como estoy sin camisa,
Pudiera la fresca brisa
Atormentarme cruel.

Que aunque sería mejor,
Para poderme tapar,
La levita me abrochar,
Está tan débil, señor,
Que al movimiento menor,
La mitad [cosa es bien clara]
En mis manos se quedara
Causándome triste afán,

Y la otra media en gaban
Convertida se mirára.

Hablar de mi pantalon
No es una cosa sencilla,
Pues es verle maravilla,
Por ser tan solo ilusion:
En él ya ningun boton
Lugar tiene, y no es estraño,
Porque no resiste el paño
Que se cosa nada en él,
Por lo cual con un cordel
Atado lo llevo ogaño.

Mis zapatos [no es cautela
De mi pobreza excesiva]
Estan rotos por arriba,
Y por abajo sin suela.
Por delante como muela
Sale el dedo superior;
Y para mayor dolor,
Aunque dá pena decillo,
Por detrás se vé el tobillo
De uno y otro pié, señor.

Mi pañuelo de sonar,
Es ya color de culebra,
Y un jiron en cada hebra
Tiene de tanto le usar.
Sus agujeros contar
Imposible al hombre fuera,
Pues son tantos [suerte fiera]
Que por ellos, infeliz,
Suele salir la nariz
Sin tocar en él siquiera.

Tan flaco estoy, que no hay gente
Que me pueda conocer,
Ni aun la amorosa muger
Que me echó al mundo inclemente:
Mi cuerpo tan trasparente
Se encuentra, y tan invisible,
Que ya verme es imposible,
[¡Cuántas desgracias acopio!]
Sino con un microscopio
Que me aumente lo posible.

En mi casa no hay ninguna
Mesa, ni si la, ni cama:
Mi luz es la que derrama,
Si es en noche clara, la luna;
Mas en la noche importuna
Que este astro no osa salir,
La luciérnaga se vir
Suele de luz si algo escribo;
Pues la miseria en que vivo
A ella me hace recurrir.

Item. Dejo á orillas de la mar, algunos hombres que á tanto adular han logrado ser vistas de aduanas marítimas. Estos hombres que hace poco estaban, como suele decirse, á la cuarta pregunta, hoy viven en lujosas casas, y se pasean en costosos y dorados carruages, gracias á las nubes de oro que suelen preceder á algunos buques; nubes que convertidas en moneda acuñada, caen en sus bolsillos y en sus arcas privándoles, en aquellos momentos, de la preciosa vista. Sin embargo, no debemos acusarles de que no vean, cuando el no ver no es culpa de ellos, sino de los malvados que les tapan los

ojos con una venda de oro. Vedlos si no con qué afán dirigen la vista, provistos de enormes catalejos, hácia el horizonte, como deseando descubrir algo; pero su empeño es inútil, porque las espesadas nubes de onzas de oro que tienen delante de los ojos, y que poco despues convertidas en lluvia caen en sus bolsillos y en sus grandes arcas, les impide ver el considerable número de buques que se dirigen al puerto, y los muchos que por debajo de sus piernas descargan. Sin duda Júpiter para favorecer á los dueños del cargamento, y burlar la vigilancia de tan honrados empleados, se vale de la estratagemata de que usó con su amante Io, á la cual trasformándola en vaca y envolviéndola en una nube para engañar los celos de su esposa Juno, la introdujo en el Olimpo. Si; Júpiter sin duda, transformando los buques en monstruos marinos, y envolviéndolos entre nubes de oro y plata que se levantan del mar, priva de la vista á esos desgraciados *vistas*, de cuyas bocas salen estas palabras: "Nada se ve; las nubes impiden distinguir por ahora si hay barcos á la vista."

Item. Sobre el muelle de todos los países, y prontos á embarcarse por haber sido expulsados de la sociedad, por considerarlos como trabas perjudiciales al progreso del siglo, se vejan á la Libertad, á la Vergüenza, al Patriotismo, al Honor, á la Filantropia, á la Religion, á la Piedad, al Valor, al Heroismo, y á todas las demás virtudes, al mismo tiempo que están desembarcando por otro puerto, y los reciben en triunfo, la Ambicion, el Aspirantismo, el Interes, la Tirania, la Esclavitud, la Crueldad, la Usura, la Delacion, el Fraude, el Engaño, la Venganza, la Persecucion, el Libertinaje, la Impiedad, la Cobardia, la Indolencia, la Desfachatez, la Impudencia, la Impunidad, y todos los demás vicios que destruyen al género humano. Verdad es que al ver salir expulsados á los primeros, multitud de hombres y de mu-

geres llorando amargamente, se abrazan de ellos, apoderándose de algunos pedazos de sus vestidos, para no separarse de ellos; pero estos hombres y estas mugeres, no hacen sino recibir desprecios de los que viven de los desórdenes.

Iten. Dejo junto á los desgraciados, cuyo trage he descrito antes, algunos esqueletos disfrazados de mugeres, vestidas de luto, cuyos descarnados y largos brazos revelan abundancia de escasez, y riqueza de necesidad, las cuales metidas en unos vestidos anchos como fundas de escopeta, nuevos como la miseria, y apretado el tejido como tela de cedazo, comen esperanza, y beben amargura en la compra del desengaño. De las bocas de estos ambulantes esqueletos sale un rótulo con estas palabras: *“los gobiernos atienden así á las viudas de los que les han servido.”*

Iten. Afianzadas de las manos de las referidas viudas, dejo una multitud de jóvenes, hijas de ellas, envejecidas en el sufrimiento; acompañadas, con los miembros carcomidos, seco el rostro, lacio y despeinado el largo cabello, flacas las manos, trasparentes las orejas, hundidos los ojos, encogidas las venas, y hechos jironés el vestido, el Hambre, hija de la Noche y de la Desesperacion. No han cometido estas infelices, para que así se las castigue, la impiedad de Ereciton de quemar los bosques consagrados á la vengativa diosa Céres, por lo cual le condenó esta á que ningun alimento le fuera suficiente; no, nada de eso: ningunas mas piadosas y mas virtuosas que estas mugeres, educadas en el sufrimiento y en los quehaceres domésticos; pero sin embargo de esto, parecen estar destinadas á tener el mismo fin que el espresado Ereciton, que acabó por comerse á sí propio para saciar su hambre, espirando entre cruelísimos dolores, si los que tanto chupan á la patria, no las dan algo de lo mucho que las deben.

Iten. Dejo en frente á estas desventuradas y necesitadas jóvenes, un hermosísimo valle cubierto de esmaltadas flores, en medio del cual hay una inmensa mesa donde se da un suntuoso banquete: allí los Placeres, las Gracias, la Voluptuosidad, el Regalo y Venus, la diosa de la hermosura, nacida de la espuma y de la sangre de Urano que cayó al océano cuando fué mutilado por su hijo Saturno, privándole de la facultad jeneratriz, gozan de una alegría sin límites, enlazadas de elegantes jóvenes que se ocupan en gastar las riquezas que sus padres han ganado, de viejos libertinos que crean sinceras las caricias que compran á peso de oro, de ricachos célibes que son la langosta de la virtud, y de algunos personajes que han vivido siempre de la nación, y que disipan su vida y sus riquezas en satisfacer sus impetuosas y poco decorosas pasiones. Estos libertinos, polilla de la sociedad, apartando los ojos por un instante de las seductoras mugeres que los colman de caricias, los dirigen hácia las hambrientas jóvenes, y haciéndolas señas para que se acerquen á ellos, las muestran los mas exquisitos manjares que hay en la mesa sobre los que se vé este letrero: *“en cambio de tu honra;”* y bolsillos llenos de oro en que se lee *“por tu honor.”* Pero la Virtud, el Pudor y la Religión que sirven de muralla á las miserables jóvenes y que las cierran el paso, impiden á éstas el que abandonen á sus afligidas madres; mas á pesar de esto, algunas menos fuertes, conducidas por la Miseria y seducidas por la engañosa Felicidad, burlando la vigilancia de sus guardas, se presentan en el ameno valle, en donde despues, avergonzadas de su ligereza, mueren á manos del remordimiento y del cruel dolor.

— ¡Cuán cierto es lo que decís, señor gallo! exclamé dejando por un momento de escribir. Sí; los viejos ricos que echan borrones de tinta al papel de su cabeza,

como dice Quevedo, para parecer jovencitos, los elegantes que disipan los bienes de sus padres proporcionándose toda clase de placeres, y los que han enriquecido en los altos puestos empobreciendo á la nacion, no son mas que sirenas que tratan de atraer con el irresistible y senoro canto del oro, á las que careciendo de lo mas necesario por el abandono en que las dejan los gobiernos, están al borde del precipicio.

— Me alegro de que te parezca esacto lo que acabo de dictarte; pera como conozco que en este siglo del vapor y del telégrafo, les gusta á los lectores pasar con rapidez de una cosa á otra, dejaremos por un momento la política, para tratar en otro capítulo de diversas materias, porque en la variedad está el placer.

CAPITULO V.

Donde verá el lector que el quejarse es un consuelo, aun cuando aquellos á quienes uno se queja, hagan oídos de mercader, ó sean sordos de conveniencia, con otras cosas donde verá mezclados distintos asuntos, como se mezclan en el mundo los de contrarias opiniones, para conseguir quitar á otros los productivos empleos que ellos desean.

Despues de un momento de silencio, en el cual el gallo Pitagórico mojó su pico en una jicara de agua que le servi para componer la voz que de tanto dictar estaba algun tanto ronca, prosiguió su testamento en esta forma.
Iten. Dejo muchas guias de forasteros que, en vez

como dice Quevedo, para parecer jovencitos, los elegantes que disipan los bienes de sus padres proporcionándose toda clase de placeres, y los que han enriquecido en los altos puestos empobreciendo á la nacion, no son mas que sirenas que tratan de atraer con el irresistible y senoro canto del oro, á las que careciendo de lo mas necesario por el abandono en que las dejan los gobiernos, están al borde del precipicio.

— Me alegro de que te parezca esacto lo que acabo de dictarte; pera como conozco que en este siglo del vapor y del telégrafo, les gusta á los lectores pasar con rapidez de una cosa á otra, dejaremos por un momento la política, para tratar en otro capítulo de diversas materias, porque en la variedad está el placer.

CAPITULO V.

Donde verá el lector que el quejarse es un consuelo, aun cuando aquellos á quienes uno se queja, hagan oídos de mercader, ó sean sordos de conveniencia, con otras cosas donde verá mezclados distintos asuntos, como se mezclan en el mundo los de contrarias opiniones, para conseguir quitar á otros los productivos empleos que ellos desean.

Despues de un momento de silencio, en el cual el gallo Pitagórico mojó su pico en una jicara de agua que le servi para componer la voz que de tanto dictar estaba algun tanto ronca, prosiguió su testamento en esta forma.
Iten. Dejo muchas guias de forasteros que, en vez

de guiar, le conducen á uno donde menos desee. Yo conocí á uno que leyendo "Fonda del Aseo" se dirigió á ella, y despues de haber comido un pollo que tres dias antes habia sido cocido, despues guisado y últimamente asado, tuvo la única ventaja, segun le informó á los pocos momentos el cocinero, no haber sido matado, sino muerto de garrotillo; aunque en cambio salió admirado de los manteles, que jamás pudo saber de qué color habian sido. En seguida guiado por el libro donde leyó: "¡No mas calvos!" se dirigió á la casa que señalaba, compró el agua *peluviana*; y gracias á las friegas nocturnas que se daba, consiguió al cabo de quince dias, ver salir el pelo que tenia de la cabeza fuera de ella, quedando como un guijarro pelado. Pero esto no le hizo abandonar su guis; antes por el contrario, viendo que decia "Se acabaron los dolores de muelas," corrió á comprar la *composicion admirable*, y consiguió efectivamente, ver quitado para siempre el dolor, aunque antes de perder el dolor vió perdidos sus dientes y sus muelas.

Al oír hablar de esta manera al gallo, suspendí la escritura y le dije:

—Pues yo tambien tengo escrita una guia de forasteros, y no será difícil que haya incurrido en iguales errores.

—¿Has escrito una guia de forasteros? Me alegro, porque así podrás ahorrarme, si me gusta, el que escribía una que pensaba publicar: veamos esa produccion.

—La escribí hace algun tiempo; pero últimamente la he aumentado y corregido para que fuera mas útil á la sociedad. Oídla.

—Ya te escucho.

Guia general para todos los viajeros que recorren el mundo: los nombres de las calles que nada tienen de fa-

bulosos, pertenecen á varias ciudades, y señalan claramente lo que hay realmente en ellas.

- Las viudas de militares, en el Hospicio.
- La virtud, en los Sepuleros.
- Los cesantes, en la calle de la Amargura.
- Los aspirantes, en la calle de la Adulacion.
- Los políticos, en la calle de la Maroma.
- La libertad, en las Cadecas.
- Los que han recibido favores, en la Ingratitud.
- La honradez, en el callejon del Olvido.
- Los peluqueros, en la calle del Calvo.
- Los murmuradores, en la plazuela del Escorpion.
- Los tramposos, á la calle del Monton.
- Los literatos, en el callejon de la Envidia.
- Los retirados, á la calle de la Misericordia.
- La honestidad, en el Apartado.
- La desvergüenza, en la calle Ancha.
- Las coquetas, en la calle del Espejo.
- La pobreza, en la calle de la Providad.
- Los soplones, en el callejon del Organó.
- Las vinaterias, en la Acequia.
- Los políticos, en el callejon del Cangrejo.
- Los empleos, en el portal de Mercaderes.
- Los que hacen gala de palabras libres, en Cocheros.
- La caridad, en el callejon del Muerto.
- El amor, en la Moneda.
- Las huérfanas y pensionistas, en el Refugio.
- Los malos escritores, á la Enseñanza.
- Las dádivas, en la calle Cerrada.
- Los abogados, en la calle del Enredo.
- Los jubilados, en el callejon de Dolores.
- Los que no creen en *dos gobiernos* en el callejon de Lequitos.

Los viejos enamorados, en el callejon de las Calabazas.

Los hipocritas, en el callejon del Diablo.

Los espías y delatores, en la calle del Rastro.

Los artesanos, en el callejon de Aflijidos.

Los enamorados, en el Correo.

Los casados pobres que tienen hijos y suegras, en el callejon de las Cruces.

Los gorriones y pedigüeños, en la calle de las Moscas.

Los maridos descuidados, en el callejon del Toro.

El despotismo, en los Palacios.

Los malos matrimonios; en el callejon de las Estacas.

Los jueces, en el callejon del Oro.

Los hombres sin opinion; en la calle de los Parados.

La moral, en la Soledad.

Los pollos elegantes de corté y lente; en la calle de las Damas.

Los viejos veraces, en el callejon de la Potilla.

El mérito, en el Retiro.

Los vistas de aduanas, en la calle de los Ciegos.

Los usureros, en la calle de la Joya.

Los ilimitados, en la Rinconada.

La instruccion, en la plazuela de la Paja.

La vanidad, en las Cabezas.

La injusticia, en la Perpetua.

Los paucistas, en la Olla.

Los egoistas, en la Cazuela.

Los elegantes de cuarto de vecindad, en el Baratillo.

Los malos médicos, en el Banco del Herrador, por lo que hierren.

El patriotismo, en los Panteones.

Los favorecidos, en el puente del Cuervo.

Los críticos, en las Viberitas.

La moralidad, en el callejon del Hambre.

Los aduladores, en el callejon de los Titiriteros.

Los yernos y las suegras, en el Calvario.

La presuncion, en las Bonitas.

Los que solicitan empleos, en las Culebritas.

Las lecherías, en el callejon del Agua Escocida.

Los que anhelan medrar, en los Rebeldes.

Los litigantes, en el callejon de Salsipuedos.

La Religion y las buenas costumbres, en la Amargura.

La razon, en la calle del Esclavo.

Los egoistas, en las Delicias.

La desfachatez, en la calle de Santa Clara.

Los prometimientos, en la Puerta Falsa.

La fidelidad, en el Puente Quebrado.

Los envidiosos, en el callejon del Basiisco.

Los agiotistas, en la Bolsa.

Los periodistas, en el puente de las Guerras.

La esperanza, en el Niño Perdido.

Los malvados, en el callejon del Recreo.

Los tontos orgullosos, en el Pesobre.

Los poetas, en la calle de los Gallos.

El engaño, en el Beso.

Los caritativos, en Porta-Coeli; esto es en la Puerta del Cielo.

Los desafios, en el callejon del Manco.

Los sastres, en la calle de San Dimas.

Los inválidos, al Amor de Dios.

Los quimeristas, en la calle del Garrote.

La buena fé, en la calle de la Escocida.

Los prestamistas, en el callejon del Tigre.

Los caseros, en el callejon del Verdugo.

El ¿qué dirán? en el Basurero.

Los hombres de bien, en el callejon del Solito.

Los elegantes con lujo y sin dinero, en el callejon de los Misterios.

El engaño, en las Mil Maravillas.
El pudor y los justos, en el callejon de los Espan-
tados.

El talento, en el callejon de los Pajaritos.

La pobreza, en el callejon del Monstruo.

México, en el Indio Triste.

La España, en la casa de Locos.

La Francia, en la plaza de la Revolucion.

La Inglaterra, en el Progreso.

Rusia, en la calle de la Victoria.

Estados-Unidos, en la calle de la Usurpacion.

—¡Ahí acaba la guia de forasteros!

—Sí, señor gallo; y deseo saber si es de vuestro agra-
do.

—Sin duda alguna; y por lo mismo quiero que cons-
té en mi testamento. Pero vuelve á coger la pluma y
sigamos.

—Os escucho: podeis empezar.

Item. Dejo la *Libertad* y la *Igualdad* en la cabeza
de los iluses, y en los lábios de los que usan estas pala-
bras para medrar y salir de hambres y miserias. La Li-
bertad solo se hizo para los que mandan sobre los pue-
blos á quienes con toda libertad les imponen terribles
contribuciones, y la Igualdad para los difuntos. Los que
proclaman la Libertad como la única garantía de los
ciudadanos, son los primeros que oprimen á todo el que
como ellos no piensa, y mas si el pensamiento contrario,
puede arrebatárles la tajada de la patria que han conse-
guido alcanzar. Como estoy convencido de esta ver-
dad, quiero dejar aquí unos versos que escribí hace tiem-
po y que dicen así.

EL SIGLO DE LA IGUALDAD.

LETRILLA.

Siempre don Miguel rehúsa
De mi brazo paseár,
Porque dice que es plebeya
Mi sangre, y la de él real,
Y porque él á almizcle huele
Y yo á clavo y azafran.
¡Oh siglo de socialismo!....
¡Oh siglo de la igualdad!.....

A don Agustin Rapiña,
Hombre de inmenso caudál,
Que compra ciento por cuatro,
Le respeta hasta el Sultán,
Y á uno que robó dos cuartos
Tratan los jueces de ahorcar....
¡Oh siglo de socialismo!....
¡Oh siglo de la igualdad!.....

A ninguna funcion clásica
Al pueblo libre y leál
TESTAMENTO DEL GALLO.—5.

De sábana y de frazada,
Le dan permiso de entrar,
Cuando pasan sin obstáculo
Los de levitá y de fiac....
¡Oh siglo de socialismo!....
¡Oh siglo de la igualdad!....

Siempre sale á presidente
Algún grande ó general,
Aunque sepa mucho menos
Que la burra de Balán,
Y jamás un zapatero
Aunque sepa mas que Gall.
¡Oh siglo de socialismo!....
¡Oh siglo de la igualdad!....

Si hay en la calle una riña,
Siempre la razon le dan
Al rico, que el pobre nunca
Tiene derecho á chistar,
Y mientras aquel va libre,
Este otro á la cárcel va.
¡Oh siglo de socialismo!....
¡Oh siglo de la igualdad!....

Siempre su sueldo seguro
Al inquieto militar,
Para que no se pronuncie,
Con esactitud le dan,

Mientras el honrado, de hambre
Se muere en un hospital.
¡Oh siglo de socialismo!....
¡Oh siglo de la igualdad!....

Si un grande con su carroza
Aplasta á un pelafustrán,
Esclaman. "un ladrón menos
Y una garantía mas;"
Mas si un pobre pisa á un rico....
Infeliz de él.... no hay piedad!....
¡Oh siglo de socialismo!....
¡Oh siglo de la igualdad!....

Por cualquier deuda un pobrete
Al punto á la cárcel va,
Mientras es gracia en un rico
Deber mucho y no pagar:
Bribon llaman al primero;
Al segundo hombre moral.
¡Oh siglo de socialismo!....
¡Oh siglo de la igualdad!....

Si un bruto tiene dinero,
Aunque llegue á rebuznar,
Todos esclaman.. "¡qué gracioso!
¡Qué agudeza singular!"....
Y si un chiste dice un pobre,
Dicen todos; "¡qué animal!".....

¡Oh siglo de socialismo!....
¡Oh siglo de la igualdad!.....

Si una señorita canta
Sin acierto y sin compas,
"Es un ruiseñor, esclaman:
¡Qué espresion tan celestial!"....
Canta una pobre, y prorumpen,
"Tiene la voz de fregar."
¡Oh siglo de socialismo!....
¡Oh siglo de la igualdad!.....

Mata un doctor con sus récipes
La raza entera de Adan,
Y le pagan sus visitas
Con respeto y sin chistar;
Mas si mata alguno á un médico,
A la horca al momento va.
¡Oh siglo de socialismo!....
¡Oh siglo de la igualdad!.....

Escribe un hombre de canas
Alguna copla infernal,
Todos repiten; "¡qué bien!"
Llega un joven otra á dar,
Y sin haberla leído,
Esclaman todos; ¡"qué mal!"
¡Oh siglo de socialismo!....
¡Oh siglo de la igualdad!.....

Es mi voluntad, pues, que ya que ni Libertad ni Igualdad hay en el mundo que habitamos, no se dejen seducir por los que las proclaman, los pueblos que tantos sacrificios han hecho por disfrutar de los beneficios de ambas, sin que en premio de la sangre que han vertido, hayan conseguido mas que amargos desengaños, y verse oprimidos por los mismos que mas acérrimos defensores de ellas se manifestaban.

Item. Dejo en varias ciudades del mundo, multitud de carros nocturnos, exhalando sus pronunciados aromas á las narices de los que andan en la calle á ciertas horas de la noche. En ninguna parte se puede presentar una prueba mas patente de la Metempsicosis que escribí, como en los perfumados carruages que antes dán con su olor en el órgano del olfato, que con el ruido en las orejas; aunque fuera mejor que este se anticipara á aquel, para que los vecinos de las calles por donde pasa tal procesion, se apresuráran á cerrar los balcones, las puertas y las ventanas de sus casas, para que no invadiera el aroma de lo que llevan dentro, las piezas en que viven, y para que los transeuntes echáran mano al miembro saliente de la cara, y se pusieran en precipitada fuga, á vista de tal enemigo. Las gallinas, los conejos, las liebres, los pavos, los pollos, las perdices, y los pichones, trasmigran, convertidos en lo que el lector huele, á esos carros, volviendo despues de algun tiempo en que han estado abonando la tierra, á salir bajo la forma de hermosas lechugas, sabrosas coles, delicadas peras, y otras frutas que patentizan la verdad de mi doctrina, esto es, la trasmigracion. Sin embargo, como al incienso de los espresados carros nocturnos, no ha podido acostumbrarse el olfato de las bellas ni de los elegantes, y no lo han admitido de moda como el *pachuli* y otros aromas del gran tono, desearia ó que los ayunta-

mientos repartieran funditas de terciopelo para las narices, ó que hicieran porque cada casa tuviera donde depositar esa mezcla de cuerpos disueltos y en fermentacion.

Item. Dejo muchísimas calles, unas convertidas en lagunas, y otras en inmensos lodazales; y como quiera que yo no aspiro á coger lo ageno contra la voluntad de su dueño, porque no soy aspirante, y amo á mi prójimo como á mí.... prójimo, ruego, por medio de este testamento, á los que tienen la obligacion de cuidar del buen estado de las calles, se dignen componerlas, ó que repartan en todo el vecindario, largos y sólidos zancos, para que se pueda atravesar á pié enjuto, de una acera á otra, y no queden, los que tienen precision de salir de su casa, enterrados en el profundo, inmundado y nauseabundo fango que hay en ellas.

Al cuerpo municipal
Digamos, como hombres francos,
Que, ó nos quite el lodazal,
O que distribuya zancos
Por toda la capital.

Item. Dejo el rico y sonoro idioma español, uno de los mas hermosos del mundo, de tal manera estropeado y corrompido por los que ni aun la lengua de su nacion respetan, que ya dentro de poco nos sucederá lo que á los de la torre de Babel que no se comprendian, ó lo que al loro de la fábula de Iriarte.

—Ya que habeis tocado, señor gallo, este punto, y lo del abandono en que se encuentran las calles respecto á su poca limpieza, tened la bondad de oír unas cartas que, estando en México, ciudad de las mas hermosas, escribí con este motivo á un amigo de Zacatecas, para ver si os agradan, y juzgais prudente que consten en vues-

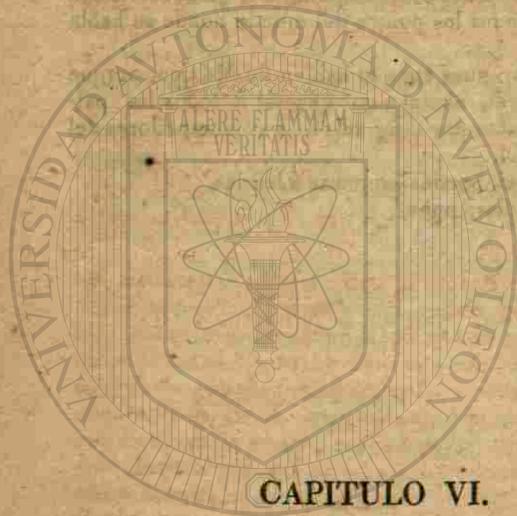
tro testamento, y sirvan de correctivo á las que no cuiden de hablar con propiedad la lengua de Cervantes.

—Pero ante todas cosas respóndeme, ¿esas cartas son aplicables á todos los puntos del mundo donde se habla castellano?

—Sin duda; pues aunque hablan de México, porque las escribí en él, abrazan en general á todos los países donde existen por desgracia esos corrompedores del idioma español.

—Siendo así, puedes empezar á leerlas.

—Escuchadlas, pues.



Carta primera: donde verá el curioso lector, cómo dentro de poco será indispensable saber todos los idiomas para entendernos, así como ya es preciso saber pertenecer á todos los partidos políticos para vivir en grande; con otras cosas tan dulces para contadas como amargas para sentidas.

Aquí me tienes, ya, querido amigo, en esta moderna Babel: ya sabes cuán aficionado soy á las Santas Escrituras, aunque mi escritura no es santa, con la pluma en ristre ó enristrando la pluma contra el papel, para decirte en estilo llano, aunque ya no se usa entre los escri-

tores de nuevo cuño semejante estilo sino el sublime, y tan sublime que todos quedamos á oscuras de lo que ellos dicen que dicen, y que ignoramos lo que quieren decir, diciéndolo de la manera que lo dicen. Aquí me tienes, repito, con la pluma en ristre, para decirte que llegué á esta gran ciudad de México, mas ligero que el águila, pues en el camino nos habian aligerado los ladrones, caballeros andantes que andan entuertando derechos y desfaciendo boleillos, cargando ellos con los pesos que traíamos, y casi hecho Papa, si es que los cardenales que me colocaron en la espalda, pueden aspirar á Sumos Pontífices.

Eran las cuatro de la tarde cuando llegamos á las puertas de esta ciudad, que á mí me pareció edificada sobre las aguas que en aquel momento cubrían todas las calles, á causa, como lo supe despues, de haber caído un fuerte aguacero. Aunque buen nadador, no dejé de sorprenderme á la vista de este moderno mar no colocado en el mapa; y mucho mas cuando vi que no habia botes ni canoas que nos pudieran conducir á bordo; pero por fortuna, uno de mis compañeros de viage, á quien le he bautizado con el nombre de Vulcano, porque constantemente lleva un enorme cigarro en la boca, ó mejor dicho, una fragua con la cual me ha quemado la oreja izquierda y la derecha, el cabello y el ala de todos mis sombreros, me dijo, viendo que empezaba é desnudarme para arrojarme entre las olas, que no cometiera tal locura, pues aunque no habia botes ni canoas, como yo deseaba, no habia necesidad de ellos, porque los carruages eran mejores para navegar en los mares de la ciudad. No bien me acababa de decir esto, cuando ví que llegaba hácia nosotros un enorme cajon de enigmática hechura, tirado por dos animales desconocidos en la historia natural, sobre uno de los cuales montaba un sér

que no parecia estar hecho á imágen y semejanza de Nuestro Señor.

Como yo, aunque he atravesado el Océano, no he tenido el gusto de conocer al señor Neptuno, me sorprendí creyendo que pudiera ser el que manejaba unas que parecían riendas; y aunque ni lo que llevaba en la mano, y con lo cual castigaba á los que parecían vivientes arpas, se podía tomar por tridente, ni por carro ó concha la verdinegra caja que sobre unas pesadas ruedas se bamboleaba, y que iba estrada por los estraños animales, pregunté, sin embargo, á mi amigo Vulcano, si aquel era el carro del Dios de los mares, y Neptuno el que lo dirigía. ¡Qué Neptuno ni qué calabaza! me contestó el incendiario de mis sombreros, echándome á los ojos una nube de humo. ¡No ve vd. que es un cochero sobre dos caballos propios para el estudio de anatomía, que vienen arrastrando un *don Simon* que mas parece el arca de Noé que caja de coche? ¡Con que son caballos esos animales, exclamé asombrado, coche aquel edificio de madera, y el que lo conduce hombre? Estoy cierto de que nadie lo diría sino despues de un exámen algo prolijo.

Por fortuna al *desembarcar* en la casa de diligencias, me encontré con Juan, aunque no el Juan Lanas de eterna memoria, ni Juan de Buenalma, ni el Juan de las Viñas, ni Juan de Austria, ni el *preste* Juan, ni Juan de Mena, ni Juan Tenorio, ni Juan de Marana, ni Juan el Bantista, ni Juan el Evangelista, sino aquel Juan paisano nuestro que hace algunos años que se radicó en esta, como lo saben todos los que no lo igaoran. Al verme, se arrojó á mí con los brazos abiertos diciendo; ¡*Oh mio caro!* Yo que, como tú sabes, no conozco mas idioma que el español, preguntéle que por qué me hablaba en tan estraño lenguaje; y me respondió. ¡Oh! nosotros

los *diletantis* *parlamos* el italiano, porque es mucho mas dulce que el español. Yo que cada vez me quedaba mas á oscuras con el *diletanti* y el *parlamos*, supliquéle me hablase en *cristiano apostólico romano* si queria que le entendiera; y él, despues de una exclamacion acompañada de un *Mon Dieu*, me esplicó que *oh mio caro* equivalía á querido amigo, *diletanti* á siarmónico, y *parlamos* á hablamos, asegurándome que pronto me ilustraría, haciendo que se me olvidara el español y dejándome *montado* á la moderna. ¡*Montado?* le repliqué yo; ya sabes que todo lo que no sea en coche, no me gusta montar. Juan se sonrió al ver mi ignorancia, y me dijo: *montado* á la moderna quiere decir, instruido al gusto de la época. ¡Ya, ya comprendo! Pero ¿por qué adoptais palabras de todos los idiomas que quedan muy atrás en hermosura de aquellas que tiene el español para espresar esas mismas cosas? ¡El español!... ¡el español!... me respondió Juan con aire despreciativo; el español está desterrado hasta de los escritores que quieren escribir en castellano; así es que nadie lo entiende, sino nosotros que sabemos todas las lenguas. Figúrate tú que la ilustracion francesa cunde por todas partes, y que desde el modo de *teñir el pelo*, de darse *colorate*, y desde la *Toalla de Venus* para rejuvenecer á las ancianas, el *elixir* y *agua de Botot para limpiar y conservar los dientes*, el *jabon clarificado para quitar las pecas*, y la *pasta de almendras para suavizar las manos*, hasta las estampas que ponen en claro los mayores secretos de la vida privada, nos viene de la culta Francia. Es mucha verdad, contestó Vulcano que no se habia separado de mi lado: los franceses son los hombres mas industriosos, y los que mejor saben cauparnos el dinero: ellos inventan pomadas para sacar el pelo, pero no é los calvos, sino de la cabeza al que lo tiene para dejarle calvo: ellos convierten los huesos de Marengo y de

Austerlitz, en *polvos de coral* para los dientes; con lo cual consiguen que estos se caigan, aunque despues es cierto que tienen la bondad, mediante cincuenta duros que reciben, de suplir los dientes naturales con otros artificiales, hechos tal vez de la quijada de un burro; y ellos, en fin, nos envían á millares esas patibularias novelas que destierran de la juventud aquellas rancias ideas de religion, de moral y de temor de Dios, con que en otro tiempo nos educaban nuestros *retrógrados* padres.

Hablando de esta suerte nos hizo entrar Juan en su *cupé*, como el dijo, y que despues supe que queria decir coche abierto, diciéndonos que nos iba á llevar á un *restaurant* que se acababa de abrir. Yo, que al oír *restaurant* creí que queria decirme que me llevaba á rasurar, le advertí que podia hacerme daño; y él, soltando una carcajada acompañada de otra de Vulcano, me dijo: ¡ah! que atrasado estás en la moda! *Restaurant* es lo que en español llamamos hosteria ó fonda. Pues por qué no hablarme en español? Vamos, vamos á esa fonda ó *restaurant*, como tú dices, para que fondee en el fondo de mi estómago algo que tenga fundamento, y en que pueda fundar mi dicha.

Llegamos, y entramos al *restaurant* donde nos sentamos á una mesa en que estaban otros tres jóvenes, los cuales, al verme, me echaron el lente con una afectacion ridícula. Les saludamos, nos saludaron, y siguieron hablando un infernal chapurrado de inglés, francés, é italiano, que me trajo á la memoria la confusion de las lenguas con que Dios castigó á los hombres para que no siguieran fabricando le torre de Babel. Aunque ninguno de ellos me pareció que debia haber nacido fuera de México, pregunté, sin embargo, para no equivocarme, á Juan, si eran franceses. Nada de eso, me respondió; no han pasado ni han visto mas charco que el de Santanita. Pues entonces, ¿por qué hablan en francés? Porque es

el idioma de moda y del gran tono. Y no sabrán tal vez hablar en castellano, le dije yo. Eso de seguro, me respondió Juan.

En esto se acercó un mozo que nos preguntó; ¿qué toman vdes., *biftec, rosbif, fricandó, fricase*, ó qué cosa? No: nada de lo que no sé lo que es, como yo: tráiganos vd. sopa, carne asada con patatas, pollo asado, chuletas, dos botellas de buen vino, y algunas otras cosas en español y no en *estrangis*. Al oirme espresar de esta manera, dijo uno de los elegantes, que para mono tenia adelantado la mitad del camino, vd. es un hombre *comil fó*. Nunca, le respondí, he comido fó ni fá, sino aquello de que comieron mis padres. No me ha entendido vd.: quise dar á entender diciendo *comil fó*, que es vd. un hombre franco y sin melindre.

Llegó el mozo diciendo que no habia sopa, y colocau^odo en la mesa un pollo asado mas duro que corazon de escribano, y mas compuesto que vieja en víperas de casarse. Juan pidió un *trinchí*, y no trinchador como se dice en buen castellano, y poniéndose á trinchar, exclamó con gusto, ¡*Alon!* No, pechuga; le contesté yo. Una carcajada de todos los que estaban en la mesa, sucedió á mi contestacion; pero conociendo que podria incomodarme, se apresuró á decir Juan: no te preguntaba si querias alón, sino que en francés *Alon*, quiere decir, vamos. ¡Pero á quién diablos le ocurre, le contesté, hablar en francés, cuando todos los que estamos aquí hablamos el español?

Al ruido producido por tantas carcajadas, acercóse á nosotros un joven de anteojos conocido de Juan, diciendo *bona sera*. No es buena cena sino mala comida, le contesté; pero si vd. gusta acompañarnos, le traerán á vd. lo que guste. Yo no hablo de lo que están vdes. comiendo, caballero; digo *bona sera*, que en italiano quiere de-

cir buenas noches, como lo saben muy bien estos señores. Ya veo, contesté yo, que en el día es preciso saber todos los idiomas, menos el español, para entender á los jóvenes del día. ¡Con que gusta vd. tomar alguna cosa! le preguntó Juan al nuevo personaje: vamos, *san fason*. ¡Y qué santo es ese! lo pregunté á Juan en voz baja. ¡Hombre! me respondió; no es santo: *san fason*, quiere decir sin cumplimento. ¡Y por qué no decirlo así! ¡Es acaso mas hermosa la palabra en francés que en español? Ya te he dicho, me contestó Juan, que en este siglo de las *luces* y del *progreco*, no se acostumbra hablar en castellano puro, sino entre la gente de mal tono.

Y sin hacer caso de mis observaciones, siguieron hablando en su babilónico idioma, que pudiera llamarse *escamocho de lenguas*, dejándome á mí, á pesar de tener ellos tantas luces, en la mayor oscuridad respecto á lo que decían.

Concluida la comida, nos levantamos, pronunciando los ilustrados jóvenes un *se fini* final; y volviendo nosotros á subir al *cupé*, como se dice aquí, me llevó Juan al *hotel*, segun él, y á la posada segun la academia de nuestra lengua, donde me dejó, despues de prometerme que mañana vendrá por mí para llevarme á casa de unas señoritas amables y hermosas, donde se reunen los mas elegantes jóvenes de la capital.

En el inmediato correo te escribiré, si vivo, todo lo que vaya viendo, si es que tú estás en disposicion y con humor de leer mis mal forjadas cartas.

—¡Acaba ahí la epístola?

—Sí, señor gallo; pero siguen otras, cuyo objeto es el de corregir los abusos introducidos en el sonoro y rico idioma español.

—Pues continúa leyéndolas, que puede ser que el público saque algun provecho de ellas.

—Este ha sido el fin que me he propuesto únicamente; y por lo mismo continuaré en el siguiente capitulo, con la segunda carta.



CAPITULO VII.

Carta segunda, en la cual verá el lector cómo en este siglo de las luces, para pasar por ilustrado, es preciso ignorar el idioma nacional y hablar de manera que nadie le entienda.

QUERIDO amigo: En cuanto acabé de enviar al correo la carta primera que te escribí, me acosté en una cama mas gastada que conciencia de aspirante, y mas estrecha que bolsillo de retirado, dentro de cuyas sábanas, sutiles como pensamientode tramposo, y sucias como manteles de fonda, envolviéndome como moneda en arca de avaro, me dormí como un patriarca, si es que en tiempo

de los patriarcas, y en las camas de ellos, habia tantas chinches, pulgas y *pulgos* como hay en las que están dispuestas en las posadas para los infelices que andan de aquí para allí como pelota en manos de excelentes jugadores; que para mí tengo que no podía ser, porque aquellos benditos varones no se habian metido en el trabajo de construir casas, sino que habitaban debajo de tiendas y al aire libre, en los puntos donde habia abundantes pastos para sus numerosos rebaños que tenian, donde arrullaba su sueño el dulce canto de la cigarra, del grillo y de la rana. ¡Y dichosos ellos, porque así lograron vivir libres de caseros, de contribuciones, de goteras, de tapiceros, cobradores, y de otra porcion de cosas tan necesarias para la presente generacion, como ruinosas para el *ético* bolsillo, y que son la pesadilla de los que vivimos en el Siglo XIX! Bien sabian ellos donde les apretaba el zapato, aunque entonces no habia aún cofrades de San Crispin, y lo que se pescaban, aunque no eran pescadores de empleos, con vivir campestremente.

Bien sé que dirás que nada tienen que ver los patriarcas con lo que pienso decirte, y que mejor fuera que sin rodeos te dijera lo que te he de decir; pero te advertiré que en el siglo *ilustrado* no se usa presentar la verdad desnuda, sino arrastrándose por el suelo como los aduladores, y medio cubierta como los pulmones de las señoras. Sin embargo, para obsequiar tu deseo, me apartaré de la rutina general, para decirte que al fin me levanté de la cama perteneciente á todo el mundo, como el erario nacional, pues ya sabes que las camas de las posadas son como los sepulcros que á todos reciben; tomé una jicara de chocolate, segun el mozo que me la trajo, y segun mi paladar una purga; y despues de vestirme, porque antes no podia ser, bajé la escalera, al mismo tiempo que subia por ella nuestro amigo y paisano Juan. Preguntóme á dónde iba, y le contesté que á entregar una car-

ta de recomendación á don Agapito Vistagorda, empleada en una de las aduanas marítimas. Le conozco muchísimo: su hijo va á ir de *ataché* de una legación. ¡De *ataché!* exclamé, no comprendiendo lo que significaba tal palabra. ¡Y qué especie de animal es ese! No es animal, hombre. Pues será animal macho. Ya veo que es preciso que andes conmigo para que te ilustres: *ataché*, quiere decir, agregado. ¡Ah! ahora ya lo comprendo. Pero aun es muy temprano, me dijo Juan, para que vayamos á su casa. ¡Cómo temprano, y son ya las nueve y media! Si, temprano; porque las familias de *gran tono*, pasan en sociedad la noche, y duermen de día. ¡Es decir que imitan á los serenos! Pues no importa; yo voy á entregar mi carta ahora mismo, y es preciso que tú me acompañes. Eso es imposible, porque estoy aún vestido á la *neglijé*. Y qué quiere decir vestido á la *neglijé*? ¡Sio año, al descuido. ¡Hombre, si no me hablas en castellano, no nos entenderemos jamás: *neglijé, ataché, cupé, alón, restaurant*, el diablo que te entienda: con que ¡me acompañas! Te acompañaré, ya que estás resuelto á entregar ahora mismo la carta.

Las diez acababan de dar cuando llegamos á la casa de Vistagorda: entramos al zaguan; y cuando íbamos á subir, salió el portero diciéndonos, *perdonen vds.* No somos limoneros, le contesté yo, avergonzado de que nos tomara por mendigos; pero Juan me dió á entender que la palabra *perdone vd.*, equivalía á escuche vd. ¡Mal haya los equivalentes que tanto me hacen sonrojar, le contesté. Viendo el portero que nos habíamos detenido, nos preguntó que á quién buscábamos. A don Agapito Vistagorda, le respondí. Está *invisible*, señor. ¡Cómo *invisible!* exclamé asombrado; ¡pues qué, es nigromántico! Juan se sonrió, y el portero me contestó. No quiero decir eso, señor, sino que aún no está en disposición de recibir á nadie. Eso es otra cosa; pero tal vez

se haría *visible* si supiera que soy portador de una carta del obispo N. para su esposa. A estas palabras, una criada que estaba en el corredor, y que el portero nos dijo que era la *recamarera* y no camarera como se dice en castellano, mandó al portero que nos dejara subir porque así lo ordenaba el amo. Subimos; entregué la carta á don Agapito, que nos suplicó que pasásemos á la sala, y allí nos dijo que le dispensáramos el que nos recibiera con ropa de *chambre*, que Juan me dijo que quería decir con ropa de levantar, y que aun le encontrásemos con el *montecristo* encima.

Al oír esto, le miré sorprendido para ver qué monte era el que sobre las espaldas cargaba, que yo entendí que fuera el del *calvario* ó el monte Olivete, ó el monte Sinaí, ó el monte de las Cruces; pero no descubriendo sobre él ningun *montecristo*, le supliqué en voz baja á Juan, que me dijera lo que era *montecristo*. Lo mismo que gabán, me contestó mi amigo; y don Agapito, sin advertir lo que hablábamos, prosiguió; mucho siento que *madama*, [que equivale á esposa, segun me dijo Juan] esté aún con su *visita* á cuestras, y que por lo mismo no tenga el gusto de conocer al recomendado de su tío. ¡Está con una *visita* á cuestras! exclamé yo admirado: ¡Pobrecita señora! pero ¡cómo consiente vd. en que sea tan grosera esa *visita!* Don Agapito al oírme, se asombró de mis palabras; pero Juan que conocía mi torpeza respecto á las voces de moda, me dijo que *visita* era una especie de *chupa* que usaban las señoras en casa. Eso es otra cosa, le respondí: ya se me hacia extraño que se usara en México el que las señoras de tono anduvieran con las *visitas* á cuestras. Sin embargo, prosiguió don Agapito, si quieren vdes. esperar un momento, ya debe estar en su *toaleta*, y no tardará en salir. Al ver Juan que yo me quedaba como tonto en visperas con la palabra *toaleta*, y temiendo que dijera un disparate, me es-

plió en voz baja, que *toaleta* era lo que en español tocador. En esto estábamos cuando entró una niña diciendo; papá, [voz que ha sustituido á la de padre mucho mas hermosa, y que el dia que se nos olvide acentuar la última vocal, se confundirá con Sumo Pontífice] papá, volvió á repetir, dice *mamá chica* que espera á vd. en su departamento con *mamá grande*. ¿Qué, es hija de dos madres esta niña, le pregunté á Juan, para que tenga *mamá chica* y *mamá grande*? No, hombre, me contestó Juan, mientras Vistagorda acariciaba á su hija, sino que *mamá grande* es una palabra cogida del francés, y que significa abuela. ¿Pues no es, le dije yo, mas conciso, mas hermoso, mas propio, y mas significativo el nombre de abuela? Eso está bien, me respondió, para los *retrógrados* que siguen á Cervantes, pero no para los progresistas que estamos ilustrados á la francesa. Dile á tu mamá, le dijo Vistagorda á su niña, que voy para allá dentro de un momento; pero no, aquí llega la *pilmama*, y ella irá en tu lugar. ¿Y qué, le pregunté á Juan en voz baja, esa *pilamama* es alguna tercera madre que está entre *mamá chica* y *mamá grande*? No, hombre; *pilmama* es la que cuida de los niños, y cuyo nombre en español ignoro. Ya comprendo; lo que en castellano significa niñera. Señor amo, entró diciendo la niñera, ó la *pilmama* segun Juan, ahí afuera espera á vd. un señor muy grande. Dile que entre. Tal vez, respondí yo, no pueda entrar por ser tan grande que llegue al techo. Nada de eso, replicó la niñera: si es un señor muy bajito. ¿Pues no dijo vd. que era muy grande? Ese es el nombre que se le dá al que es de edad avanzada ó anciano, me respondió Juan. ¿Quién diablos se iba á figurar tal cosa? Señores, nos dijo entonces Vistagorda; *soy con vdes.*, [no sé lo que era con nosotros] voy á ver qué es lo que se les ofrece á *madama* y al señor que me busca: tengan vdes. la bondad de es-

perarme un momento. Vaya vd. señor Vistagorda, le dijo mi amigo, *san cumpliman*. ¿Y qué santo es ese que nunca he visto en el almanaque? No es santo: *san cumpliman*, quiere decir sin cumplimiento, lo mismo que *san fason* que tambien creiste ayer que era santo. ¿Y quién no lo habia de crear así cuando llevan por delante un *san* mas grande que una loma? Papá, exclamó la niña, para lo que llama á vd. mi mamá, es para que vea vd. un *buquet* que trae ese señor que dice la *pilmama* que espera á vd. Si es así, contesté yo levantándome, nos iremos para que la señora no retarde su viage. Pero ¿qué viage? me replicó Vistagorda. ¿No dice esa niña que á su mamá le ha traído ese anciano un buque? pues no es justo que deje de embarcarse por nosotros. Una carcajada de Juan, fué la contestacion á mis palabras; pero viendo mi disgusto, me dijo; *buquet* es palabra francesa que significa ramillete, y no buque. Pero ¿quién no equivocarse? pues les aseguro á vdes. que si palabras tan hermosas como la de ramillete vamos sustituyendo por esas tan feas como *buquet*, dentro de poco el español, que es el idioma mas hermoso del mundo, será el último de todos. Pero salgamos, que al señor Vistagorda le esperan, y otro día tendré el gusto de hacerle una visita, para tener el gusto de disfrutar de su buena compañía, y tener el honor de conocer á su recomendable esposa. Cuando vd. guste: ya sabe vd. que esta es su casa y que todos estamos en ella á sus órdenes.

Esto es, querido amigo, lo que me pasó al entregar mi carta de recomendacion, lo cual te lo advierto para que, si algun dia piensas venir, aprendas de memoria esas palabras de moda, y todas las demas que te iré anotando en las que te vaya escribiendo.

—Pues no me disgusta la crítica que haces, y quiero

que conste en mi testamento. Pero prosigue escribiendo.

—Ya espero que dicteis.

Iten. Dejo á los hombres divididos en opiniones políticas; esto es, en moderados, exaltados, conservadores, republicanos y monarquistas: la mitad de ellos creyendo de buena fé en que su opinion es la única que puede hacer la felicidad de las naciones, y sacrificándose por la patria; y la otra mitad aprovechándose de esta buena fé para esplotar la rica mina de las revoluciones, y alcanzar productivos destinos á costa de los primeros, sacrificando á la patria; pues sacrificio por sacrificio, dicen ellos, mas vale ser sacrificador que sacrificado, pues la caridad bien entendida ha de empezar por uno mismo; y puesto que la iglesia nos manda *vestir al desnudo*, vistamos de plata, repiten, nuestros bolsillos que están desnudos de ella, apoderándonos de los bienes ajenos, y procure cada cual hacer lo mismo, que este es el verdadero patriotismo, y lo único conveniente para todos los que nada tienen que perder.

—¡Fatal máxima! Y á vos, señor gallo, ¿qué sistema de gobierno os parece el mejor?

—Cuando los gobernantes aman su patria, todos: cuando tratan de engordar sus bolsillos, ninguno: aunque para los aspirantes todos son iguales; ó mejor dicho, el único bueno para ellos, es aquel en que han logrado servir á la patria percibiendo de ella un buen sueldo por no hacer nada. Mas si alguna dia viendo que el ser hombre de bien, solo te trae, como sucede siempre, persecuciones, miseria y hambres, aprende de memoria las máximas que cada uno de los *patrioter*os sigue, porque ellas son las únicas que acatan todos aquellos que quieren vivir á espensas de sus conciudadanos, sean de la opinion política que fueren, que yo voy á tratar de darte á conocer lo que son todos esos falsos políticos.

—Os escucho, señor gallo, con la atencion que un

tierno amante suele oír las palabras de amor de una hermosa.

PARTIDO EXALTADO.

Todo el que sin ser liberal quiere salir de la oscuridad á la luz, como el gusano que rompiendo su capullo sale convertido en pintada mariposa; suele filiarse en el partido exaltado, donde arriesgando la nada por el todo, y sin analizar motivos, ni causas, sino con el solo fin de llamar la atencion de los que de buena fé pertenecen á su comunión política, y á quienes trata de engañar, insulta al gobierno por medio de los periódicos, llamándole tirano de los derechos del pueblo, déspota, ladrón y sanguinario; pero de una manera en que no comprometa su vida, única cosa que tiene que perder, aunque dando lugar á que le pongan preso; para que así los hombres honrados de su partido, le alistén entre los mártires de la libertad, le tengan por ciudadano de altos pensamientos liberales, le visiten y le auxilien en cuanto necesite en la que ellos llaman desgracia, y que él en su interior aplaude. De esta manera, cuando al fin la cosa política cambia, y el gobierno á quien llamó tirano cae al esfuerzo de los que han combatido en el campo de batalla, él, que ha estado seguro en su prision, sale de ella en triunfo, rodeado de sus amigos, pondera lo que no ha padecido, y consigue en premio de sus *patrióticos sacrificios*, un codiciable empleo, donde

la patria le remunerará sus pérdidas, y le sirva en cuanto necesite, sin que él tenga ya necesidad de servir á la patria.

—No es mal sastré el que conoce el paño, señor gallo; y no parece sino que vos habeis pertenecido, no á ese partido, que es bueno, sino á los que viven á costa de los honrados ciudadanos que son de ese partido.

—¡Ay, amigo mió! los falsos patriotas que abundan en todos los partidos, no son mas que sanguijuelas del erario nacional: la empleomanía está tan en moda en todo el mundo, que ya es una epidemia mil veces peor que el cólera morbo, que aflige al cuerpo social; sí, la empleomanía, como dice un periódico oficial titulado el Progreso, es la sarna de la sociedad. Una nube de pretendientes envuelve á los gobernantes durante su permanencia en el poder: por todas partes tropiezan con hombres que los acechan con el sombrero en una mano y el memorial en la otra. De todas partes le llegan ocursos y súplicas: resuena en sus oídos el eterno *por diosito* de los aspirantes: no hay empleos bastantes para satisfacer á éstos: no hay tesoros suficientes para contentar á los que quieren vivir sobre el país; son infinitos los parásitos del erario; son infinitos los vampiros del pueblo.

—Es mucha verdad; para poder contentar á todos, seria preciso que respecto á empleos, se reprodujera diariamente el milagro de los panes y de los peces; pues todo aquel que solicita y no alcanza, se convierte en enemigo del gobierno.

—Sí; pero seria necesario tambien que, para poder complacer á todos, se reprodujera el mismo milagro respecto al tesoro público.

—Teneis razon, pero ya que habeis tenido la condescendencia de empezar á darme á conocer á los que viven del partido exaltado, quisiera que concluyeseis de hacer su retrato.

—Voy á servirte: los que se dan tal nombre sin serlo, tienen siempre en los lábios la palabra libertad, y son intolerantes con los demas; predicán respeto á las leyes, y llaman tiranos á los que las hacen respetar: claman contra el considerable número de empleados, y ofrecen á todos sus amigos un empleo, para cuando se vean gozando del primero de la nacion; proclaman la moralidad, é inventan calumnias contra el que manda: manifiestan desinterés, y ganan prosélitos para que los coloquen en el primer puesto de la nacion, desde donde sin riesgo ninguno, puedan despojar á la patria de cuanto puedan, para que cuando venga el mal tiempo, esto es, el de su caída, tengan todo lo necesario para reirse de todos los partidos, y de los hombres de buena fé que pertenecen al que ellos fingieron sostener.

—Ya me creo bastante instruido con lo que me acabais de decir, para conocer á los falsos exaltados que desprestijian á los buenos; ahora quisiera que me dijeseis algo del partido llamado Conservador.

—Voy á complacerte.

CONSERVADORES.

El que trata de no arriesgar el todo por el todo, y prefiera una vida patriarcal y libre de zozobras, á una de agitaciones que, aunque puede producir mas si es favorable la fortuna, puede, si es contraria, dejarle en la misma miseria de que anhela salir, filiese en el partido Con-

servador, esto es, hágase hipócrita político; y aunque sea mas hereje que Calvino, predique la observancia del Evangelio, defienda al clero y los bienes de la iglesia, á la vez que de de uno y otra coje lo que puede; diga que en las escamas de los peces de cierta iglesia, se ha aparecido la imagen de la Madre de Dios, aunque no lo crean: no haga caso de que le digan el *Diablo Predicador*; pues nada de esto le debe importar nada mientras los padrecitos y la gente devota á quienes engaña, le prestan su proteccion y le tienen por un santo. El hipócrita político, esto es, el conservador, aun cuando la fortuna, le sea contraria, siempre tendrá seguros, torta, vestido y casa; y si sabe hacer *bien la barba* á las monjas y á los guardianes, fácil le será llegar á mayordomo de monjas, donde se puede meter la mano hasta el codo sin que se note falta alguna en las arcas.

—Excelente partido para asegurar un porvenir descansado.

—El falso conservador, predica honor, y se humilla ante el poderoso: proclama la verdad, y adula é incien- sa á los que mandan: dice que á Dios únicamente se debe adorar, y dobla la rodilla ante los hombres cubiertos de falso oropel, casi divinizándolos en sus escritos: asegura que todo lo del mundo es falible, y ataca sin compasion á los que osan hacer alguna advertencia á los que reconoce por señores: llama pompa vana á todo lo del mundo, y se arrastra por el suelo para conseguir un título de nobleza, una cruz de alguna orden, y plumas y mantos de caballero: habla contra los despilfarros de otros gobiernos, y él aniquila el erario nacional, pegándose al pecho de la patria y chupándola sin compasion, á la vez que arruina á los pueblos recargándoles de contribuciones.

—Ya veo que todos los partidos tienen en su seno hi-

jos que les hacen mas daño que si fueran realmente de otra opinion: hombres que solo tratan de vivir á espensas de los buenos, y que no tienen mas patria que su bolsillo: aspirantes sin honor que se mofan de todos los partidos, y que son fatales travas para que marche ningun gobierno.

—Esa es una verdad. El aspirantismo, volviéndome á servir de las palabras del periódico *El Progreso*, es un mar en que navegan con harto trabajo todos nuestros gobiernos: cuando el mar de la revolucion ajita ese mar, las olas, esto es, las pretensiones se levantan hasta las nubes amenazando tragárselos.

Todo el que tiene madre y hermanas que sostener ó que abandonar, cosa que acontece á todos en este mundo, necesita un empleo: todo el que quiere casarse y no tiene recursos pecuniarios con que efectuarlo, necesita un destino, y no un destino como quiera, sino un destino lucrativo; porque un matrimonio es un censo vitalicio que se paga en vestidos de seda, manteletas, sombrillas, &c., &c., y esto no puede adquirirse con el amor. Está probado que el amor no alimenta, ni abriga, salvo los malos deseos. ¡Salió un jóven algo destemplado de juicio! ¡Salió *calavera*, perezoso ó inepto! Pues es preciso que obtenga un empleo. ¡No sirve para cosa alguna! A la oficina. ¡Gastó alguno los caudales heredados! ¡Alcanzó á alguno la miseria! Un empleo: es preciso que cubran su desnudez con el manto de la patria. La patria es una buena madre y debe abrigar en su seno á todos los que no pueden abrigarse por si mismo ó por sus familias. ¡Sostuvo alguno un principio político en la lucha de los partidos! ¡Sostuvo los derechos de su patria! Pues ya tiene indisputable derecho á un empleo, aunque no sea capaz de desempeñar ningun empleo. Contentarse con el triunfo de su causa, sería una

tontería. El trabajó y sirvió y se desveló por un empleo.

— ¡Qué triste pintura cuán cierta de la sociedad que componen todas las naciones.

— ¡Ah, señor gallo; dejemos á esos partidos, y habladme del llamado *Moderado*, porque me parece que en la moderacion está la verdadera virtud.

— Lo vas á juzgar por tí mismo: escucha.

PARTIDO MODERADO.

El que sin tener opinion ninguna trata de quedar siempre guardando el equilibrio y sin caer jamás sino de piés, se hace moderado y se coloca en el justo medio; esto es, en el alambre de la maroma política, desde donde con una mano agarra al conservador para ver lo que de este coje, y con la otra se afianza de los exaltados para ver lo que pesca, sin declararse enemigo de nadie. El fingido moderado viene á ser como el murciélago de la fábula de Iriarte que era ave y cuadrúpedo á la vez segun le convenia, pues así logra agarrar de todos los partidos, porque con esas medias tintas con que él hace aparecer al partido de que ha echado mano, logra que nadie desconfíe de él, y puede saltar del alambre hácia el lugar del partido triunfante alegando méritos, y sin chocar con el caido para tenerle de su parte cuando se levante. Así logra sin ruido y sin estrépito, y sin llamar la atencion de envidiosos, ir subiendo de puesto en

puesto, de empleo en empleo, y de destino en destino, viviendo en armonia con todos los partidos, y chupando constantemente del erario nacional; pues así logra que pase por patriotismo y política, lo que no es mas que un refinado egoismo.

Eso se llama estar al sol que mas calienta: ser amigo de todos y de ninguno, y vivir á expensas de la reza entera de Adán.

El falso moderado habla mal entre los del partido caido, pero sin comprometerse, del gobierno, llamándole tirano y déspota; mas adula cuando está al lado de los que mandan, todos sus actos por arbitrarios que sean para conseguir chupar por un lado y por otro, con daño de los que de buena fé pertenecen á su comunión política.

— ¡Quiere decir que todos los hombres son lo mismo?

— Si; todos los aspirantes, pues siempre los malos forman una sola familia, y participan de unos mismos sentimientos; esto es, vivir de los destinos. Por eso lo primero que hacen es olvidar la vergüenza, ensayarse en la mas baja adulacion con todo el que manda y puede servirles de algo aunque sus acciones sean las mas negras y bastardas; arrastrarse como la culebra á los piés de los grandes y ser déspota con los inferiores. Poco les importa arrastarse como la oruga, si al fin suben como ella al elevado puesto que desean. Para medrar saben muy bien, tanto aspirantes exaltados, conservadores, monarquistas como moderados, que es preciso, ante todas cosas, ser adulador, y *hacer la barba* á los superiores; pues de esta manera se llega de un simple criado á un amigo del amo; de galopin á camarista; de portador de esquelas, á secretario de ministro, y de lego á mayordomo.

—¡Excelente doctrina!

—¡Sois amigo del gobierno, como dice el periódico de que antes hice mención? Os pregunta esa ávida multitud de pretendientes que ocupa las antesalas y los patios de los palacios. Si lo sois, os embiste sin vacilar: uno tiene un hijo sin colocación; otro un hermano, aquel un amigo, este otro un tío. Todos piden; están en su derecho. Su patria es su bienestar personal: no tienen más interés que sus intereses particulares. Esa multitud es liberal, si el gobierno es liberal: si este es tiránico y bárbaro, es Rusia ó China. Su razón está subordinada á su abdomen: su patriotismo es de quita y pon como el marido de Quevedo. La empleomanía, en el estado de desarrollo en que se halla, es una calamidad.

—Es verdad, señor gallo. No hay duda que en las circunstancias en que se encuentra el mundo, para vivir bien, es indispensable obrar mal. Los hombres que se arriman á todos los partidos, se vuelven serviles del que manda y les dá; y solo tiran contra los gobiernos, aquellos que ningun cargo desempeñan; pero espera un poco, y cuando alcancen un destino de los mismos á quienes criticaban, los vereis acatar las órdenes del sulán, con un afán y una complacencia sin límites.

—Tienes razón: el afán por conseguir empleos está en moda entre los aspirantes. La moda es la ambición que se ha apoderado de un gran número de personas que no tienen ninguna opinión política, con perjuicio de los partidos á quienes dicen que pertenecen.

—Por lo que veo, señor gallo, vos no sois de ningun partido, pues de todos habláis mal.

—Eso es no entender las cosas. ¡Cuando he dicho que no participo de opinion pública! Puede ni debe existir un solo hombre que no pertenezca á algun par-

tido? Yo no he hablado, ni hablaré jamas, de ningun partido, porque estoy convencido que con cualquiera de ellos pueden ser felices las naciones, sino que ataco á los aspirantes sin opiniones que se burlan de todos, valiéndose de las palabras mas sagradas.

—Siendo así; tened la bondad de decirme á qué partido perteneceis, para que yo lo siga.

—Yo pertenezco al partido liberal.

—¡Al partido liberal!

—Sí; al partido liberal; porque la libertad es la garantía de todo ciudadano, y la valla que contiene los desmanes del que manda: la libertad dá al hombre todos los derechos que el Hacedor le dió al criarlo, y que los tiranos por tanto tiempo se los usurparon, condenando al hombre á ser esclavo de los caprichos del trono; la libertad defiende al honrado ciudadano de la injusticia del poderoso, y condena al malvado, aun cuando pertenezca á la clase mas distinguida; porque la libertad le concede á cada hombre el derecho de pedir justicia, haciéndole, ante la ley, igual en un todo el mayor de la tierra: una nacion sin libertad jamas será feliz.

—Pero esa libertad abre las puertas á la ambición.

—Si la ambición es noble, engrandecerá al país y á los individuos, pues la libertad abre las puertas al mérito, llamando á este, que es la única nobleza que reconoce, á los puestos elevados; y si alguna vez mirases á los aspirantes de quienes hemos hablado, escaldando sus destinos públicos, asegura, sin temor de equivocarte, que el gobierno en que figuran, no es gobierno liberal; porque la libertad protege al mérito y á los buenos, y castiga y corrige á los malvados.

—Comprendo ahora lo que llamais libertad, y confieso que soy liberal con toda mi alma.

—Sigamos, pues, con mi testamento.

—Os escucho.

—Iten. Dejo formando contraste con los aspirantes á empleos, á otros hombres llamados poetas que, entretenidos con las musas, no aspiran á otra cosa que á coronas de laurel y aplausos que no alimentan. Estos seres flacos, mal vestidos y desinteresados, cercados de libros por todas partes, no cesan de escribir un solo momento contra los vicios de la sociedad que á penas se acuerda de ellos. Sobre la cabeza de estos hombres estudiosos, descúbrese el alto monte de Helicon que está contiguo al Parnaso, del cual cae de la fuente de Hipocrene que abrió el Pegaso al tocarlo con sus plantas, la inspiradora agua que beben con frecuencia para aplacar la sed de ciencia que los devora. Oprimiendo los lomos del Pegaso, caballo con alas que nació de la sangre de Medusa, está Apolo teniendo en la grupa á las Musas que, enternecidas y arrojando coronas de laurel, miran á sus adoradores con tierna compasion al notar el poco aprecio que el resto de los hombres hacen de sus obras. A orillas de la fuente de Hipocrene, y procurando enturbiar con sus inmundas plantas el agua que corre pura, están varios individuos con cabezas de burros y presididos por la Ignorancia y por la Envidia; estos individuos con cabezas de burro, ostentan en su boca este letrado: "*Criticastros.*"

—Dignos por cierto de elogio son esos hombres, que libres de la corrupcion general, se dedican á las bellas letras, en un tiempo que solo las letras de cambio son apreciadas.

—Tienes razon; pero, por desgracia al lado de ellos hay otros llamados *poetastros*, cuya presuncion y orgullo solo es comparable con su ignorancia; ellos te acosarán por todas partes leyéndote, ya un soneto al callo de

su amada; ya unas décimas al perrito de Clori; ya una octava al sabañon de Nise, &c., &c.

—Demasiado cierto es eso, señor gallo, y mucho os agradeceré el que me oigas un artículo que con tal motivo tengo escrito.

—Puedes empezarlo, abriendo un nuevo capítulo.



CAPITULO VIII:

iii UN LOCO MAS!!!

Donde el lector verá que no todos los orates están en Zaragoza, ni en otras casas de locos aunque bien lo merecen, y cómo puede ser uno mártir sin morir por Cristo, y padeciendo por los asesinos de las musas.

DANDO tormento á mi magin y á caza de un asunto digno de mi caletre andaba por las regiones de mi cuarto, cuando temiendo perder la chabeta porque no encan raba lo que anhelaba, arrojé la pluma lejos de mí con propósito firme de la enmienda, que equivale á decir

can ánimo de no volver á escribir en mi vida [los propósitos de enmienda de los escritores, permitaseme por un momento tomar este nombre, se parecen á los de los jugadores] cuando vi abriese con extraordinario estruendo la puerta de mi cuarto, y entrar por ella á un hombre de cuerpo chico y colosal nariz, en cuya punta ostentaba un lobanillo asférico que servia para contener unos anteojos verdes sobre unos ojos colorados que no miraban derecho: el frac de tan extraño personaje que mas bien era de manteca que de paño (no el personaje sino el frac) y que lo llevaba abrochado, si bien es cierto que á penas le llegaba al pecho, para poder lucir sin duda un chaleco de desconocida tela que le llegaba á los muslos, en cambio los faldones le daban en los talones que iban dentro de unas botas que heredó de algun granadero, y que si eran en extremo anchos para su pié, en cambio eran mas largas que la cuaresma: el sombrero, que lo tenia en la mano, y que podia servir de espejo segun el brillo de la manteca y el uso, mostraba mas confusiones que un veterano, y estaba mas blando que corazon de enamorado.

—¡Cuánto temí no encontrar á vd. en su casa! me dijo sentándose en una silla coja y sin respaldo que le ofrecí, y que es la única que, despues de la que yo ocupaba, y que está sin asiento, forma el ajuar del cuarto de un servidor de vdes.; pero gracias al Gran Ser [ya no se usa decir Dios como decian nuestros padres] soy el mas feliz de los mortales.

—¡Tan necesaria le es á V. mi persona?

—¡Oh, sí; porque V. va á decidir del porvenir de mi vida.

—¡Cómo!

—Sí: de un triunfo en que cifro mi gloria. En una palabra; mi porvenir es una corona ó un puñal!!!! [con cuatro admiraciones y diez puntos suspensivos]

—¡Válgame el Señor!!!!!!!.... exclamé asustado, y con ocho admiraciones y veinte puntos suspensivos, creyendo que aquel hombre era un revolucionario que quería hacerme entrar en algún plan de conspiración: ¿viene vd. á comprometerme? Pues se ha engañado V.; y si el porvenir de vd. como me acaba de decir, es una corona ó un puñal, buen provecho le haga á vd. la una y el otro, porque yo renunció á ambas cosas: yo no entro en revoluciones, porque les tengo asco á las balas.

—Tranquílcese vd.: aquí no se trata de alterar el órden: la corona que ciña mis sienes no ha de estar manchada con la sangre de inocentes víctimas, sacrificadas á la vil ambición.

—¡Aaaaaah!.....

—Mi corona ha de ser debida al talento: corona pobre; pero resplandeciente é inmarcesible. ¡Me comprende vd. ahora?

—Confieso mi torpeza.

—¡Soy poeta!

—¡Poeta!....¡Vd. poeta!...¡Es vd. poeta!....¡Ah!... ¡con que vd. es poeta!.....

—Sí, señor, soy poeta.

—¡Y desde cuando es vd. poeta.

—Desde ayer: soy poeta.... de repente.

—¡Poeta de repente!..... ¡Con que vd. tampoco se ha salvado de la epidemia de hacer versos? ¡Y ha estudiado vd.?

—No, señor: porque juzgo que en estos tiempos de *ilustración* es inútil el estudio que solo sirve para poner trabas al talento; y ya ve vd. que en este siglo de las *luzes*, se deben romper todas las cadenas, y particularmente las que se oponen al pensamiento.

—Tiene vd. razón. ¡Y en gramática, qué tal está vd.?

—¡En gramática!.... así, así.... Es verdad que

gramática no he estudiado mas que la parda, pero en cambio he leído el Judío Errante, el Hijo del Carnaval, la L. cura Española, Lucinda, mi Vecino Raimundo, el Fraile, los Misterios de la Inquisición, y otra porción de novelas de los autores de conciencia mas archa.

—Excelentes modelos ha tenido vd. sobre todo para romper las trabas de la conciencia; y esto ya es algo.

—Yo lo creo que es algo; y como dice don Saturio en "un Tercero en Discordia."

En la córte hay escritores

Que no saben otro tanto.

—Tiene vd. razón.

—¡Toma! bien se yo que la tengo; y por eso me he lanzado en esa carrera espinosa de las letras, donde espero llenarme de gloria y de laureles.

—Ninguno mejor que vd. puede conocer su mérito.

—Sin embargo, como respeto tanto el voto de vd. me he tomado la libertad de venir á leerle un drama.

—¡Animas benditas! exclamé interiormente.

—Un drama que acabo de escribir para que vd. me desengañe....

—Pero ¡qué quiere vd. que yo le diga, despues de que vd. mismo....

—Cualquier cosa, si, cualquier cosa.

—Le digo á vd. que me agrada.... que me gusta... que me encanta.... que me deleita.

—Pero es preciso que antes lo oiga vd.: aquí lo traigo; se lo leeré á vd. porque como está en borrador....

Y al decir esto sacó una resma de papel de uno de los bolsillos de su mugriento frac.

—No se toma vd. esa molestia.... estoy tan ocupado.... el drama es magnífico; estoy convencido de ello; es sorprendente.... es.... es.... como de vd.

—Pero yo tengo empeño en que vd. lo oiga: por fortuna es corto: no tiene mas que dos mil cuatrocientos pliegos.

—¡Dos mil cuatrocientos pliegos!.....

—Y trescientos sesenta y cinco actos.

—¡Trescientos sesenta y cinco actos!

—Sí, señor; tantos actos cuantos dias tiene el año.

—¡Animas benditas!... Por Dios, amigo; si es vd. mi amigo, no asesine vd. á este amigo que salia á ver en este instante á otro amigo.

—Deje vd. esa visita para despues; porque no todos los dias se presentan dramas de estas *dimensiones*.

—¡Oh sí, de catorce leguas! ... yo lo creo: ni tampoco hombre que tenga paciencia para oirlo. ¡Dramas de dos mil cuatrocientos pliegos y trescientos sesenta y cinco actos!... Pero ¿quién nos asegura la vida en tanto tiempo como durará su lectura?

—Yo se la aseguro á vd.; pero escuche vd. que ya empiezo.

—¡Con que se empeña vd. en.....

—Sí; me empeño; y no le dejaré á vd. salir hasta que no lo haya concluido de leer.

—¡Ah!... esclamaré lanzando un prolongado suspiro y dejándome caer sobre una silla; ya que no hay remedio, oíré: empiece vd. y concluya pronto por Dios.

—Este es su título:

El rey vuelto en animal y amores del Escorial.

Gran tragedia universal, ó drama sentimental, jocoserio-funeral, romántico-liberal, fantástico-sepulcral, literal, antisocial, monumental, original, internacional, descomunal, oriental, anticonstitucional, fatal y sin igual, que abraza un período general desde el pecado original hasta nuestro siglo actual; y en el que habla don Pas-

cual subido sobre un peral con un ser irracional: compuesto por don Fulano de Tal; dividido por igual, en trescientos sesenta y cinco actos de á real, y tres mil quinientos cuadros: ¿qué tal?

—Sin igual; infernal y celestial: le contesté al animal, creyendo que me iba á dar algun mal; mas como paso por mi suerte original, el resto en prosa fatal y verso garrafal, quiero contarle yo igual, al lector con voz nasal.

El. Alzando el telón se ve

Al rey tomando café

Sentado sobre la cama.

Yo. ¡Vaya un principio de drama!

El. A en otro lado su esposa,

Despegándose, llorosa,

Recostada en una silla,

Un parche de la rodilla.

Dice el rey con voz doliente,

“No está este café caliente;”

Y la reina le contesta,

“Pues mi dinero me cuesta.”

Luego al besamanos van

Mil viudas llenas de afán,

Mil huérfanas desgraciadas,

Mil tullidos, mil casadas,

Mil orquestas, mil navios,

Mil ladrones, mil judios,

Mil moros, y mil cristianos,

Y mil frailes franciscanos.

Yo. Mas, por Dios Omnipotente,

¿Dónde encontrar tanta gente?

El. Ese, en caso extraordinario,

La buscará el empresario.

Mas sigamos adelante!

Detrás iran al instante,
Del noble rey mil vasallos,
Mil carrozas, mil caballos,
Mil monjas, mil sacristanes,
Mil curas, mil capitanes,
Y toda la alta nobleza,
Y la plebe y la grandeza.

— ¡Vaya un acompañamiento numeroso, y sobre todo heterogéneo.

— ¡Ah! yo soy muy aficionado á las *heterogeneidades*, ó sean contrastes; y por eso he mezclado los hombres con los caballos, porque esto hará efecto: ¿no le parece á vd. así?

— Sin duda. Pero ¿en qué teatro se podrá representar ese drama donde hay mil navíos?...

— Eso se puede disponer que sea en medio del mar, cubriendo la parte del foro, que represente la tierra, con una balsa de cinco mil leguas cuadradas. ¡Esta será una decoración que entusiasmará, que asombrará, y que enagenará.

— Así será; pero siga vd., para que demos fin dentro de dos meses el drama.

— Pues sigo.

Quando todos han entrado,
Baja un demonio al tablado,
Y en una nube la muerte,
Que hablará de aquesta suerte.

Hijos de Eva y de un Adán,
Donde las toman las dan:
Perezca la raza humana
Tan inconsecuente y vana.

Y al concluir estas palabras, descargará sobre el rey

un golpe mortal, siguiendo despues con cuantos estén en el teatro, hasta que nadie quede con vida. Entonces el apuntador saldrá con los ojos desencajados, de la concha; y cogiendo una vela, se matará con ella, cayendo sobre el cadáver del rey, y gritando: ¡Maldicion!.... ¡maldicion!.... ¡maldicion!....

— ¡Lástima que no se matára tambien el que lee; dije para mí.

El. Y aquí cayendo el telon,

Dará el acto conclusion.

— ¡Qué le ha parecido á vd!.... ¡Es verdad que este final es de mucho efecto!

— Ciertamente: es espantoso, terroroso y escandaloso.

— ¡Oh, esto es muy de la escuela moderna!.....

— Sí; de la escuela moderna en que no se estudia.

— Pues oiga vd. el segundo acto.

— Imposible: tengo que ir en este instante á la imprenta; le respondí levantándeme.

— Pues le acompañaré, para que despues sigamos leyendo, y no se me escape vd.

— Pero hombre de Dios.....

— No hay remedio: yo no le abandono á vd. y le seguiré hasta el fin del mundo; porque falta lo mejor.

Y diciendo esto se salió conmigo, y me acompañó á la imprenta asido de mi brazo, temiendo que me escapara, y hablándome del sorprendente argumento de su infernal drama.

Así caminamos hácia la imprenta; yo huyendo del autor como se huye de la epidemia; y él por mis desdichas negras ó coloradas [que el color no hace al caso]

agarrado de mi brazo con la fuerza con que la desgracia se agarra del pobre, me acompañó como acompaña el verdugo á la víctima que va á sacrificar. Llegamos; y no bien me senté par corregir las pruebas de un artículo, cuando tomando otra silla se colocó frente de mí.

—¡Ya podemos proseguir leyendo el drama! Me dijo, al oír que el cajista me suplicó que me esperara un momento.

—No, hombre: ¿no ve vd. que voy á ocuparme de otra cosa!

—Sin embargo podemos aprovechar esta coyuntura.

—Vea vd.; ya están aquí las pruebas para corregir.

—Lo siento.

Y esperó á que acabase: mas no bien me vió entregar al cajista lo que habia corregido, cuando me volvió á preguntar:

—¡Ya seguimos?

—Espéreme vd!... Déjeme vd. leer este párrafo de este periódico.

—¡Ya lo acabó vd. de leer?... Pues proseguiremos con mi drama.

—¡Hombre! todavía no: espere vd. un instante mas.

Pero á penas transcurrió un minuto, cuando volvió á decirme:

—¡Le parece á vd. que sigamos!

Aturdido con tanta necesidad, me levanté para salirme á la calle; pero mi dramaturgo, poniéndose á mi lado, y sacando su monstruoso volúmen, me dijo:

—Seguiremos la lectura si á vd. le parece, porque hemos quedado en lo mas interesante.

—¡No sería mejor, le respondí temblando como un azogado, dejarlo para otro día? Ahora tengo que ir á la calle de....

—Eso no se opondrá: soy capaz de seguir á vd. hasta el fin del mundo, por no privarle de la satisfacción que tendrá en conocer esta magnífica producción: al contrario; se lo iré leyendo en el camino, y de esta manera irá vd. mucho mas entretenido. Los treientos sesenta y cuatro actos que siguen, tienen la ventaja, y la originalidad, de estar escritos en variedad de prosas, y en infinidad de metros.

—¡Conque vd. ha inventado la variedad de prosas! ¡Ya se ve en un tiempo en que se escriben tantos versos en vil prosa, no es extraño que se escriba mala prosa en variedad de idiomas.

—Vamos á ver: dejamos en donde....

—Pero hombre... no quisiera que me molestase vd....

—¡Oh! no tenga vd. cuidado por eso: yo no me molesto nunca.

—No me ha entendido vd....

—Y bien que lo he entendido. Pero escuche vd. añadió abriendo la resma de papel: el acto segundo que voy á leer, es joco-serio, y creo que le agrada á vd. mas que el primero; sobre todo por lo largo, pues él solo ocupa doscientos pliegos.

—Pero hombre, ese drama será un drama que durará un mes.

—¡Qué un mes! mucho mas. La representación de los Mosqueteros de Dumas duraba ocho dias; y yo quiero que la representación de mi obra dure ocho veces ochenta; porque esto me dará renombre y pesetas; y pienso escribir otra, en la que los que vean el principio del drama, aunque sean niños, ya al ver el desenlace sean viejos.

—Si; hoy que los libros no se aprecian por su mérito, sino por el tamaño y por el bulto, lo mismo que los

hombres por su corpulencia, su orgullo y su posición social, no hay mejor que escribir largo, muy largo, para agrandar y pasar por sabio.

—Pues no desperdiciemos los momentos: volvió á decir fijando los ojos en su drama colosal: empiezo mi lectura.

Acto segundo: el teatro

El infierno representa.

Yo. [Aparte.]

Allí estar debieras tú,

Con toda tu parentela.

El.

Ya antes os dije que esta acto

Es jocoserio y que alegre,

Pues sola mueren diez mil

En esta primer escena.

Yo.

¡Diez mill! . . . debe ser jocoso,

Y hará reír á las piedras;

Mas morirán tres millones,

Si así van, en la tragedia.

El.

Algo mas; en el Diluvio,

Que es una terrible escena,

Llega á morir todo el mundo.

Yo.

¿Entonces, quién representa?

El.

Noé, su familia, el arca,

Y las infinitas bestias

Que de cada especie dos

Por mandato de Dios lleva.

Las almas de los que han muerto:

Y todas las almas buenas

Que han de volver á poblar

Despues, la espaciosa tierra.

—¡Sorprendente espectáculo! . . . Entre cuantos han

delirado en asuntos fantásticos, ninguno puede rivalizar con vd.

—¡Segun eso, vd. cree que yo soy el primero en el romanticismo! ¡Ah! . . . ¡Cuán satisfactorio es para mí el voto de vd! ¡Qué envidia les va á causar á tantos autores que nada saben, y que para hacerse de nombre anuncian en los periódicos, tal vez antes de coger la pluma, que están escribiendo tal ó cual drama! . . . Pero dejémosles allá, y sigamos nosotros con el mio. Esta vista del infierno ha de agrandar muchísimo, sobre todo á los usureros y agiotistas que andan buscando los medios de ir á él. Ya vimos al fin del acto que la reina, el rey, los vasallos, y cuantos habia en la escena, perecieron.

—Sí; y por poco muero yo tambien á manos de vd. víctima de su retórica.

El.

Pues bien; Lucifer ahora,

En camisa y con montera,

Y contento por las victimas

Que la muerte le presenta,

Tocará en una guitarra

Unas boleras manchegas,

Que las bailará con Diógenes

La infeliz Ana Bolena.

A los barberos políticos

Que hacen la barba al que impera,

Les afeitarán los diablos

Con unas enormes sierras.

Yo.

¡Pero hombre! . . .

El.

Del rey el alma,

Y el alma al par de la reina,

Hervirán dentro el aceite

De una colosal caldera.

Los aspirantes á empleos
 Que ninguna opinion cuentan,
 Bailarán sobre un alambra
 Que arroje llamas eternas.

Carón pasará en su barca
 Al célebre Juan de Mens,
 Que llega de Palestina
 Llorando el robo de Elena.

Once mil fragatas surcan
 La laguna Estigia fiera,
 Divididas en dos bandos,
 Y la batalla se empieza.

El rey se arranca el cabello;
 Reza el trisagio la reina:
 Carón rie á carcajadas,
 Y los navíos se quemán.

Yo. Pero hombre, eso es espantoso.

El. Escuchad; el cielo truena:
 El infierno se estremece,
 Y Proserpina se afeita.

Yo. ¡Compasion!.....

El. Los diablos tocan
 Y bailan la *Petenera*.....

Yo. ¡Esto mas!.....

El. Arden los mares.....

Yo. ¡Me asesinais!.....

El. Gran orquesta.

—¡Basta!... ¡basta!... no siga vd. si es que no desea vd. la muerte de su prójimo.

—Me alegró que le haya conmovido á vd. hasta ese extremo.

—¡Y quién no se estremece con la lectura de ese drama patibulario, incendiario, y temerario de catorce le-
 guas de largol.....

—¡Ohi!.... por eso me gusta la escuela moderna; porque en ella se pintan con colores fuertes, las grandes sensaciones del corazon humano, y se ponen en accion todos los crímenes del hombre. Sin embargo, pienso, para dar mas fuerza al drama, poner al fin de cada estrofa, tres veces, estas palabras: ¡Maldicion!.... ¡Maldicion!.... ¡Maldicion!..... con bastantes puntos suspensivos, porque esto es muy del *siglo ilustrado*.

—Pues mientras introduce vd. esa acertada reforma, dije empezando á bajar la escalera, voy yo á la calle del Esclavo. Y salí de la imprenta, creyendo que no me seguiria; pero me engañé: el asesino autor, poniéndose á mi lado; y sin cuidarse de la gente que pasaba, me contestó:

—Irémos leyendo por la calle.

Y sin atender á mis súplicas, ni á las lágrimas que casi me saltaban, prosiguió su infernal drama, siguiéndome por todas partes. A poco me encontré con un amigo; y por librarme de mi verdugo, me detuve á hablarle; pero el dramaturgo, metiéndose entre los dos, siguió leyendo, sin permitirnos hablar. Al ver su tenacidad, no pude menos que decirle con algun enojo.

—¡No ve vd. que voy á hablar con este señor!

—Otro dia podrán vdes. hacerlo: además, yo creo que á este señor mas le agradará oír algo de este sangriento drama, sobre todo ahora que estamos en la parte jocoseria, que lo demas.

Y sin dejar á mi amigo que volviera de su asombro, nos leyó dos escenas en que habia diablos encadenados, ahorcados, crucifijos, inquisidores, y mugeres afeitándose. Viendo que me era imposible libertarme de él, me despedí de mi amigo, y entré á un café; pero el dramaturgo me sigue, y al fin sin tomar nada me salgo: enton-

ces alargo el paso; pero ni aun esto me vale, porque él también lo alarga sin dejar su lectura: aburrido y ciego como iba, no vi una cáscara de plátano, resbalo en ella, y caigo al suelo; y aquel hombre imperturbable, se agacha y sigue leyendo sin hacer caso de mis quejas. Furioso con la caída, y fuera de mí, le dije.

—Si no me deja vd. lo desafío á la pistola.

—Admito el desafío; pero antes es preciso que acabemos de leer el drama.

¿Qué me quedaba que hacer con un hombre que así contesta? Nada: echar á correr, como lo hice, aunque siempre seguido por mi asesino, que no cesaba de leer. Por fin, llegué á la casa á donde tenia que hacer la visita; y viendo que el autor subia también la escalera, leyendo siempre, le dije tamblando, que se fuera, y que dejásemos el drama para otro día.

—No; yo quiero que demos conclusion á este acto: me contestó agarrándome de uno de los faldones de mi frac, para no dejarme huir, y siguió de esta manera.

Las brujas bailan la polca:

Ruje la tierra en su centro:

Los incendiados navíos

Ceniza se miran hechos.

El rey y la reina fritos

Quedan entre aceite hirviendo:

El mar y la tierra se unen,

Y rujen los elementos....

Al llegar á este parage, estaba poseído de tal entusiasmo, que por atender á la retórica, soltó mi faldon: al verme libre de su térrea mano, abrí la puerta de la casa, sin que él lo advirtiera, y entrando de repente, le de-

jé fuera, siguiendo él la lectura de su drama en alta voz para que yo le oyese desde adentro.

—Quién grita allí fuera? me preguntó la señora de la casa.

—Un loco que, sin haber estudiado, quiere ser poeta dramático.

—Yo conozco muchos de esos. ¡Y qué tal es el drama?

—Es un drama de dos mil cuatrocientos pliegos: trescientos sesenta y cinco actos, y tres mil quinientos cuadros.

—¡Jesus!.... ¡qué atrocidad!.... Es decir que ese poetastro es.....

—¡Un loco mas!.... contestó concluyendo de leer.

—¡Acaba ahí el artículo!

—Sí, señor gallo.

—Pues no me parece mal la sátira hácia esos malos poetas de que yo empecé á hablar.

—Me alegro de que así os parezca; y ahora proseguid, si quereis, dictando.

—Sí: prosigamos.

Item. Dejo muchas calles de varias ciudades principales, á treinta piés de altura unas de otras, gracias al nuevo método de nivelacion adoptado, que todo lo desnivela, con quebranto de las piernas y los brazos de los miopes que, no pudiendo notar nada, ó se caen de la calle alta á la baja rompiéndose una costilla ó la cabeza, ó dan con esta en la especie de muro que forma la mas elevada, si vienen de la calle baja contigua á ella. De suerte que casi indispensable es ya el que cada habitante de ciertas ciudades, salga de su casa con una escalera de mano al hombro, para poder bajar ó subir, aun que siempre con algun peligro, de la calle en que vive á la inmediata.

Iten. Dejo en la mayor parte de las naciones al ministerio de hacienda, sin hacienda, por las muchas haciendas que la hacienda ha dado á varios que no tenían hacienda, y que hoy son ya hacendados, propietarios de casas magníficas, dueños de tres ó cuatro coches en que van atropellando al pueblo que los elevó á un puesto en que, á la vez que chupan sin cesar el pecho de la patria, venden, á los que bien pagan, los destinos principales ó un título de nobleza, mandando así á dos carrillos, como suele decirse. Es, pues, mi voluntad, que sobre la puerta del ministerio de hacienda de cada nacion, se ponga esta quintilla, no para que la lean los buenos ministros que aman el país en que nacieron, sino los malos que posponen el bien general al particular.

La sangre de la patria en mí guardaron
 Los hijos de la patria mas fecunda,
 Pero tanto mis guardas me sangrán
 Y la sangre amarilla me chuparon,
 Que á la patria dejaron moribunda.

Bien sé que es *predicar en desierto sermón perdido*, y que los aspirantes que no tienen mas patria que los destinos, no harán caso de mis palabras, porque *no hay peor sordo que el que no quiere oír* y tienen una conciencia mas ancha que la del diablo que les inspira. Bien se tambien que ellos dicen que no se debe perder un empleo por el *qué dirán*, y que eso que se llama vergüenza, honor, amor patrio y pobidad, son unos artículos desconocidos para ellos, que maldita la falta que les hacen para vivir en grande y considerados en el mundo; y concluyen, cuando llegan á su oídos los clamores de los que hablan contra su manejo, con estas palabras:

Griten los que el bien adoren

Cuanto quieran y deséen,
 Qua no importa me desdóren
 Como no me desplátéen.

Iten. Dejo en todas las partes del mundo imperando la moda como reina absoluta que va corrompiendo la sociedad, en la cual todos quieren aparentar lo que no son, por ser la vanidad una de las cosas que tambien está en moda con perjuicio de los mismos que la usan. La mayor parte de los que desempeñan algun cargo público, está en moda el que usen dorado coche, tengan gran lujo en su casa, y gasten ricos trajes para presentarse en la sociedad; pero como no está en moda el que para mantener este lujo, les regalen gruesas considerables de dinero, han inventado la moda de coger cuanto puedan, ya del erario nacional, ya de aquellos que de ellos necesitan, ya de los mismos á quienes compran las cosas, pues el deber y no pagar es una circunstancia que forma otro de los artículos de la moda. Con este motivo escribí las siguientes líneas que quiero consten en mi testamento.

MODAS RARAS Y CURIOSAS.

Están en uso rigoroso entre los jóvenes elegantes sin ocupacion, los cigarres-puros de media vara, que van despidiendo mas humo que un buque de vapor, para significar sin duda con ellos, que los que los fuman son tan superficiales como el humo, que sus obras y sus palabras

son tan ligeras como el humo, que las esperanzas que en ellos tenga la patria, se reducirán á humo, que su instruccion es vaga como el humo, sin sustancia su conversacion como el humo, que son vanos como el humo, y en fin, que en ellos todo es humo, y nada mas que humo.

Las cadenas de los relojes se usan largas y gordas como las promesas, pero falsas como las últimas.

Las levitas y las dádivas se usan cortas.

Las uñas limpias como los bolsillos y largas y torcidas como las intenciones hácia el prójimo, están admitidas desde hace algun tiempo.

Los chalecos y el alimento se usan cortos: las mangas de las levitas y las conciencias, anchas; los pantalones y los recursos, estrechos: el cañon de las botas y las conversaciones, coloradas: el bigote y la virtud, pintados: los cuellos y la fé, postizos; y los bastones y la lengua de víboras.

Las palabras y los pimientos, muy picantes.

El ruido en los tacones y el silencio en los bolsillos, se ha generalizado.

Andar tras el sastre hasta conseguir un elegante traje, y hacer despues que el sastre ande corriendo con la cuenta sin que consiga dar alcance al que alcanzó su ropa, es una cosa tan comun que ya no llama la atencion del público.

Las camisas y las amistades se usan ligeras, pero bien almidonadas para ocultar lo mal tejido de la tela.

Los tirantes y los principios religiosos, se estilan elásticos.

Los sellos de los relojes y los juramentos de amor, se usan huecos y quebradizos.

Los alfileres de camisa y la constancia se llevan montadas al aire.

El corte de la ropa y el modo de hablar, se usan completamente á la francesa.

Los pantalones y las prácticas religiosas, se acostumbran llevar sin trabilla.

La corbata y el cumplimiento de los deberes, se usan segun el capricho de cada individuo.

Entrar en el teatro cuando ha empezado la representacion de la comedia para hacerse notable; aplaudir un disparate y silbar una idea sublime; dar su voto sobre el mérito de cualquiera pieza dramática sin saber ni los rudimentos de la gramática, y hablar mal de las mugeres, es lo que constituye al elegante desocupado de nuestra sociedad.

El vino y los cristianos se usan bautizados.

Las novias y los cuellos de camisa usan los elegantes mudar cada día.

Los hombros de las señoras y las carretelas, se usan descubiertas.

Los gobiernos despóticos y las anjinas, prohiben hablar.

Los jugadores y los amantes, usan engañarse con las cartas.

Las novias y las balanzas se inclinan al peso; esto es, al mayor número de onzas.

La vergüenza y las capas, han caido en desuso.

MODAS CURIOSAS PARA SEÑORAS.

Los olanes y los amantes, se usan de dos para arriba.
El andar y el rezar se usan muy de prisa.

El rezar á muchos santos y amar á igual número de amantes, está en rigurosa moda entre las jóvenes de 18 á 25.

El peinado sobre las orejas y las protestas de amor, se usan abultados por fuera y vacíos por dentro.

El blanco y carmin del rostro y la fidelidad, se estilan enteramente artificiales.

Los chales y las amigas, se usan de dos caras.

Los vestidos y el corazon, con muchos pliegues.

Dentro de casa usan las elegantes chaqueta y calzones, para manifestar que cuando se casen, mandarán en jefe.

La antigua accion de Júdas de besar para engañar mejor, está muy de moda entre nuestras amables jóvenes.

Las jaqueras y la correspondencia amorosa, se usan muy activas.

Las voces de los pianos y los amantes, se buscan *ametalados*.

El mal de nervios y el desinterés, se usan fingidos.

Los gorros y los pensamientos, se estilan sumamente ligeros.

Las criadas y los telégrafos, sirven para llevar la correspondencia pronta y secretamente.

Las modas y los novios se cambian todos los dias.

Las caras de las señoras y las fachadas de las casas, se usan pintadas.

Las babuchas y la correspondencia amorosa, se usan holgadas.

Los botines y el corazon, de resortes.

Los abanicos y los juramentos, quebradizos.

Las peinetas y las esquelas de amor, doradas.

Las sombrillas y los maridos, manuales.

MODAS EN GENERAL.

Las alcachofas y la poesía, se usan con muchas hojas y poca sustancia.

Las enfermedades y los usureros están destruyendo á los individuos física y metálicamente.

Las bestias y las curas, se usan herradas.

Los médicos y los ciegos, andan á tientas.

El horror al trabajo y el amor á las cosas ajenas, domina en una gran parte de la sociedad.

Los elegantes y los dulces, de alfeñique.

La futa y el corazon de los viejos, se usan verdes.

Las palabras y los amores, se usan postizos.

Los matrimonios y los relojes, pocas veces andan acordes.

Las calabazas y las calvas, se usan cubiertas.

La instrucción y las pelucas, se estilan casi al aire.

Las lenguas y las navajas de barba, se usan muy cortantes.

La sopa y el valor, se usan en la mesa.

En el presente año el calor y la usura han subido á un número de grados tan alto, que han hecho sudar á todos los individuos hasta secar sus carnes y sus bolsillos.

Los caseros y el reloj de mi parroquia, siempre andan adelantados.

Los paltós y las intenciones, se llevan con solapa.

Los zapatos para el agua y la fé conyugal, se están usando de goma elástica.

Los entierros de los pobres y el equipaje de los escritores, se usan á la ligera.

Las virtudes y los artesanos del país, están olvidados de todo el mundo.

Los tramposos y la langosta, usan vivir sobre la propiedad ajena.

Los aspirantes políticos y los manteles de fonda, tienen los colores de todos los guisos.

Los puños de la camisa y la vergüenza, se usan sobrepuestos.

Los globos aerostáticos, los discursos, y los editoriales de los periódicos, se estilan muy hinchados, y sin ningún pensamiento.

Las tempestades en el cielo y en los matrimonios, aparecen con frecuencia en este tiempo.

Las toses y los elogios, se dan á los viejos.

Los tabardillos y los pedigüños, abundan por todas partes.

Los matrimonios y los melones están saliendo malos de tres dos.

Los hombres con sus guerras, con sus recetas los médicos, y los boticarios con sus píldoras en todo el globo, están anticipando el fin del mundo.

Los camaleones y las viudas, viven de aire.

Los coches y el porvenir, se usan oscuros.

A las ánimas del Purgatorio y á los artesanos del país, les consuela la esperanza.

Las nueces y la literatura, se usan pomposas por fuera y vanas en el fondo.

Las veletas y las opiniones se dirigen al viento que sopla.

Los vestidos de las señoras y los aduladores, se usan arrastrando por el suelo.

Las mentiras y los pretendientes, de quita y pon.

Las novelas y los amantes, de puro entretentimiento.

La constancia y el peinado se usan de capricho.

De los novios y las minas está en moda preferir á los que mas dan.

Los sombreros y las intenciones se usan negros.

Las *tunas* y los favores, con espinas.

Las lenguas y las flechas, con veneno,

Los pendientes y los aduladores, pegados á la oreja.

Los calendarios y los tramposos, se usan mentirosos y engañadores.

Los vistas de aduanas y algunos maridos, usan fingirse ciegos.

Está en rigorosa moda el escribir sin saber cómo ni qué escribir, y puesto que tambien está en moda seguir la moda, quiero concluir mi artículo, escribiendo al sol un soneto que podrá ser modelo de sonetos. Verdad es que en él no habrá dulzura ni sublimes pensamientos ni atrevidas comparaciones, pero en cambio abundará en defectos en sus catorce piés.

AL SOL.

SONETO COSMOGRÁFICO, ENCOMIÁSTICO, HISTÓRICO Y PERIPATÉTICO.

Cerillo atroz á quien mi canto elevo:
Fósforo ardiente do el azufre brilla:
Del ancho cielo refulgente hornilla:
Puro encendido del ricacho.Fébo:
Pajueta inmensa que á elogiar me atrevo:
Tizon cantado por el vate Ercilla:
Candil gigante de la rica Antilla:
Vela sin mecha y á la vez sin aseo;

Fragua entre nubes: horno refulgente:
Hacha de azufre y de inflamable brea:
Brasero colosal de toda gente:
Universal é inmensa chimenea:
Tu lumbre apaga que me abrasa ardiente
Porque del mundo la maldad no vea.

Iten. Dejo mas número de abogados que de aspirantes, lo cual prueba que hay muchos tontos y porfiados en la raza de Adán, pues segun me ha acreditado la experiencia, no hubiera tantos de los primeros, si no fuera mayor el número de los últimos.

—Cuidado con los abogados, señor gallo, porque es gente muy delicada, y que pudiera darse por ofendida, y mucho mas cuando entre ellos hay personas honradísimas.

—Demasiado lo sé; y por lo mismo, la sátira, que solo se contrae á los malos de todas las clases de la sociedad, no les toca á los buenos que no se apartan de la justicia, sino á los que abusan de su noble profesion; pues como dice Horacio: *dicere de vitiis, parcere personis*: esto es, criticar los vicios, pero sin decir el nombre de las personas viciosas.

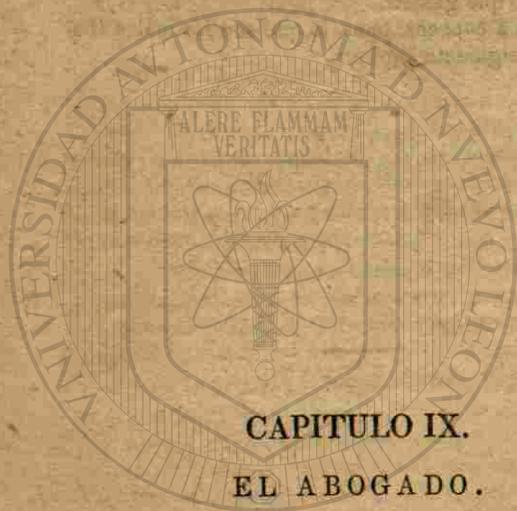
—Me alegro; porque tengo la satisfaccion de contar en el número de mis amigos, á varios abogados de notable probidad, y que son modelo de honradez, y no quisiera que se les confundiese con aquellos de quienes vais á tratar.

—Seria un proceder injusto: ya te he dicho que la sátira solo se escribe para corregir los abusos, y mal pudiera yo etacar á los honrados abogados, cuando ellos lo mismo que yo, lamentan el sistema poco escrupuloso

que siguen algunos, cuyo deber es defender la justicia y no patrocinar la maldad.

—Hecha esa aclaracion, nada tengo que decir, y podeis hablar lo que gustéis.

—Te daré á conocer, pues, lo que son los malos abogados, en el siguiente capítulo.



CAPITULO IX.
EL ABOGADO.

En que se pone en claro, lo oscuro del manejo de los que tienen á su cargo defender la justicia; y cómo algunos, comprendiendo al revés aquella santa máxima que dice vestir al desnudo, desnudan al vestido, y dejan sin comer al hambriento.

Como siempre he oido decir que *mas suele ser el ruido que las nueces, y que del talento, del caudal y calidad la mitad de la mitad, y siempre he llevado por regla aquellas palabras de Santo Tomás, ver y creer, quise desengañarme por mis propios ojos, de si era cierto todo lo que de los abogados nos cuentan, y no descansé*

hasta que no conseguí lo que anhelaba. Empeñado en mi empresa, me valí de un pretesto, y entré una noche al bufete de un licenciado, y mientras le avisaban que yo le esperaba, me puse á registrar sus papeles, y de entre los legajos, causas y protocolos, extraje un pliego que decia así.

Yo, el Lic. D. Esperidion Enredadera, doctor en ambos derechos, por mí y ante mí, y sin escribano alguno que dé fe de lo que digo, porque de tanto dar fe se han quedado sin ella todos los escribanos del mundo, ante el juez competente que es Dios, por quien tantas veces juré en falso, y teniendo por testigos á las desnudas almas de los clientes que desnudé para vestirme, confieso con toda la ingenuidad de que es capaz un licenciado, que el distinguido cuerpo de abogados data desde antes del nacimiento del primer hombre, como pasaré á probarlo con pruebas fehacientes é irrecusables que podrán encontrar todos los que se dignen registrar los archivos del infierno.

Dios llevado de su infinita bondad, como todo cristiano sabe, colmó de todos los bienes imaginables á Adán y Eva, los cuales vivian tranquilos en medio del Paraíso. En una palabra, el Paraíso era Paraíso, porque aun no habia aparecido en el mundo ningun doctor en leyes, ningun licenciado que perturbara la paz de la criatura humana. Pero envidioso el Demonio de ver aquella felicidad, trató de robarla, y provisto de argumentos y leyes, se dirigió, hecho un licenciado, á la compañera de Adán, á la cual le hizo ver los derechos que tenia á comer de la fruta del árbol vedado, haciendo que entablara un pleito con el Hacedor Supremo; pleito que dió por resultado el que Adán y Eva salieran del Paraíso con unas hojas de higuera, *únicos restos de su pasada opulencia*, y el que el abogado enriqueciera con el número de almas que desde entonces le producen sus bien

combinados cálculos. Por lo dicho vemos, que el árbol genealógico de los licenciados empieza en Lucifer, con quien están entronca los todos los que abrazan la carrera de defender la injusticia del prójimo, quise decir la justicia. Esta antigüedad nadie nos la puede disputar; y cábenos la gloria á los jurisconsultos, se entiende á los jurisconsultos enredadores, de contar con un origen mas antiguo que el mundo, pues antes de que este existiera, ya habia en el infierno un licenciado que esperaba clientes para ver lo que con ellos ganaba. Y si con un mal abogado solo fué mas que suficiente para trastornar la paz de la tierra (cómo andar á nuestro valle de lágrimas con tantos abogados que andan por ahí á caza de personas á quienes defender! Dirán aquellos á cuyas manos llega este papel, que *no es mal sastre el que conoce el paño*; y tendrán razón en decirlo; yo hablo con conocimiento de causa, y puedo asegurar que un mal licenciado es mas perjudicial que una epidemia, y mas surtidor de embustes que un sastre. Bien debia conocerlos el autor de estos refranes, *mas vale mala composición que buen pleito; y mas vale mala avenencia que buena sentencia*, á quien seguramente habia dejado algun buen defensor sin camisa, ó como suele decirse, sin cara en que santiguarse.

Como nadie mejor que yo puede conocer los medios de que los malos licenciados se valen para medrar, pues tengo el honor de pertenecer á tan distinguida corporacion, y por otra parte quiero hacer un servicio al prójimo para que no se meta á litigante, me he propuesto hacer algunas aclaraciones que podrán servir de provecho á los incautos.

La carrera, como instituida por un ángel..... rebelde, claro es que tiene que ser muy buena para..... arruinar al prójimo; y por lo mismo, para que pueda dar los frutos que los hombres debian desear, es indispensa-

ble que se empiece por mejorarla, introduciendo algunas reformas. La primera de estas, segun mi larga experiencia, debe empezar, si se quiere que no haya enredos ni injusticias, porque el número de licenciados se reduzca á..... céreos; ó si se permite que los haya, porque se les obligue á defender..... lo suyo. La segunda reforma debe consistir en que se haga un auto de fé con las obras de tantos comentadores que han comentado á su antojo todas las leyes para embrollar y oscurecer la verdad, y que con la mejor de ellas, se quemen en medio de la plaza todas las demás, con lo cual se logrará salir de ese laberinto en que encierran los malos licenciados á sus contrincantes, hasta dejarlos en el traje que usaba Adán antes de comer del árbol prohibido. Tambien seria muy acertado el que se suprimiera el juramento que hacen prestar á todo licenciado de que defenderá la justicia, porque como al fin se ven obligados á faltar á su juramento, pues no habria pleitos, si de dos que disputan, no defendiese alguno lo injusto, resulta que, tomarles juramento, y destinarlos al infierno, es todo uno. La experiencia me ha hecho conocer que el licenciado que no quiere morir de hambre tiene necesidad de defender al primero que se presenta, por injusto que sea lo que pretende. Al principio de su carrera muchos quieren obsequiar los gritos de su conciencia, y solo admiten aquellos pleitos en que la justicia está de parte de sus clientes; pero suele echar el licenciado contrario mano de tantos comentadores, como Molina, Comté, Vela, Castillo, que cada cual comenta á su antojo las leyes, suele suplantar tantas hojas en los expedientes, untar tanto la mano á los jueces y embrollar de tal manera la verdad, que cansada la parte de ver que trascurren los años, y que el *buen dinero se va tras del malo*, suele al fin, por quitarse como suele decirse de ruidos, prescindir

de sus derechos á los bienes que le pertenecen, dejando al que le defiende en la nota de mal abogado.

Conociendo, pues, que defendiendo á los buenos no se adelanta con la rapidez que desea todo el que como yo tiene alguna inclinacion al dinero, y viendo al mismo tiempo que para poder defender á los malos es preciso darse á conocer entre los que no son buenos, adquiriendo alguna reputacion de buen *enredador*; y sabiendo que para darse á conocer es indispensable que pasen algunos años, porque como dice el refrán, *no se hizo Zamora en una hora*, calculé, medité y reflexioné lo que hacer debia, para poder empezar á disfrutar de la amable compañía de ese recomendable caballero llamado *Don Dinero*, sugeto de gran flujo en la corte, y muy cortejado, que nunca habia logrado que visitara mi casa, no obstante el cariño que le he tenido siempre, *solo por ser quince*, y sin interés de ninguna otra especie; y como *todo lo vence el amor*, y yo, como llevo dicho, le tenia una *querencia* sin límites á ese pedazo de tierra llamada *plata*, cuya simpatía hácia ella solo se puede explicar por la relacion y parentesco que hay entre ambos, pues yo tambien soy de tierra, pues si ella es *plata*, yo tal vez llegaré á ser *plato* despues de mi muerte, no obstante mi título de abogado, ví ante mis ojos, hundidos por la necesidad y despiertos por el hambre, una veredita que me podia conducir á un espacioso campo, en donde habia cuanto necesitaba el hombre para ser feliz, sabio, querido, respetado, obsequiado y digno de sabazona, esto es, *dinero* y *solo dinero*. En una palabra, era el primer escalon que presenta la carrera á todo aquel que tiene estrecho el bolsillo y ancha la conciencia y suficiente ingenio para aprovecharse del mal del prójimo, y quiere remediar su... necesidad. Me explicaré espresando lo que es el

PRIMER ESCALON DEL ABOGADO.

Encuanto recibí por justo premio de mis estudios el honroso título de *licenciado*, me aproveché de la multitud de jueces de manzanas, y me coloqué como *testigo de asistencia*, en uno de sus juzgados, lo cual era en realidad comenzar así la práctica, haciendo veces de escribano que es de suponerse debe desempeñar bien un señor *licenciado*. A las dos horas conocí que debia aprovechar la gran cosecha de duros que se preparaba, merced á los innumerables *chismes de vecindad* y de no vecindad en que suelen presentarse, ya dos mugeres acusando que *ña Rita* le dijo *una mala palabra*, mala palabra que sale con todas sus letras sin escrúpulo, aunque con el correspondiente *con licencia del señor juez*, y *ña Rita* defendiéndose asegurando que si le dijo *la mala palabra* (que vuelve á salir tronante) fué porque *ña Ursula* se *descomidió* antes, diciéndole *un dicho*, que tampoco se queda sin salir, aunque tambien con su correspondiente *con licencia del señor juez*; ya otra reclamando á una vecina que le vuelva las *naguas* que se las *prestó*, y la otra manifestando que son muy de ella, porque no se las *prestó* sino que se las *mercó*, sacándolas del empeño como se lo *haría bueno* con varios testigos que vieron como en *efecto* las *mercó*. Por supuesto que en todos estos *chismes*, olvidé mi calidad de escribano, y me metí á abogado de las dos partes, á cada una de las cuales hablaba en secreto, convenciéndolas de su mútua justicia, siendo el resultado final que una vez llegadas al juzgado, no salian sin que el juicio fuese sentenciado con calidad de que *cada una pagara sus costas*. Llegada la

noche, me retiré á mi casa con los bolsillos bien repletos de monedas, las cuales fueron cada dia en aumento; á proporcion que se ensanchaba la conciencia, y que iba adquiriendo práctica en el modo de desplumar al prójimo. Y no faltaron diligencias que practiqué como *ministro ejecutor* que desempeñé á las mil maravillas, *embargando á pobres* para hacerme rico, pues la caridad bien entendida entra por uno mismo, *depositando casadas* que aumentaban el depósito de mis arcas, y aun algunas *doncellas*, por supuesto las que amaban el santo sacramento del matrimonio, y pretendian casarse contra la voluntad paterna que, cuanto mas contraria era, mas favorable se presentaba para mi bolsillo, gracias á las sangrias que, sin ser médico, le daba al suyo el novio; pues así como para otros los obstáculos son enemigos que atorpece sus negocios con perjuicio de sus intereses, para los abogados, jueces, escribanos, y toda gente de pluma, no son sino amigos queridísimos que le proporcionan una cosecha de duros tan larga, cuantos son los dias que se necesitan para desenredar el nudo que, buen cuidado solemos tener de desatarlo poco á poco para alargar el tiempo.

Mejorada visiblemente mi posicion con la *indisposicion* que reina entre los hijos de Adán, abrí cuenta corriente en una peluquería francesa, donde me proveia de *pachuli*, agua de la *banda*, polvos de *Vénus* para los *dientes*, *cosmetique* para el pelo, y donde en fin, me rizaban to los los dias mi cerdosa melena. Abrí tambien cuenta corriente en la mejor sastrería, para empezar así á pasar por hombre de *provecho*, por *gran abogado*: pues ya se sabe que en *el siglo ilustrado*, el hombre, vale por *el lustre* que se dá á si mismo y por el lujo que gasta cójalo de donde lo cojiere. Para que todo correspondiera al brillo que empezaba á rodearme, gracias á los *chismes de recindad*, compré por las dos terceras partes de su

valor, es decir, por 600 duros, en los que por supuesto se incluyeron los *derechos de juzgado y sentenciado*, una calesa, embargada por mí y rematada tambien por mí, con *arreglo á la ley*. De este modo pude atender al juzgado, ir á buscar *conciliaciones* á otros, y *defensas* en la cárcel, teniendo la satisfaccion de obsequiar el *principio de derecho* que dice, el que trabaja justo es que coma: *quisentim comodum, etian incomodum sentiren debet*: justo era tener grandes ventajas al través de grandes trabajos.

SEGUNDO ESCALON DEL ABOGADO.

Habiendo logrado subir por medio de tantos laberintos que aclaraban mi horizonte, y daban *peso* á mis bolsillos, el primer escalon de mi carrera, y dueño ya de algun lujo exterior, procuré subir el segundo escalon, y para conseguirlo, examiné la lista de mis clientes, para ver quien de ellos podia elevarme á la altura que codiciaba. Era preciso poner una casa bajo el pie brillante de lujo que exteriormente gastaba, amueblarla ricamente y disponer una pieza amplia para formar un hermoso estudio digno de un licenciado de grandes negocios, ó que aspiraba á ellos. Poco tardé en encontrar lo que anhelaba. Tenia yo entre mi clientela una viuda con cuyo dinero se habia casado tanto uno de esos caritativos señores que se han propuesto socorrer á todo el que les pide tres duros por un crédito de cien, que casi la tenia en visperas de que volviera á enviudar del poderoso *caballero D. Dinero* que la mantenia; y llegó á tanto la proteccion que le dispensaba aquel á quien ma-

las lenguas le daban el nombre de *usurero*, que, sabiendo que la viuda tenía una casa, no descansó hasta que no se vió en posesion de ella; por supuesto que con el laudable y único fin de tener una prenda que le recordase á todas horas, á la persona que con todas veras apreciaba, como se tiene y se aprecia un simple rizo, no por lo que es, sino por ser de quien es. Por otra parte, la viuda le debía lo que no habia recibido, y era preciso pagar de alguna manera los réditos de los réditos que le redituaba la insignificante suma que habia prestado, y esta fué la manera de apoderarse de la casa para pagarse con los productos de ella.

En cuanto la viuda me impuso de lo que pasaba con el usurero, dije yo para mí: *esta es la casa que necesito*; y en consecuencia le dije tanto respecto á las miras siniestras del usurero, y le cité tantas leyes sobre la facilidad que habia para quitarle la casa, que la viuda dejó á mi albedrío el que yo hiciera lo que mas conveniente creyera. Entonces hice que la viuda le citase ante mí al que tanto empeño habia tenido en favorecerle; y cuando acusadora y acusado se presentaron en mi despacho, les hice que se sentaran, fingí escuchar atentamente la demanda, oí el descargo del demandado, y luego, manifestando un interés no comun por el usurero, esclamé dirigiéndome á él con el objeto único de intimidarle y de conseguir que soltara la presa para echarla yo mi terrible garra.

Ha reflexionado V. en el enorme crimen que envuelve en sí la usura, y la terrible manera con que se castiga por las leyes! ¡Ay amigo mío! el usurero es condenado á perder todo lo que ha ganado ilícitamente... á pagar otro tanto de lo que ha chupado prestando... á satisfacer una enorme multa. La usura es un delito *misetiforis* por el cual el usurero será encerrado en la cárcel por el juez de lo criminal... y el señor provisor le de-

clarará *incurso* en la pena canónica, y será privado de sepultura eclesiástica, que es sin duda lo que á los usureros, como hombres de gran conciencia, debe causarles mas sentimiento. Todo esto es, amigo mío, un precepto claro y terminante que, segun todas las leyes del pais y del derecho *internacional*, debe V. obedecer en caridad, aunque de tanto prestarla se haya V. quedado sin ella.

Al oirme hablar en estos términos, noté que el usurero palidecia; y seguro ya de mi triunfo, seguí hablando tanto de las penas que las leyes imponen á los que prestan con usura, y tanto le ponderé lo que tendria que gastar para salir bien del pleito que se le entablaba, y tan conciliador me mostré, que conseguí que ambos interesados, liquidasen su crédito, y que se arreglase un nuevo modo de pago, para que así cesase un contrato ruinoso para ella y poco honroso para él, comprometiendo mi responsabilidad *personal* para pagar el crédito liquidado de la viuda.

En cuanto el usurero entregó la casa, presenté á la viuda la cuenta de lo que me debía por las resmas de papel que habia escrito en el pleito que la defendia; y para hacerla creer que usaba de desinterés, la propuse que me dejara habitar en la casa rescatada de manos del usurero, y que con la renta que yo mismo señalé, y que por lo mismo debe suponerse que no sería crecida, fuese *devengando* la misma casa lo que la viuda me debía por mis *honorarios*, y por lo que me habia comprometido á pagar al usurero, en lo cual convino inmediatamente que habiendo salido de las garras de Herodes, entró bajo la ley de Pilato.

Una vez en posesion de la casa, traté de hacerme dueño de ella; y al efecto hice que se enredara más y mas el pleito de una gran hacienda que me tenia encomendado, para aumentar de esta suerte las resmas de

papel escrito, todo con arreglo á la ley se entiende; y cuando ya calculé que el importe de lo que me debía equivalía al valor de la casa, terminé el pleito que habia entretenido de ex-profeso, favorablemente para la viuda, que me pagó, como yo deseaba, con la excelente casa en que vivia.

En cuanto las gentes me vieron dueño de coche y propietario de una finca tan excelente, formaron de mí el concepto mas favorable, y exclamaban: "¡qué abogado tan bueno debe ser D. Esperidion Enredadera cuando en tan poco tiempo se ha hecho tan rico! ¡que talento! ¡que bien defiende los intereses ajenos!"

Con estos elogios, todos los que tenían deseos de gastar su dinero en pleitear, iban á verme, haciendo así que mis negocios marhasen con viento en popa; y entonces me persuadí de lo que siempre habia creído, esto es, de que el que tiene dinero, aun cuando sea el mas pícaro del mundo, siempre es tenido por hombre de bien á carta cabal. Por eso Quevedo que conocia á los hombres, decia.

Toda esta vida es hurtar:

No es el ser ladron afrenta,

Que como este mundo es venta

En él es propio el robar.

El escribano recibe

Cuanto le dan sin estruendo;

Y con hurtar escribiendo,

Lo que se hurta no se escribe:

El que bien hurta bien vive;

Y es linaje mas honrado

El hurtar que ser hurtado.

Mejor es, si se repara,

Para ser gran caballero,

El ser ladron de dinero,

Que el ser ladron de Guevare:

El alguacil con su vara,

Con sus leyes el letrado

Hurtan en públicas plazas.

Que este mundo es juego de bazas,

Que solo el que roba, triunfa y manda.

Gracias, pues, á la buena opinion que el hombre adquiere cuando está rodeado de cierto fausto deslumbrador, mi clientela fué en aumento. Pero mi ambicion aun no estaba satisfecha: era, es cierto, dueño de una gran casa y de un lujoso coche; pero tenia sed de oro para satisfacer todos mis caprichos, todos mis deseos: habia subido el segundo escalon y entré en el

TERCER ESCALON DEL ABOGADO.

Como mi afan era hacer dinero solamente, y para el abogado el *hado boga* la góndola de la fortuna de los malos licenciados en que el diablo por antigüedad es el presidente de tan respetable corporacion, y el que reparte el oro segun los méritos de cada cefrade, procuré seguir las huellas de nuestro primer maestro, sin pararme

en los medios para conseguir el fin, ó mejor dicho, parándome tanto en los *medios*, que los *medios* eran para mí el fin de mis principios. Si á alguno le pareciese oscuro mi lenguaje, á mí no, que sé que por los *medios* se llega á los *duros*, y que los *duros* son los *medios* para alcanzar todo lo que el hombre desea de *tejas para abajo*.

Convencido por lo que en otros compañeros veía, que defendiendo á los justos se gana con el sudor de la frente, y no con la rapidez que yo deseaba, abracé la causa de los malos, por consejo de otro licenciado, viejo en la carrera, y que había ganado mas pleitos, que camisas se había puesto en toda su vida. Aquí ya fué otra cosa: el que promueve un pleito injusto, no anda con economías, como aquel que defiende lo suyo; y mis arcas, poco antes vacías, se vieron apretadas de oro. *No se pare V. por dinero*, gasta *V. á talega abierta*, eran las primeras palabras de mis clientes que codiciaban los bienes ajenos: *pida V. cuanto quiera*. ¡Quién no defendiendo á quien tan liberalmente recompensa! *Por dinero baila el perro*, dice el refrán; y aunque esto no es decir que los licenciados seamos perros, nos valemos de mil arbitrios, y enredamos de tal manera los asuntos, que volvemos lo blanco negro y lo negro blanco. ¡Qué bien decía Quevedo!

Poderoso caballero
Es D. Dinero.

Yo me hice bien pronto amigo de los escribanos y de todos los jueces, que este es el arbitrio de que se valen todos los licenciados que se han propuesto defender la injusticia: cierto es que esta amistad solo se adquiere con largas y frecuentes *dosis* de metal; pero en cambio da por resultado el que el escribano haga que se extra-

vie un espediente que interesa, y que los jueces estén de parte del que da. No sin razon decía Quevedo:

¡Quién los jueces con pasion
Sin ser unguento hace humanos,
Pues untándoles las manos
Les hablada el corazon?
¡Quién gasta su opílacion
Con oro, y no con acero?
El dinero.

Otro de los arbitrios de que me valia para engordar mi bolsillo y enflaquecer el del prójimo, era el de alargar las consultas con los clientes nuevos que caian. Al efecto colgaba mi reloj, y suplicaba á la *parte*, que me impusiera minuciosamente de todo el asunto, con el objeto de alargar el tiempo; pues cuanto mas trascurriera éste, mayor cosecha de duros habia para mi bolsillo; que en esto los licenciados nos parecemos á la muerte, que cuanto mas pasan las horas, mas almas consigue. Despues de escucharle atentamente, y de fingir que recapacitaba sobre el asunto, exclamaba moviendo la cabeza en señal de duda, y fijando la vista en mi cliente para examinarle y ver si podia dejar algo, como examina el ave de rapiña si tiene bastante carne la víctima antes de ocuparse en devorarla, "*el negocio presenta bastantes dificultades, exige tiempo, trabajo y gastos de consideracion*." Si á estas palabras contestaba el que me habia elegido para *patrono*, "*gaste vd. á talega abierta y no se detenga vd. por dinero*, el pleito merecia defenderse, y en consecuencia era preciso dar una contestacion lisonjera en estos términos. Aunque como he dicho antes, el pleito presenta algunos dificultades, como se lo podria á vd. manifestar con varios autores que hablan de la ma-

teria, sin embargo yo le prometo á vd. ganar el pleito; porque á los autores que hablan en contra, podremos contestar triunfantemente, pues tenemos á nuestro favor la ley 11 título 4.º, partida tercera y sus concordantes; la 1.ª título 10, libro cuatro de la *Novísima* á que se refiere la cuarta título 8.º libro segundo de la *Recopilacion* que es conforme con la ley 21 del *Fuero-juzgo*, segun lo prevenido en la 16 del *Fuero Real*, y *Ordenamiento* de Alcalá y segun la 48 de Toro, espresamente manda da observar por *auto acordado* del Real Consejo de Castilla é Indias, como se refiere en el *Teatro* de la *Legislacion* en el artículo *Falsedad y Prevaricato*, además de lo que previno la *Real Audiencia* por *real acuerdo* que se encuentra en la página 172 del primer tomo de Magro y Beleña, columna segunda. Todo lo cual es una emanacion precisa de la *Novela* 121 de Justiniano, repetida en el *Corpus Juris Civilis*, en el *Digesto*, y aun se ve en las *Decretales* de Gregorio en el título de *Restitutione Espoliatorum*, y aun en la *Estravagante* de Isidoro Mercator, sobre lo cual disputan largamente Sanchez en el tratado de *Lixi expensis*. Antonio Gomez Salgado de *Regia Protectione*, Bobadilla *Política Indiana*, y otros muchos autores que seria prolijo referir, especialmente el Sr. Peña y Peña, hablando del derecho á cobrar los *honorarios* que muy justamente devengamos nosotros, y que se sabe es un juicio de alimentos, por que *vestire non patitur dilationem*.

Al oírme expresar en estos términos y con toda la seriedad de que en tales momentos se reviste un abogado, el nuevo cliente quedaba convencido de que se ganaba el pleito, y me suplicaba que me encargase de él, repitiéndome que gastase á *talega abierta*. Al verme en posesion de tan inagotable mina como es un pleito injusto, la primer veta que esplotaba con feliz éxito, era la de que el expediente saliera abultadísimo, para lo

cual me valia de un escribiente que tuviera la letra muy grande, de forma española por supuesto, y á quien encargaba que los renglones estuvieran bastante separados con el objeto de aumentar el número de pliegos, y que dejara grandes márgenes, porque los licenciados no nos parecemos á aquel avaro que no hacia puntos á las is por ahorrar tinta, sino que procuramos gastar mucha, pues no cobramos por lo que vale lo que decimos, sino por lo que ocupa lo que enredamos, como el tabernero, que echando mucha agua en poco vino, vende la primera al precio del segundo.

Alentado por el ruido del metal que en mis arca llovía abundantemente todos los dias, trabajaba con empeño hasta sacar triunfantes á todos mis clientes, por malo que fuese el negocio que me encomendaran, gracias á que de la lluvia de oro hacia que participaran los escribanos y los jueces que, convencidos con mis *sonantes* argumentos y con el *brillo* de mis razones tan *claras* como la plata mas pura, de que yo defendia *redondamente* la justicia, inclinaban la balanza hácia mi lado, que es en donde estaba el mayor *peso*. Por supuesto que á la sentencia favorable dada por los tribunales, seguian los innumerables regalos que me enviaban mis defendidos; de manera que entonces conocí que los abogados, así como los médicos, ganábamos mas con los *malos* que con los *buenos*, aunque ningun punto de contacto haya entre los médicos y los licenciados, pues no es lo mismo ganar un pleito dejando al cliente á buenas noches, que curar á un enfermo condenándole á malos dias.

Al ver, pues, el público la facilidad con que ganaba los mas dificultosos pleitos, no cesaba de aplaudirme como al *primer abogado del mundo*; y de todas partes venian á conteneres nuevos clientes que, animados de aquella máxima de Jesucristo que dice, *amars á tu prójimo como á tí mismo*, querian que el prójimo que tenia gran-

des fincas, les cediera lo que poseia, poniendo en práctica ese amor hácia sus semejantes, lo cual afirmaba yo que era muy justo poniéndome de parte de ellos, y haciendo que ellos pusieran parte de los *dineros* que traian, en la parte de que estaban mis arcas.

Con tan abundante y continua cosecha, pronto vi satisfecho el ardiente afán de atesorar oro y plata; pero como el corazón del hombre, y sobre todo el corazón de un mal licenciado, jamás se satisface, suspiré por subir al último escalon de la carrera: esto es al

CUARTO ESCALON DEL ABOGADO.

Aquí es el último punto en que se encuentran los honores y los elevados puestos que acaban por darle á uno aquel renombre á que todo hombre de talento y de elevadas ideas aspira. Se acercaba la época de las elecciones; y yo valiéndome de una porcion de escribientes de *juzgado*, cuyas casacas de *cola de pato* y sombreros *mantecados* ó *mantecosos* revelaban la abundancia de escasez que reinaba en sus bolsillos, les daba tres ó cuatro reales á cada uno para que influyeran entre los de la manzana, en que se declarasen por mí; y consiguiesen al fin, como era mi ardiente anhelo, sentarme en la curul para *fabricar* leyes al módico precio de tres mil duros al año, sin contar el *voto* que me podría producir para botas, batas y boato, segun el valor en que lo apreciaran ciertas personas caritativas conocidas con el digno nombre de *ajiotistas*. Pronto logré mi anhelo, y hecho diputado por *eleccion del pueblo*, como lo ha visto el lector, mi clientela se aumentó, convencida de que

cuando me habian hecho *padre de la patria*, no seria sin haber visto en mí gran capacidad para hacer *discursos*, discursos que pronunciaba todos los dias, y que algun trabajillo cuestan, aunque yo para no calentarme mucho la cabeza, inventé pronunciar discursos menosílabos, conociendo que en la concision y laconismo consiste el mérito, los cuales se reducian á estas pocas palabras pronunciadas con todo el énfasis de un señor licenciado. *Enredadera sí*; y otras, para variar, *Enredadera no*.

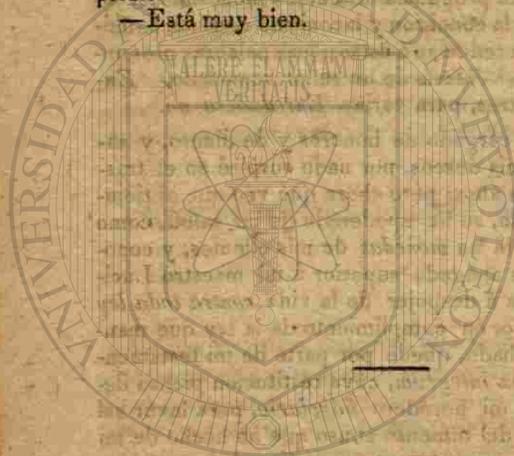
Viéndome ya cargado de honores y de dinero, y satisfechos todos mis deseos, por nado suspiré en el trascurso de muchos años; pero ahora que veo que el tiempo, sin yo sentirlo, se ha apoderado de mi salud, como yo me apoderé de las *monedas* de mis clientes, y conociendo que es un abogado superior á mi maestro Lucifer, y que me va á despojar de la vida *contra toda ley de derecho*, quiero, en cumplimiento de la ley que manda restituir lo rabado, quede por parte de mi testamento la restitucion *in integrum*, cuya restitucion pienso dejar encargada á mi heredero *fiduciario*, para lavar así la enorme culpa del inmenso abuso que he hecho de mi profesion noble, sagrada y santa por sí, y de la cual hice siempre mal uso, porque á ella deben pertenecer solamente el abogado instruido, estudioso, pródigo y religioso, para que sea como decia Ciceron, *un verdadero oráculo de la ciudad*: confesando delante de Dios y de todos los hombres que, en mi larga carrera fuí un verdadero observador de lo que dice la ley tercera, título 13, partida 3ª. "Muchas vegadas acaece, que los abogados, con gran sabor que han de vencer el pleito, *non catan á Dios nin á sus almas*."

—Muy bien, señor gallo: habeis hablado como un libro; y estoy seguro de que los buenos abogados, os agra-

decerán el que así retrateis á los que faltan á su sagra-
da mision.

—Me alegro de que te guste lo dicho; y para que po-
damos continuar con mas calma, abriremos un nuevo ca-
pítulo.

—Está muy bien.



CAPITULO X.

*En que verá el lector cómo en los tiempos que corren,
es preciso tener ancha la conciencia para vivir re-
galadamente, y cómo los que aman al prójimo como
á sí mismos, no aman su conveniencia ni su bol-
sillo.*

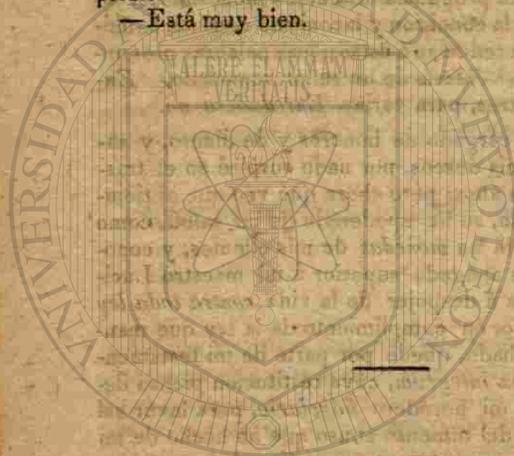
DESPUES de un momento de silencio en el cual tajé
lo mejor que pude la pluma, prosiguió el gallo de esta
manera.

Iten. Dejo á muchos periodistas de conciencia elás-
tica y de enjuto bolsillo, predicando la libertad de cultos,

decerán el que así retrateis á los que faltan á su sagra-
da mision.

—Me alegro de que te guste lo dicho; y para que po-
damos continuar con mas calma, abriremos un nuevo ca-
pítulo.

—Está muy bien.



CAPITULO X.

*En que verá el lector cómo en los tiempos que corren,
es preciso tener ancha la conciencia para vivir re-
galadamente, y cómo los que aman al prójimo como
á sí mismos, no aman su conveniencia ni su bol-
sillo.*

DESPUES de un momento de silencio en el cual tajé
lo mejor que pude la pluma, prosiguió el gallo de esta
manera.

Iten. Dejo á muchos periodistas de conciencia elás-
tica y de enjuto bolsillo, predicando la libertad de cultos,

como la única medida que puede conducir á las naciones á su preponderancia.

Al oír esto no puda menos que suspender la escritura, y preguntar.

— ¡Y vos, señor gallo, qué opináis respecto á eso?

— ¡Oh! yo no soy retrógrado, aunque nací en aquel siglo del oscurantismo en que los hombres eran tan ignorantes que consideraban como una obligación sagrada el sacrificarse por su patria, y no como hoy lo entienden los *patriotas ilustrados* de nuestro siglo, que sacrifican á la patria, despojándola de lo que tiene, solo con el noble fin de ayudarla á llevar los *duros pesos* que carga en su corazón, colocando en sus arcas y en sus bolsillos todo el oro y plata que pueden estruér del erario. No; yo no soy niágun retrógrado, sino que marchó con el siglo; y por lo mismo opino que la libertad de cultos, en una época en que hay libertad para coger destinos, es lo único que falta para que puedan prosperar los *sabios* que tratan de reformar el mundo y sus bolsillos.

— Eso; sus bolsillos únicamente. Pero jamás hubiera creído que un filósofo de tanta fama como vos, estuviera por semejante absurdo.

— ¡Y en qué te fundas para llamar absurdo á una medida que á esos sabios y á mí tan salvadora nos parece, puesto que deja á las conciencias la libertad de escoger y les dá una elasticidad sin límites para que no se paren en pelillos cuando se trata de hacer dinero!

— Os voy á contestar. ¿No dicen todos los hombres que tienen creencias contrarias á la católica, que en todas las religiones se puede salvar la criatura, sin exceptuar la religion cristiana?

— Sin duda.

— Pues bien; si el hombre segun esos que predicán la libertad de cultos, se pueda salvar tanto siguiendo nues-

tra religion, como la Mahometana ó la protestante, ¿qué sacrificio harán en admitir la predicada por Jesucristo, si viven en un país donde pueden labrar su fortuna, cuando confiesan que en esta religion se salva el hombre lo mismo que en la que ellos profesan? ¿Quién será mas justo que ceda, el cristiano que cree que con otra religion no se puede salvar, ó el protestante ó el mahometano que asegura que todas las religiones son lo mismo para ganar la gloria? Sin duda que será mas justo que cedan los segundos, puesto que afirman que en la religion católica se puede salvar lo mismo que en la que ellos siguen. Y si en esta persuacion viven, ¿se pretenderá sostener aún que, la intolerancia es una barrera que se opone á la emigracion, si vieran los de distinta creencia el modo de ganar dinero, orden y paz en los países católicos? Ciertó que no; pues siendo, segun ellos, tan buena para salvarse una religion como otra, abrazarian sin dificultad la del país que les brindara la fortuna temporal.

— Ya te he dicho que eso es discurrir á lo retrógrado; y que en este siglo *positivo* ó *pesetero*, la teología mejor es aquella que enseña á tener dinero; y como para que lo tengan los que han hecho el gran estudio de vivir á costa ajena, es indispensable que haya libertad en todo y desórden, pues ya sabes que *á rio revuelto ganancia de pescadores*, ellos que son pescadores, sin esponearse, de lo que otros ganan con riesgo de su vida, predicán la tolerancia de cultos, porque así creen que tolerarán también sus demasias.

— Pero vos que no sois ni habeis sido nunca pescador de empleos, ¿cómo es que estais por la libertad religiosa?

— Voy á decirte. Varios gefes de algunas naciones bárbaras y antropófagas me han escrito, para que en el momento que haya libertad de cultos, mande hacer un

templo al Dios Huitzilopotchli, á quien como sabes, tienen la costumbre de sacrificar víctimas humanas.

—Y bien: quiero dar por hecho que todo está conseguido, y que esos antropófagos están aquí; ¿de dónde cogen las víctimas humanas para poder seguir su religión? porque yo creo que nadie se prestará con gusto á que lo sacrifiquen, por muy convencido que esté de las ventajas de la tolerancia de cultos.

—Eso será lo que menos les inquieta á los devotos de Huetzilopotchli, porque ellos saldrán á los caminos; y en vez de robar dinero, robarán personas, á las cuales engordarán lo mejor que puedan, para ofrecerlas á su Dios, y comerlas, bien en adobo, ó en cualquiera otro guiso. Y si entre los hombres de que se apoderen, hay algunos de esos apóstoles de la libertad de cultos y periodistas de igual calaña, yo les diré que se esmeren mas y mas en engordarles por dos ó tres meses, para que cuando vayan al sacrificio entonen himnos á la sangrienta deidad, y caminen con el mayor placer viendo en planta su alto pensamiento, para que en vez de quejarse, como lo harían los apocados retrógrados, digan con el mayor regocijo, que los que los sacrifican no hacen mas que cumplir con un precepto de su religión. ¡Qué te parece?

—Me parece, señor gallo, que decís todo eso en un tono que mas revela burla que verdad.

—Tú puedes tomarlo en el sentido que te parezca. Pero vuelve á coger la pluma, y prosigue escribiendo mi testamento.

—Ya estoy dispuesto; podeis empezar cuando gustéis. Pero no hay duda de que esos hombres de conciencia elástica, para quienes todas las creencias son iguales, participan respecto á ideas religiosas, de la opinion que respecto al bello sexo manifiesto yo en la siguiente composicion poética que escribí estando de buen humor.

CONTESTACION

A UN CURIOSO PREGUNTON.

Con tus preguntas me atacas
Cuando me dices, Severo,
Que en el mundo, á quién prefiero,
Si á las gordas ó á las flacas.

Si á la de hermosura llena
O á la de belleza falta,
Si á la pequeña ó á la alta,
Si á la blanca ó la morena.

Preguntas todas á fé
Que me han dejado confuso;
Mas contestar no rehuso,
Y lo que siento diré.

Pero como este es asunto
De la mayor trascendencia,
Contestaré con prudencia
A todo, punto por punto.

En los extremos que sacas,
Las *no gordas*, si se advierte,
Son la estampa de la muerte;
Y perdónenme las flacas.

Las otras, con furia aboradas,

Pues mi opinion saber quieres,
Mas son *carne* que mugeres,
Y perdónenme las gordas.

Mi compromiso es enorme;
Mas de bacalao ó atun,
Quiero.... conforme y segun:
Y amo... segun y conforme.

Mas porque no haya alharacas,
Diré, ya que no adivinas,
Que yo amo las cosas finas,
Y agradézcaume las flacas.

En ellas, ¡cuánta soltura!
No tuvo mas la Esmeralda;
Y entre cadera y espalda,
Qué delicada cintura!

Buques son con viento en popa
Al caminar todas ellas;
Y que garbo y formas bellas
Les concede.... pues.... la ropa.

Bien sé, pues no soy tan vano,
Que son cual novela baja;
Es decir, que hay mucha paja
En ellas, y poco grano.

Que son cual libro compuesto
De muchas y limpias fojas,
Que se pasan hojas y hojas
Para que se llegue al testo.

Como naranjas que encuentro

Grandes, y por dentro fofas;
Como lindas alcachofas
Con poco que comer dentro.

Mas yo sostendré en mis trovas,
Y sin decir desatinos,
Que tan solo los cochinos
Se aprecian por las arrobas.

¡Cuántos por su garbo y gala
La flaca amantes remolca,
Despues de bailar la polca
En una brillante sala!

¡Con qué ansia su voz divina
Escucha el mortal, ufano,
Cuando se acerca al piano
Y canta una cavatina!...

¡Oh, qué dulzura simpática
Despide de cada nota!
Y ¡cuánto, cuánto alborota
En una escala cromática!...

La muger, ya está resuelto
El problema, si es delgada,
Es derecha y bien formada,
Y de cuerpo lindo, esbelto.

De lo espuesto en limpio sacas,
Curioso y fino Severo,
Que con alma y vida quiero
En este mundo á las flacas.

Mas ya con risas me asordas
TESTAMENTO DEL GALLO.— 12.

Porque no soy de tu gusto;
Bien, tu parecer es justo,
Y agrádeczanme las gordas.

Pues visto con sangre fría
Y con las ansias del hambre,
Vé cualquier hombre de alambre
Que *la carne, carne cría.*

Y que en este mundo activo
De metalizada edad,
En ellas todo es verdad,
Todo cierto y positivo.

Que en ellas, sin perder punto,
Pues no son seres ridículos,
No se pasan dos artículos
Sin que se llegue al asunto.

Si: la que muestra gordura
Inspira amor y placer,
Como nos inspira el ver
La fruta gorda y madura.

Grande economía topa
Quien se une á gordas no fieras,
Pues para fingir caderas
No necesita de ropa.

¡Qué magisterio y qué tono
En las gordas!.... ¡oh fortuna!....
No he visto flaca ninguna
Sentada en un régio trono.

Por lo dicho, pues me aborñas
Con preguntas mil sin calma,
Verás que adora mi alma,
En este mundo á las gordas.

Dirás que de aquí no sacas
Quiénes preferidas son;
¡Qué quieres! mi corazón
Ama igual gordas que flacas.

No es muy menos peliaguda
La respuesta que deseas
Respecto á lindas y feas,
Aunque no me crees, sin duda.

Toda gracia ó perfeccion
Es emanada del cielo;
Luego á las lindas del suelo
Amar debe el corazón.

Luego no debe dudar
En lo que debo elegir;
Luego te debo decir
Que á las bellas llevo á amar.

Cuando vertiendo consuelo
Sale á la calle una hermosa,
Todos esclaman, "*¡Preciosa!....*
¡Parece un ángel del cielo!"

Y otros, con acento fiero,
Esclaman entusiasmados:
*"Si así son los condenados,
Mas que me vaya al infierno."*

Y yo que no soy de estuco
¿He de verla indiferente?
Vamos, ó tú estás demente,
O me crees un mameluco.

Si mis palabras deslindas,
Como yo te lo reclamo,
Verás que á las bellas amo,
Y agradézcanme las lindas.

Mas que desprecio no creas
A las otras, eso no,
Porque iguales juzgo yo
A las lindas que á las feas.

Pues como dijo Montoya,
No sé á quién, dónde, ni cómo;
Mas lo dijo, y dél yo tomo;
"No ardió por las feas Troya."

La que faz tiene de berza
Y estampa de Satanás,
Siempre fiel la encontrarás,
Si no por gusto, por fuerza.

Unas horrendas facciones,
Grav boca y aliento impuro,
Son el mas terrible muro
En contra las tentaciones.

Si no hubiera rostros tantos
Hechiceros, no te asembles,
Fuera sin duda los hombres,
En este mundo, unos santos.

Las feas, mi alma se empeña
En mostrarte el buen camino,
Son como un libro divino,
Que no halaga, pero enseña.

Una fea, y es verdad
Que desde que existo advierto,
Es, no hay duda, un libro abierto
Que obliga á la castidad.

Cuando estas razones leas,
Te persuadirás, Severo,
De que si á las lindas quiero,
Tambien adoro á las feas.

Respecto á las bajas y altas,
No tengo alguna opinion,
Pues prefiere el corazon
Las que tengan menos faltas.

Las morenas que acomodas,
Y las muy blancas después,
Para no ser descortés,
Me las puedes mandar todas.

Porque si hay hombres injustos
Que quieren plata y no cobre,
Yo, como que soy buen pobre,
Conservo todos los gustos.

Sarriana, de mi aprieto
Salí, y al Señor bendigo:
Tu mas verdadero amigo;
Firmo, Zamacois Niceto.

Y firmo así, por quien sois,
Que es igual, si eres discreto,
Firmar Zamacois Niceto,
Que NICETO ZAMACOIS.

—Sin duda alguna: así como á tí te parecen recomendables todas las mugeres, á esos que nada creen, les parece bien cualquiera religion, por absurda que sea. Pero prosigamos escribiendo.

—Ya estoy dispuesto.

—Iten. Dejo á los hombres del siglo de las luces que no contentos con haber superado al Diablo en engañar al prójimo, se han empeñado en imitar sus juegos, y en celebrar de la manera misma que él, las fiestas públicas.

—Señor gallo, que algunos hombres como los usureiros, agiotistas, equilibristas políticos y aspirantes sin opinion, superen en maldad al Diablo, convengo; pero que manifiesten al mundo diablescamente su regocijo, no lo creo; porque eso seria lo mismo que confesar que son sus hijos, cuando todos sabemos que su afan no es otro que el de pasar por padres del género humano.

—Todo eso es muy cierto; pero conté-tame: ¿cómo crees tú que celebra allá en la mansion de las llamas el emperador cornudo, la muerte de los tiranos que han oprimido al pueblo, que no han respetado la virtud, que han premiado la maldad, y que han impuesto contribuciones hasta por el aire y por la luz, y que juzgando piadosamente, deben estar gozando de la infernal presencia del príncipe de las tinieblas?

—¿Cómo quereis que lo sepa yo, si no he muerto por fortuna, ni espero ir á lugar tan caliente, porque jamas he metido la mano hasta el codo en el erario nacional, ni he sido recaudador, ni mayordomo de monjas, ni casero, y ni siquiera alguacil?

—Pues aunque yo tampoco he vivido á costillas del prójimo, no dejo por eso de figurarme cómo celebrarán los diablos el aumento de la poblacion de las regiones infernales.

—Deseo oiros.

—Yo creo que cuando Lucifer celebra en el infierno una buena cosecha de almas, pertenecientes á malos gobernantes, y de otras plagas que abundan en el cuerpo social, se vale para mostrar su regocijo, de fuego, azufre, pólvora, chispas, llamas y espantosos truenos.

—Teneis razon: no habia caido en ello.

—¿Y de qué otra manera celebran los hombres, los que llaman ellos acontecimientos notables? No bien se recibe la noticia de la destruccion del género humano, esto es, de una gran victoria, cuando ahí están los fuegos artificiales, la pólvora, el humo, el azufre, y los cohetes con que se celebra la condecoracion de la mayor parte de los que han muerto en el campo de batalla, puesto que pocos entran en gracia de Dios á matar al prójimo.

—Teneis razon.

—¿Se trata de festejar al nuevo gobierno que se establece? Indispensable es que haya fuegos artificiales, la pólvora, el humo, el azufre, los gritos de los muchachos, y los cohetes. ¿Llega la festividad de un gran santo? Allá van los mismos fuegos, la pólvora, el humo y los cohetes; pero cohetes que en un descuido, y sin saber de donde ha venido, le sacan á vd. un ojo con la facilidad con que se lo puede sacar el mas diestro oculista, ó con la prontitud y limpieza con que el agua *peluviana* para sacar el pelo, le saca á vd. de la cabeza el que tiene para nunca mas volver. De suerte que, los celebrantes que tratan de inspirar regocijo, causan terror á los transeuntes, y á los que asisten á las fiestas; pudiéndose

decir con toda verdad aquello de, *tanto quiso el diablo á su hijo que le sacó los ojos*.

—Luego no estais, señor gallo, por la costumbre que hay de quemar cohetes en las procesiones?

—No; no estoy por ella; y yo sé que la gente sensata celebraría el que la autoridad los prohibiese, porque esta sería una medida para que no peligráran los ojos, las levitas, y las vidrieras de las casas.

—Soy de vuestra opinion.

—Iten. Dejo al género humano, provisto de todos los remedios para no envejecer, sufrir, ni morir.

—Sin duda os chanceais, señor gallo; pues contra la vejez y las enfermedades, no hay otro remedio que morir antes de ser viejo ó de enfermarse.

—Te engañas: en nuestro siglo ilustrado *todo se compra*, desde los hombres hasta la salud: desde los empleos, hasta los destierros. Yo conozco una muger contemporánea de Matusalen, aparecer en las tertulias, merced á la *Toalla de Venus* con que blanquea su cara, como blanquea el albañil las negras paredes de una casa; á la *Crema fría* con que suaviza su cutis de alija, como suaviza el carpintero con la garlopa los nudos y desigualdad de la madera, hecha una jovencita, á sus ojos que no se cambiaria por la mas elegante beldad. Hoy al que le falta un ojo, le plantan uno de vidrio: los calvos, encuentran el *agua peluriana*; los enfermos, las *pidoras de Holloway*; los viejos, el cósmico para teñir las canas, ó la *tintura del doctor Majon*, con que mojan un gran trapo y envolviéndose de noche en él la cabeza blanca de paloma, amanece negro cuervo; y en fin otra porcion de pomadas y *cosméticos* que nada dejan que desear; pues en esto los franceses así como han enriquecido nuestro idioma, entre los fatuos, así entre los viejos verdes, han introducido el milagro de rejuvenecerlos.

—Ya que habeis tocado este punto, quiero que oigas las otras cartas en que hablo precisamente de las voces francesas introducidas en nuestro idioma, y de otras mejoras que á la ilustracion estrangera debemos.

—Ya te escucho; pero te suplico que abras un nuevo capítulo con esas cartas.

—Os obedezco.



CAPITULO XI.

CARTA TERCERA: en que se cuenta lo que sufren los artesanos del país: la gracia que tiene una cortada á la francesa, con otras mil cosas que padeció el que escribe la carta.

QUERIDO AMIGO: al día siguiente de aquel en que, como te dije en mi segunda carta, entregué la que traía de recomendacion al señor Vistagorda, me levanté muy temprano con el objeto de oír misa y visitar algunas iglesias que me habian ponderado mucho. Llamé al mozo y le supliqué fuera á traerme un barbero para que

me rasurara. Llegó el maestro de la *jabonadura*, sacó su bacía, ó yelmo de Mambrino segun D. Quijote, preparó su navaja, y poco despues, empezó á despojarme de los pelos que por castigo del pecado de nuestros primeros padres, nos salen debajo de las narices, con la facilidad con que con la cortante hoz siega el trigo un labrador.

Nunca mano mas ligera habia hecho desaparecer de mi *cúitis* ese desagradable apéndice que lo hace áspero: ni el mas ligero ardor, ni la mas leve cortada habia sufrido con aquel émulo de Sangrado, el cual cogiendo todas sus cosas, y despues de colocar la bacía debajo del brazo, se salió cobrándome solo un real por su trabajo, al mismo tiempo que entraba mi amigo Juan en mi cuarto. ¡Has tenido valor, me dijo sin darme siquiera los buenos dias, de poner tu rostro en manos de semejante desollador? ¡Cómo desollador! A mí me parece un barbero inmejorable. ¡Quita allá! ¡un barbero del país!... ni digas que tienes sentido comun: nosotros, los que andamos á la *dernie*, ó á la última en idioma vulgar como dirias tú, no ocupamos jamas á nadie que no haya venido de *London*, de *Burdó* ó *Paris*. Es una injusticia, le costeste, mientras me ponias mi mejor ropa, dar preferencia á los extranjeros, siempre que los hijos del país tengan el mismo mérito que ellos. *Il son tu bet?* me respondió con enojó; pero yo, que me quedé en ayunas de lo que me decia, le repliqué, ¡y qué significa eso de *Il son tu bet?* Que son todos unos animales. Yo digo que son muy desgraciados en tener paisanos como tú, y como otros que andan por ahí, que mas parecen monos que hombres. *Merci mon ami*. No sé lo que significa *merci bon ami*: pero sí se que los que tú llamas elegantes á la *dernie*, son muy injustos con los artesanos del país.

Bien; no reñirémos por eso; pero ¡por qué te estás

poniendo tan *seductor*? la elegancia, el tono, es salir por la mañana en *deshavilé*, y con un *surtú negligemant* puesto. Maldito si te entiendo una palabra de lo que me has dicho: ¡qué cosa es, por las ánimas benditas, *deshavilé*, *surtú*, *negligemant*? Salir en *deshavilé* es como si dijé ramos de *trapillo*, *surtú*, sobretudoo, y *negligemant*, descuidadamente. Ya veo que si permanezco un mes aquí, voy á volver á mi tierra hecho un *parisiense*. Sin duda alguna, yo te daré lecciones, y ya verás como despues no *paras* para nada el español.

Sentiré que se apodere de mí la epidemia de las lenguas; pero salgamos, que ya es hora de ir á misa. Bien, vamos, me dijo Juan, abajo me espera un *cabriolet*. ¡Ah! si te espera *Cabriolet*, le contesté yo, iré solo, porque no es justo que ese señor *Cabriolet*, que supongo será un hombre ocupado, pierda el tiempo porque tú me acompañes. Juan se rió grandemente al oirme, y me contestó: *cabriolet* es lo que llamamos en español birlocho ó carrocin. ¡Hombrel! que nunca me has de hablar en idioma que entiendo! Bajemos, pues, y montemos en ese *cabriolet*, y vamos donde tú gustes. Dónde yo quiero llevarte, me respondió, es donde está *Mosiu Montoriol*. ¡Y esa *montoriol* es birlocho, omnibus ó diligencia? Dímelo para que no me equivoque. No, hombre, *Mosiu Montoriol*, no es ningun carruage, sino un peluquero de Paris, en cuya casa quiero que te rican el pelo, porque esta noche voy á llevarte á un concierto particular. ¡Yo rizarme el pelo? No en mis días, le respondí. Pero viendo que Juan insistia en ello, y que mi negativa le incomodaba, accedí, y entré á la gran peluquería, en donde el polvo de los huesos de los héroes de cien batallas estaban colocados en brillantes pómicos de cristal con los siguientes rótulos: *opiata*, *polvos de coral* y *dentífrice* [vaya otra palabra nueva] *para conservar los dientes, colorete* y *cascarilla de la Habana: polvos de Venus*, y

otra porcion de cuyos nombres no me acuerdo, ni quiero acordarme. *Asieyé vá mosiú*, me dijo al verme. No señor, le contesté, no soy *Asieye*, ni pariente siquiera de él. Hasta que conociendo que no le entendia, me señaló una silla, diciéndome que me sentara.

Así lo hice; y habiéndole dicho Juan que me rizará, sacó un fierro ardiende que me aplicó al pelo que colgaba sobre las orejas, haciendo que saliera mas humo que de un buque de vapor: yo, que no estoy acostumbrado al fuego, y que sentí un calor infernal en las orejas, quise retirar la cabeza; pero al esfuerzo que hice, solo conseguí dejar adherido al fierro, un mechón de pelo que dejó un olor á chamusquina que no habia mas que oler. *Resté tranquil*, me dijo el peluquero. Pues no vuelva vd. á restar de esta manera, le contesté yo. Le quiero á vd. decir que esté quieto. ¡Ah! eso es otra cosa: como vd. me dijo que resté, cuando no acababa aun ni de sumer mis tormentos. Obedecí, por la cuenta que me tenia; y cuando acabó de rizarme, me preguntó: ¡qué le echamos al pelo, *lavalier*, *filocome*, *macasar*, *cosmetiq*. . . . Lo que vd. quiera, aunque no conozco el nombre de ninguno de esos señores, le respondí; y despues de echarme el unto de algun gato, que él aseguró ser de *oso*, me levanté de la silla del tormento, y le pagué dos reales por haber dejado un pedazo de pelo, y llevar quemados el pescuezo y las orejas. ¡*Maldetol*! exclamó en esto Juan, al cual estaban afeitando junto de mí, y que despues supé que significaba maldito. Volví la cara y ví que le habian llevado con la navaja, un lunar que tenia, ó mejor dicho, que habia tenido en el labio. *Il ne pa rien*: le contestó el que le afeitaba. ¡Se rien? dije yo: no es mala risa la que tiene. ¡*Oh! ui: il ne pa rien*; prosiguió diciendo á poco Juan, limpiándose la sangre; es un *petú incision*. ¡Aseguras que te rien, le dije yo, cuando se te han saltado las lágrimas? Yo no he

dicho que me rio, sino *il ne pa rien*, que significa que no es nada. ¡Y eso de *petí incision?* *Petí incision* quiere decir que la cortada es pequeña. ¡Tiene vd. la bondad de venderme un pomito de *polvos de la India* para teñir las canas,? entró diciendo un hombre como de 45 años. Con mucho gusto. ¡Cuánto vale? Un duro. ¡Esto es, dije para mí, saber dar valor á los polvos de los huesos de un caballo! ¡quiere vd. una botelita de *agua de la banda?* ¡Cuánto vale! Dos duros. Démela vd. El buen señor pagó sus tres duros por dos cosas mexicanas con nombres estrangeros. En tanto Juan habia acabado de padecer en manos del que lo rasuraba y pagó otros dos reales. Subimos en el birlocho ó *cabriolet*, segun la moda, y nos dirigimos hácia la catedral. ¡Que te parecen los estrangeros? ¡Verdad que son los mas civilizados? Ellos vienen á desbastarnos. Sí, le contesté, á tí al menos te han desbastada el lunar del lábio y á mí el pelo de la cabeza. Mi barbero del país no me atormentó nada, y me llevó la mitad que el tuyo. Sí; pero es de mal tono afeitarse ó rizarse con un artesano del país. ¡No ves qué elegancia hay en estos *establecimientos franceses!* ¡Y cómo no ha de haber en ellos esa elegancia, cuando todos vais á dejar vuestro dinero, en tanto que dejais perecer de hambre á los compatriotas? En esta conversacion llegamos á catedral, en cuyo atrio habia una porcion de *pollos* con guantes, lente y baston, haciendo mil monadas ridiculas. ¡Qué hacen aquí, le pregunté á Juan, tantos hombres? ¡Qué, tienen prohibida la entrada á la iglesia porque no distraigan con sus muecas á los devotos, y sólo les es permitido quedarse á las puertas del templo? No: ahí es el lugar en que se colocan los jóvenes *fasonables*, ó para que me entiendas, elegantes del gran tono, con el objeto de *flechar* á las hermosas que entran y salen de la iglesia. Es decir que son, le contesté, unos gentes fátuos

sin principios religiosos, que solo inspirarán desprecio en las jóvenes que piensen con recto juicio.

Oimos misa, aunque segun me dijo Juan, raro es ya el joven elegante que la oye en estos tiempos de ilustracion que corren, y nos dirigimos hácia el lugar en que nos esperaba el *cabriolet*, cuando vi pasar en una gran carretela, ó *landó* segun Juan, unas personas que me llamaron la atencion por su lujo. ¡Qué familias son esas? le pregunté á mi amigo. La familia de *mosio Botut*, zapatero de Paris, y la de *mosiu Lambol*, sastre de *Burdó*, que en menos de dos años han enriquecido. En esto se acercó un infeliz á suplicarme que le socorriera con algo, porque no tenia ni con que dar de desayunar á sus cuatro hijos. Yo soy sastre, me dijo, pero nadie me ocupa porque soy mexicano: hace un año, tuve una sastreria; pero hice ropa á varios jóvenes que se llaman del gran tono, y nunca me la pagaron, dejándome solo con una porcion de cuentas que aquí las traigo, y que jamás las cobraté. Y esto que á mí me sucede le pasa tambien á todo artesano del país. Yo, que conocí que cuanto me decia, era por desgracia cierto, le dí dos duros, y subí al coche, donde hice ver á Juan el contraste que habia entre aquel artesano honrado y en la miseria, y los otros que acababan de pasar hechos unos duques. ¡Qué quieres! me contestó con la mayor indiferencia, así lo exigen el tono y la ilustracion del siglo.

Despues de haber pasado el dia en compañía de mi amigo, me llevó, por la noche, á la casa á donde me habia prometido el primer dia que llegué, llevarme. Presentóme á la señora de la casa que es una muger muy recomendable y que no habla á la francesa, y á su esposo que es un hombre instruido y que lamenta el empeño que algunos tienen en corromper nuestro hermoso idioma. La sala estaba llena de hermosísimas jóvenes de ojos negros como el desengaño, y de pié breve co-

mo las ilusiones del amor; pero que llevadas tambien del empeño en seguir la moda estrangera, ostentaban sobre sus cabezas adornos y cintas que solo servían para ocultar ese palo hermosísimo, pelo negro que tanto realza el delicado rostro de las lindas hijas del país de Moctezuma. Unas llevaban, segun me hizo entender Juan, peinado á la *Fucol*, otras á la *Eugené*, algunas á la *Stuar*, y otras, en fin, á la *Pompador*, que Dios y los peluqueros sabrán lo que quiere decir, porque por mí, confieso que me quedé á oscuras de su significado.

A poco de haber llegado nosotros, cantó una señorita, con mas afectacion que sentimiento, una aria de *Lucrecia*, la cual se la acompañó en el piano un *pollo* que mas parecia, segun los porrazos que daba, que se habia propuesto romper el teclado, que tocar el piano, aunque despues supe que este era el estilo de moda. Concluida el aria, resonaron por todas partes las palmadas y los bravos, debidos mas á la urbanidad y á la hermosura de la joven, que á su mérito artístico. ¿Qué le ha parecido á V., D. Juan? le preguntó á mi amigo un hombre flaco y descolorido, que sacaba á las señoritas que cantaban, cuyos cuellos de camisa parecian picos de gavilan, cuya casaca de cola de pato, enormes faldones que entraban en conversacion con los talones, manifestaba estrechez de bolsillo. ¡Oh! *delectabile*. ¿Quién es este prójimo? le pregunté á Juan cuando aquel se alejó. ¡Oh! este es el maestro *archémbalo*. ¿Maestro *archémbalo*. ¿Y que quiere decir maestro *archémbalo*? Maestro *archémbalo* quiere decir director. En seguida suplicaron á otra señorita de buen parecer que cantara otra aria.

Juan al verla acercarse al piano acompañada del maestro *archémbalo*, me dijo que aquella joven estaba haciendo en México *furor*. ¡Haciendo furor! exclamé yo asustado. ¿Estaremos seguros aquí?... ¿Pues qué es loca? No hombre, no te asustes: *hacer furor* quiere

decir que llama la atencion por su habilidad. Ya mas tranquilo con estas palabras, escuché cantar á aquella señorita que, tanto por su limpia y sonora voz como por su estilo y naturalidad, me agradó en extremo. Los bravos y los aplausos siguieron cuando la joven acabó de cantar; y un almirado *pollo* que me tenia mareado con una esencia infernal que traía encima, y que despues supe que se llamaba *pacholí*, y que era el olor del gran tono, exclamó dirigiéndose á mí: *tre bien! tre bien!* ¿Vienen tres? le contesté yo, no viendo á nadie que viera; hasta que Juan, que me servia de intérprete, me dijo que *tre bien*, significaba muy bien.

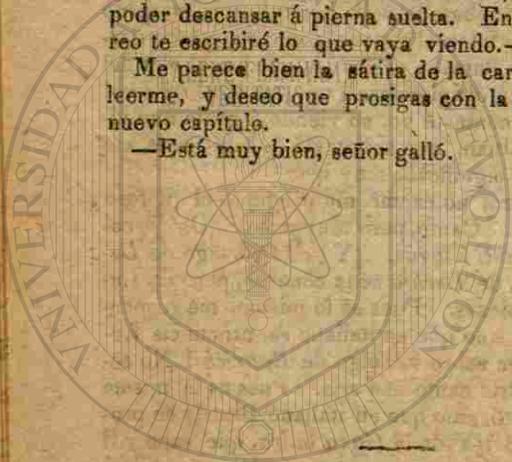
¿Y vd., caballero, no canta? me preguntó el oloroso joven del *pacholí*. Canto, pero muy poco. ¡Oh! yo conozco á los *dilettanti* á legua. ¿Y canta vd. algo de *Luchia*? No señor, de *Luchia* nada conozco, pero de *Lucia* sé bastantes piezas. Pues es lo mismo, me respondió sonriéndose; sibo que en italiano se pronuncia *Luchia*. ¿Y tambien sabrá vd. algo de *Beatrichi*? No señor: solo de *Beatriz* canto una aria. Pues es la misma ópera, me contestó, sino que en italiano *Beatriz* se pronuncia *Beatrichi*. ¿Y de la *Gaza ladra*, qué sabe vd? De eso sí que no sé nada, porque nunca he aprendido á ladrar. El joven y Juan, soltaron la carcajada, y me dijo el primero con cierto aire de compasion. ¿Qué lástima es que un *dilettanti* no *parle el italiano!* *Gaza ladra* quiere decir la *Urraca ladrona*. En esto estábamos, cuando se acercó á mí otro joven que apostaba tambien á *pacholí*, diciéndome que se iba á bailar un *chotis* y que sacara una compañera. Ignoro ese baile, le contesté. ¿Y la *Cracoviana*? Tampoco la sé. ¿Y la *polca-mazurca*? Menos. El joven se fué; y Juan que tenia bastante confianza en la casa, me dijo: ya que no quieres bailar, ven á tomar un poco de *madera*. ¿Madera? exclamé asombrado, ¿y cómo he de tomar *made-*

ra! solo á los carpinteros les puede hacer falta la madera. ¡Hombre! *madera* es un vino exquisito: ven y déjate de asombros.

Seguí á Juan, tomé el vino *madera*, y viendo que la diversion no tenia traza de acabarse, me despedí, para poder descansar á pierna suelta. En el inmediato correo te escribiré lo que vaya viendo.—*Tu amigo.*

Me parece bien la sátira de la carta qua acabas de leerme, y deseo que prosigas con la otra, abriendo un nuevo capítulo.

—Está muy bien, señor galló.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

UANI

CAPITULO XII.

CARTA CUARTA: en la que verá el lector cómo es cierto aquel refran que, dice que no es oro todo lo que reluce, y cómo en el siglo de las luces, es preciso andar con mucho tiento para no tropezar con los que viven á costa agena.

Mi caro amigo: Caro me está saliendo el encarmarme contigo para encarecerte las encarecidas cosas que, encarecidamente me encareces te diga en tus caras cartas y cartas caras; caras cartas por lo mucho que las aprecio, y cartas caras por lo caro que es el porte de ellas. Sin embargo, deseando complacerte en cuanto pueda, vuel-

voy á tomar por cuarta vez la pluma, para decirte que ayer tuve el gusto de ir, en compañía de Juan, al hermoso paseo llamado de Bucareli ó Paseo-Nuevo. Acompañábanos su primo Perico; pero no Perico el de los palotes, ni Pero Grullo el de las conocidas verdades, ni Perico urdemalas, ni Pedro el cruel, ni Pedro el grande, ni el rey Perico en cuyos tiempos se amarraban los perros con longenizas, ni Perico Sarniento, ni Pedro bote-ro que tiene á su cargo las calderas del infierno, sino un Perico qua hace dos años se fué á Paris, de donde acaba de llegar mas vano que pensamiento de necio, y mas presumido que niña enamorada. Vinole esto á Juan, que todo lo quiere hablar á la francesa, como pedrada en ojo de boticario; porque así puede *parlar*, como él dice, con quien le entienda, del *deshavilé*, del *cupé*, del *restaurant*, y de todas aquellas cosas que á mí me hacen desesperar, porque no sirven sino para corromper nuestro hermoso idioma. Dijonos Perico, imitando la pronunciacion francesa, que en Mexico no habia ilustracion; y para probarlo, nos hizo ver que los pantalones que él traia, eran mas estrechos y cortos que los que aquí llevan los *elegantes*, y que los piés de las mexicanas, eran mucho mas pequeños que los de las *parisienses*, lo cual manifestaba claramente que aquí no se caminaba con el *progreso* del siglo.

Despues de probarnos con tan sólidas razones el atraso en que estaba México respecto á la capital de la culta Francia, y de criticar cuanto á mí me parecia digno de elogio, nos sentamos en uno de los bancos de piedra, que están enfrente de la admirable estatua ecuestre de Carlos IV, y que es el punto principal del paseo por donde indispensablemente tienen que pasar todos los carruages. Yo, que como buen curioso todo deseo saber, pregunté á Juan, al ver pasar una lujosísima carroza tirada por dos arrogantes caballos, que quién era el

señor que iba dentro de ella en compañía de otras tres señoras elegantemente vestidas?

—Es, me dijo Juan, un almacenista que quebró hace tres años en dos millones de duros.—¡Ha quebrado y gasta tanto lujo! le contesté asombrado.—*Parol donor*.—¡Hombre, no hables en francés si quieres que te entiendan: qué se yo lo que es *parol donor*.

—Lo mismo que palabra de honor.

—Y en tanto que él se pasea insultanda á la sociedad, proseguí, gemirán en la miseria, multitud de honradas familias que tenían puesto en su casa el dinero....

—¡Oh! y eso qué le hace! en el *siglo ilustrado* en que vivimos, es una cosa muy comun esta clase de industria que no tiene el riesgo de que á uno le lleven al *palo*.

—¡Y quién es aquel otro que tan repantigado viene en aquel hermoso coche abierto, ó *landó* segun tu gerigonza?

—Ese es, segun él cree, un San Vicente de Paul que se ejercita en obras de caridad.

—¿De veras?

—¡Y de qué manera ejerce tan alta virtud!

—Recogiendo los recibos de las infelices viudas y retirados, á un dos por ciento: algunos ingratos tienen la temeridad de llamarle *usurero*; pero el bondadoso señor, solo lo hace con el loable fin de que todos vivan; y sin hacer caso de habillitas, sigue sacrificando al prójimo (maldito lapsus lingue) quise decir, sacrificándose por el prójimo que le da ciento por dos; pues todo esto es propio del *siglo de las luces* y del *progreso*.

—Sí; así progresará, le contesté, el bolsillo de los bribones. Pero aquí llega un carrocin con una hermosa dentro, á la cual todos se la quedan mirando: ¿quién es para que tanto asombre cause?

—Esa es la *prima dona del Castelo!*

— ¡La prima dona del Castelo! ¿Y qué quiere decir prima dona?

— ¡Prima dona quiere decir, primera dama, ó cantatriz principal: es una excelente artista que gana seis mil buros al mes, porque en el siglo de las luces, el canto es antes que la comida y que la moral.

— ¡Buen provecho les haga á los ilustrados, le contesté; y el que la acompaña será tambien primo dono!

— No hombre: ese es el primo basso caricato. — ¡Ah! primo basso caricato! ¿y eso qué quiere decir? — Primer bajo gracioso. — ¡Mal haya la moda de no hablar en castellano. Pero calla; en aquel coche vienen dos hermosísimas jóvenes acompañadas de un respetable anciano, y cuyos colores pueden competir con los de la fragante rosa. — ¡Ya las ves de tan buen color! me dijo Juan, pues no es así el de sus rostros. — ¡Pues qué, van de careta!

— No; pero van pintadas, que es una careta disimulada que usan llevar las señoras en el siglo ilustrado.

— Muy ricas deberán ser, segun eso, para gastar todos los días en toalla de Venus y cascarilla.

— Te equivocas: su fausto, lo mismo que sus caras, es pintado: el coche, aun no está pagado, los lacayos jamas ven un real de su sueldo: el alimento siempre está tasado, y aunque tienen palco en el teatro, el empresario no ha visto en sus arcas ni un solo real de ellas.

— ¡Pues entonces, por qué tienen coche?

— Porque el viejo marrullero que va con ellas, y que desea para sus hijas un buen acomodo, sabe que en el siglo ilustrado, se suele juzgar por las apariencias, y mejor quiere comer poco, que renunciar al lujo que es el cebo en que suelen caer los incautos.

— ¡Vaya un siglo ilustrado! exclamé yo, al mismo tiempo que Perico, pegándome en el hombro, me decía, voalá bien. — ¡Allá viene? le contesté yo: ¿y quién vie-

ne allá? — ¿Ne me compran pá? me volvió á decir. — No, no compro pan, le respondí yo. — No te dice eso, me dijo Juan al notar mi ignorancia, sino que voalá bien, significa que mires con atencion á ese que viene á caballo, y ne me compran pá, que si no le entendias.

— Pero, hombre, ¿á quién le ocurre hablarme en francés! ¿Y quién es eso tan elegante que me señaló, y que llega hácia aquí montado en ese arrogante caballo norte-americano? sin duda debe pertenecer á una de las principales familias segun lo bien puesto que va, y la importancia que se va dando.

— ¡Ya tú le ves, me contestó Juan, con lustrosa bota de charol, lente de oro, alfiler de brillantes, guante blanco, y un enorme cintillo de diamantes en el dedo? pues nada es suyo.

— ¡Es posible!

— El frac se lo debe á Lamana, las botas á Zopfi, el sombrero á Fernandez, el reloj á Capsson, los guantes á Montoriol, la cadena á Varich, y el alfiler y el cintillo á Jessi. En vano corren tras él los acreedores, porque nunca le dan alcance. El concurre á lo principales bailes, y aparenta estar relacionado con los mas escogido de la sociedad: habla de conquistas, de señoritas que se mueran por él, del mérito de las óperas, y de si es mas dulce Bellini que Verdi: está abonado en el teatro, aunque el empresario no ha tenido el gusto aun de ver de qué color es su dinero; está suscrito á todos los periódicos, aunque nunca los paga, y vende proteccion á todo el mundo, logrando con su charla, engañar á todos los que no están ilustrados como él; que á esto se llama ilustracion del siglo, y talento despejado.

— ¡Reniego de semejante ilustracion! le respondí, admirado de lo que acababa de oír. Perico, que no habia escuchado nuestra conversacion, me preguntó ¿usted chupa?

— No, levita es la que traigo, le contesté.

— No es éso lo que le pregunto á vd., sino si fama vd.

— ¡Ah! eso es otra cosa: como oí decir *usted chupa?* creí que se me hablaba de trages, porque ya ve vd. que no es lo mismo fumar que *chupar*.

Después de esta aclaracion de la palabra *chupa* tan mal aplicada, por nuestros pecados, llamó mi atencion un *elegante* que venia á pié, echando el lente á todas las de los coches. — ¡Quién es ese petimetre tan pagado de su elegancia? le pregunté á Juan: creo que no será como el que vimos á caballo, porque éste aparenta al menos ser un jóven fino.

— Y tan fino, me respondió Juan, que se la pega al mas pintado: éste es lo mismo que el otro: debe desde el sombrero hasta las botas; pero con la diferencia que éste no huye de sus mil acreedores, sino que los entretiene, ya con que está esperando una *libranza* que le debe enviar su familia, ya con que espera á unos criados de su *hacienda* con quienes le envia su *papá* algun dinero: otras veces con que se ha estraviado la carta en que le incluían la libranza, ó que se enfermó uno de los criados en el camino; y otras, en fin, con que un amigo de su *papá*, le va á prestar la cantidad que necesita para cubrir sus compromisos; y así trae engañados al peluquero, al fondista, al casero, al sastre, al zapatero y á todo el mundo, quienes por no perder lo primero, le siguen fiando con la esperanza de cobrarle todo: cuando llueve, como no tiene coche, coje un don *Simon*, se va á alguna visita para manifestar que gasta en carruage; y como no tiene ni un real para pagar al cochero, le dice cuando sale de ella, que le lleve al *café* de la Gran Sociedad: aquí se apea por la calle del Espíritu Santo; y mientras el cochero sin desconfiar de un *pollo* tan elegante, espera á que salga, él se va sin pagar por la calle del Coliseo Viejo para donde tiene tambien entrada

el *café*; porque esto de vivir del trabajo de los pobres es propio del *siglo del progreso* y de las *luces*. Esto me estaba diciendo Juan, cuando una gran carroza, que al momento conocí que era la misma del zapatero francés *mosiú Botut* que ví cuando salia de catedral, atropellaba á un hombre vestido pobremente: corrimos á ver quién era; y Juan que le conocia, dijo con la mayor indiferencia:

— ¡Val! es un artesano del pais. . . . un zapatero mexicano. . . . — Ya veo, le contesté yo, que los artesanos extranjeros no solo atropellan á los artesanos del pais *monctariamente*, sino tambien *corporalmente*. — ¡Qué quieres! . . . así lo exigen la moda, y el *siglo del progreso* y de las *luces*.

En esta conversacion pasamos la tarde, hasta que concluido el paseo, nos retiramos para ir á los mañines que habia en catedral.

— Vamos por la *banqueta*, dijo Juan.

— Por la *banqueta*? le respondi yo, teniendo por imposible el ir por una *banqueta*; ¡y qué cosa es *banqueta*? — *Banqueta* es el lugar enlosado que hay en las calles y que está junto á las casas. — Ya veo le contesté, que por hablar tanto en francés desconoces tu idioma: á eso que tú llamas *banqueta*, se dice en español *acera*.

Entramos á la iglesia, que á pesar de ser tan grande apenas podia contener toda la gente que habia: tomé agua bendita, sin hacer caso de Juan que me dijo que ningun elegante del *siglo ilustrado* la tomaba; y me arrodillé, aunque tampoco, segun Juan, se usa entre los jovenes del *siglo ilustrado* junto á unos *elegantuelos* que apostaban á almizcle y *pacholi*, y que estaban hablando en alta voz de asuntos bien impropios de aquel lugar, y echando el lente de vez en cuando, cual si en el teatro estuvieran, á una señorita que estaba rezando, y que jamas se dignó mirarles, mientras otros se paseaban por

la iglesia observando á las jóvenes como si estuvieran en un paseo público. Escandalizado de esto, pregunté á Juan, si eran *estaciones* y no *maitines*, puesto que se andaban; pero él me contestó que, en el *siglo del progreso* y de las *luces*, los *elegantes* del gran *tono*, no rezaban, y que solo asistian á los *maitines* y á otras funciones de iglesia, por ver á las *madamas*.—Pues salgamos al punto, le contesté; porque temo que indignado Dios de ver tal profanacion, haga que se desplome el templo.

Levantéme; y al salir, es positivo por desgracia lo que te voy á contar, ví á un hombre que embozado en su capa, y arrimado á uno de los pilares de la iglesia, estaba fumando un puro con irreligiosidad digna de castigo. ¿Ves á ese impío? le pregunté á Juan.—Son cosas, me respondió, del *siglo ilustrado* y de las *luces*, en el que se trata á Dios con mucha confianza. Donde no hay religion, no hay *luces*, sino oscuridad; y donde no hay moral cristiana, no hay ilustracion, sino ignorancia y corrupcion. ¡Cuán bueno fuera que la autoridad eclesiástica usara de todo su poder é hiciera que se guardase en los templos el respeto debido al Supremo Hacedor, para que los tiernos niños no vieran el mal ejemplo de los jóvenes *ilustrados* á quienes la gente de recto juicio, que por fortuna forma la mayor parte de la poblacion de México, mira con el mas alto desprecio. Juan se rió de mis *escrúpulos* y *rancias* ideas, como él las llama, y yo me fui á mi casa, lamentando la *despreocupacion* y las *modernas* ideas del *siglo del progreso* y de las *luces*. En el próximo correo te hablaré de otras muchas cosas que dejo pendientes.—*Tu amigo.*

—La sátira contra los *corrompedores* del rico idioma español, y contra los que viven con el sudor del prójimo, es útil, y por lo mismo deseo que conclayas de leer tu quinta y última carta, abriendo un nuevo capítulo.

—Os voy á complacer.

CAPITULO XIII.

CARTA QUITA: donde el pacientísimo lector verá todo lo que dice el autor.

Al cabo de cinco dias de estar en esta capital y de haber visto lo que te tengo dicho en mis anteriores, fui á visitar á D. Agapito Vistagorda, á quien ya te tengo dicho que vine recomendado; pero escogí la hora mas á propósito para no encontrarle en ropa de *chambre* ni con el *monte-cristo* encima, ni á su *madama* con la *visita* á *cuestas*, sino cuando calculé que ya debian haber acabado ambos su *toaleta*: es decir, á las nueve de la

la iglesia observando á las jóvenes como si estuvieran en un paseo público. Escandalizado de esto, pregunté á Juan, si eran *estaciones* y no *maitines*, puesto que se andaban; pero él me contestó que, en el *siglo del progreso* y de las *luces*, los *elegantes* del gran *tono*, no rezaban, y que solo asistian á los *maitines* y á otras funciones de iglesia, por ver á las *madamas*.—Pues salgamos al punto, le contesté; porque temo que indignado Dios de ver tal profanacion, haga que se desplome el templo.

Levantéme; y al salir, es positivo por desgracia lo que te voy á contar, ví á un hombre que embozado en su capa, y arrimado á uno de los pilares de la iglesia, estaba fumando un puro con irreligiosidad digna de castigo. ¿Ves á ese impío? le pregunté á Juan.—Son cosas, me respondió, del *siglo ilustrado* y de las *luces*, en el que se trata á Dios con mucha confianza. Donde no hay religion, no hay *luces*, sino oscuridad; y donde no hay moral cristiana, no hay ilustracion, sino ignorancia y corrupcion. ¡Cuán bueno fuera que la autoridad eclesiástica usara de todo su poder é hiciera que se guardase en los templos el respeto debido al Supremo Hacedor, para que los tiernos niños no vieran el mal ejemplo de los jóvenes *ilustrados* á quienes la gente de recto juicio, que por fortuna forma la mayor parte de la poblacion de México, mira con el mas alto desprecio. Juan se rió de mis *escrúpulos* y *rancias* ideas, como él las llama, y yo me fui á mi casa, lamentando la *despreocupacion* y las *modernas* ideas del *siglo del progreso* y de las *luces*. En el próximo correo te hablaré de otras muchas cosas que dejo pendientes.—*Tu amigo*.

—La sátira contra los *corrompedores* del rico idioma español, y contra los que viven con el sudor del prójimo, es útil, y por lo mismo deseo que conclayas de leer tu quinta y última carta, abriendo un nuevo capítulo.

—Os voy á complacer.

CAPITULO XIII.

CARTA QUITA: donde el pacientísimo lector verá todo lo que dice el autor.

Al cabo de cinco dias de estar en esta capital y de haber visto lo que te tengo dicho en mis anteriores, fui á visitar á D. Agapito Vistagorda, á quien ya te tengo dicho que vine recomendado; pero escogí la hora mas á propósito para no encontrarle en ropa de *chambre* ni con el *monte-cristo* encima, ni á su *madama* con la *visita* á *cuestas*, sino cuando calculé que ya debian haber acabado ambos su *toileta*: es decir, á las nueve de la

noche. Acompañábame Juan, que es mi maestro del *escamochó de lenguas* que se usa en el *siglo ilustrado*, y llegamos á la casa de Vistagorda sin mas novedad que el sacuentro de los olorosos carros que á esa hora andan por la ciudad, exhalando miasmas tan desagradables y espesos que se pueden cortar con navaja. Hízonos pasar el dueño de la casa á la sala, y me presentó á su *madama*, y á un tal Ambrosio, aunque no el de la carabina, y á un Anton, aunque no el *perulero*, que, segun me dijo, eran sus parientes. Despues de los cumplimientos de estilo, que, como dice muy bien Larra, cumplimiento no es mas que *cumplo y miento*, me senté al lado de la esposa de Vistagorda, la cual me dijo que por una casualidad les encontraba aquella noche en casa, pues era noche de muy buena funcion en el teatro. Yo la pregunté si estaba abonada; y me contestó que sí, que estaba en *grillé*.—¿Está vd. engrillada? le respondí yo asombrado; pero Juan, que se hallaba junto de mí, me dijo que no me decia que estaba engrillada, sino en *grillé*, y que en francés el nombre de *grillé* se daba á los primeros palcos que hay en el teatro Principal con un enrejado.—¡Ah! ya se me hacia duro creer, le respondí, que la señorita estuviera engrillada.—Sin embargo, prosiguió la esposa de Vistagorda, prefiero la diversion de esta noche, á todas las demas: va á tener la bondad de hacernos unas suertes de prestidigitacion, aquel caballero que ve vd. junto á aquella mesa, que es un digno empleado, y que tiene gusto en hacerlas sin mas objeto que el de complacer á sus amigos, entre los cuales tengo la honra de contarme. En esto se acercó á ella el caballero prestidigitador, y la dijo algunas palabras, tras de las cuales, dirigiéndose á mí la esposa de Vistagorda, me dijo: ¿tiene vd. la bondad de darme una *mascada*? Yo me quedé sorprendido, creyendo que me pedia que la mascara, y por lo mismo le respondí asom-

brado. ¿Me pide vd. una *mascada*, señora?... ¿Cómo quiere vd. que yo la dé, no digo una *mascada*, pero ni una *mordida*? Entonces Juan; viendo que todos reian de mi contestacion, sacando un pañuelo de seda, se lo dió diciendo: aquí tiene vd. la *mascada*, señora.—¡Ah! ¿conque *mascada*, exclamé yo entonces, es lo mismo que pañuelo de seda? Eso es otra cosa; pero ¿quién iba á adivinar que *mascada* significa pañuelo?... yo creí que ese caballero que hace las suertes, trataba de que yo mascara á vd. para hacerla aparecer luego viva y sana dentro de alguna cajita. Hablen en castellano y nos entenderemos. Provisto del pañuelo de seda, como se llama en español, ó de la *mascada*, segun se usa en el *escamochó de lenguas*, el prestidigitador colocó dentro de él un guante de seda, á uno de cuyos dedos amarró dos anillos que le dió una señora. Pidió entonces á los concurrentes un *sambbrero*; y un militar se levantó diciendo que él le iba á dar su *quepi*. Yo que aquello escuché, y que creí que *quepi* era un lapsus linguae del militar que habia querido decir Kempis, le pregunté á Juan que cómo aquel hijo de Marte ofrecia un kempis, cuando el prestidigitador pedia un *combrero*.—¿Qué kempis ni qué calabazal me contestó Juan: *quepi* es lo que en español gorra ó cachucha.—¡Ah! ¿conque *quepi* no es kempis sino gorra?... ¿Pues por qué no decirlo así? Y efectivamente, á poco vi al oficial entregar su cachucha, diciendo: aquí tiene vd. mi *quepi*.

El prestidigitador cogió el *quepi*, colocó dentro el pañuelo en que habia envuelto los anillos amarrados á uno de los dedos del guante, y lo colocó sobre una mesa: en seguida cogió un huevo y una naranja; y despues de hacer que todos los concurrentes se cercioraran de que el huevo y la naranja eran naturales, colocó el primero sobre otra mesa, y la segunda encima de una silla. Señores,

dijo en cuanto dispuso los objetos de la manera dicha, y han visto vdes. que dentro de este *quepi* coloqué la *mascada*, el guante y los anillos: pues bien, yo por medio de mi varita de virtudes, voy á hacer que salga la *mascada* sola, sin que nadie de vdes. la vea, del *quepi*: ¿Dónde quieren vdes., señoras, que aparezca!—En el bolsillo de mi *piqueta*, exclamó el militar.—¿Qué está diciendo ese hombre! le dije yo á Juan: ¿pues qué, las *piquetas* tienen bolsillos!—¿Pues no han de tener! me respondió Juan.—¿Pues qué cosa es *piqueta*? le pregunté.—*Piqueta*... es... *piqueta*; me contestó sin sabor el nombre propio del objeto de que hablábamos.—Yo sé que *piqueta*, le dije, es en español, azadon estrecho que forma pico, y que por lo mismo no le puede convenir á ninguna pieza de ropa.—Pues yo conozco por *piqueta*, la casaca corta que trae puesta ese oficial.—Pues esa, en buen español, no se llama *piqueta* sino *casaquilla*.—Sí; pero en el *siglo ilustrado* se llama *piqueta*.

El prestidigitador, despues de hacer que el pañuelo apareciera en la *casaquilla* ó *piqueta* del militar, preguntó á unas señoritas, que en donde querian que apareciera el guante con los anillos, si dentro del huevo ó dentro de la naranja; y habiéndole contestado, unas que dentro del huevo, y otras que dentro de la naranja, el señor V..... deseando complacer á todas, hizo que el huevo desapareciera del lugar en que estaba; suplicó en seguida al militar que cogiera la naranja y que la partiera con un cuchillo; y al hacerlo así, el huevo se encontró entero dentro de la naranja natural y sólida; y partiendo entonces el huevo, resultó que los anillos y el guante estaban dentro de él.

Como era de esperarse, los aplausos resonaron por todas partes, que por cierto eran bien merecidos. En cuanto se acabó aquella admirable suerte, la esposa de Vistagorda, suplicó á una señorita que estaba á su lado

que cantase la *caratina* de Hernani. La cantaria, respondió la señorita, con mucho placer; pero estoy constipada.—Aquí tiene vd., dijo un *pollo*, sacando una cajita olorosa, unas *pastillas* de *malvabisco* que son *pectorales*: son de la dulceria de *mosiú* Engañon. La señorita tomó dos *pastillas*, y el *pollo* dirigiéndose á mí, me dijo: ¿vd. gusta!—Muchas gracias, le respondí.—*San Seremoni*.—No conozco á ese santo.—Si no es santo; me respondió Juan.—Pues será santa.—Ni santo ni santa, sino lo mismo que *san fason* que ya te tengo dicho que significa, sin cumplimiento.

La esposa de Vistagorda, que deseaba que su amiga se aliviara del constipado, llamó á una criada, y le dijo que le trajera una cajita con *pastillas* de *liquen* que estaban dentro del *neceser*.—¿Otra palabra nueva! exclamé yo dirigiéndome á Juan: está visto que nunca he de aprender el idioma del *siglo ilustrado*: ¡quiera decirme, por las ánimas benditas, qué cosa es *neceser*!—*Neceser* es, me contestó Juan, un costurero con muchos cajoncitos para guardar todas las frioleras propias de la cestura y algunas otras cosas, como jaboncitos de olor, pomitos y dulces.—Pero ¿por qué no llamarle costurero como lo llamaron nuestros abuelos ó *papás grandes*, como se dice hoy, que todo se habla é la francesa!—Porque en el *siglo ilustrado* nada ha de decirse de modo que se entiendo, me contestó Juan. En esto se acercó la criada con las *pastillas* que le había encargado su ama, y se las dió á la señorita constipada.—¿Has dejado bien puesto el *frivolité*, que estaba encima del *neceser*? le preguntó la esposa de Vistagorda á su criada.—Sí, señorita. Yo, que oí *frivolité* y que creí que seria cosa de fritura, le dije á Juan que me admiraba de que cosas tan impropias como el *frivoleté*, estuvieran en un costurero ó *neceser*.—Pero si *frivoleté* no significa fritura, me respondió Juan.—¿No! ¿pues qué cosa es *frivoleté*!

Frivolité es una especie de encaje muy ligero que hacen las señoras para distraerse; y por esa razon se llama *frivolité*, que es palabra francesa que significa frivolidad. — ¡Pues por qué no llamarle frivolidad y no *frivolité*? Porque ya te he dicho que es de gente retrógrada hablar en buen castellano.

D. Antonio vd.... hizo otra porcion de suertes de tanto mérito como la primera y con la misma admirable destreza, arrancando estrepitosos aplausos. Por mi parte, confieso que nada me dejó que desear. Concluidas, pues, las suertes de prestidigitacion, se dispuso que varios jóvenes de ambos sexos cantaran algunas piezas escogidas de las mejores óperas. Aquí, pues, lo mismo que en el concierto de que ya te hablé en una de mis anteriores, hubo una señorita que hacia *furor* [palabra que espero en Dios no tenga la acepcion que los ilustrados del siglo sa han empeñado en darle] un *maestro archémbalo* de casaca de cola de pato, un *basso caricato*, muchas *primas donas*, y muchos *primos monos*, quise decir *primos donos*, que cantaron unos bien y otros muy mal.

Yo que estaba cansado de oír estropear el idioma español, y que anhelaba gozar de la grata conversacion del bello sexo que siempre me ha gustado mas que el feo, abandoné el lugar en que estaba y me fuí á sentar al lado de una joven simpática, franca y amable que estaba junto á otras dos amigas suyas, cuya palidez, aire melancólico y afectados modales, formaban un redículo contraste con los naturales, francos y recomendables de la joven de que he hablado. — Te veo muy melancólica, Carlota, oí que le decia una de las jóvenes pálidas, á la otra que procuraba manifestar una fisonomia romántica por el estilo del de la virgen de Underlach, airé pensativo y triste, y que torciendo los ojos como si á aspirar fuera, juntando las manos, y exhalando un profundo suspiro,

contestó haciendo mil ridículas contorsiones. — Si, Matilde: estoy poseida de una fatal melancolia: marchita en el primer albor de la vida la flor de mis ilusiones, mi existencia es la tristeza y la tumba mi única esperanza.... Hoy cumpla diez y seis primaveras, en que no ha exhalado para mí ninguna flor sus embriagantes aromas, y no descubro en lontananza sino oscuro el horizonte de mi porvenir!... El Supremo Hacedor ha prolongado mi existencia de una manera inaudita entre la deleznable humanidad!... El destino ha grabado con su mano de hierro, en los hondos pliegues congénitos del corazón la fatalidad; y mi sino es ser victima de la mas tierna sensibilidad!... — ¡Quién es esta señorita, pregunté en voz baja á la apreciable y franca joven que estaba á mi lado, que á las diez y seis primaveras, como ella dice, cree que el Eterno ha *prolongado* su vida de una manera inaudita! ¡Ha perdido, por desgracia á sus padres, y está sola en el mundo! — Nada de eso, me contestó sonriendo la simpática joven, pero está en moda entre algunas elegantes señoritas, manifestar tristeza y hastio por todas las cosas del mundo, y estas dos padecen de ese mal. Yo iba á contestar, pero viendo que la amiga de la anciana de diez y seis años, se preparaba á responder, callé y vi que contestaba de esta suerte, y torciendo tambien los ojos como si estuviera agonizando. — ¡Ay!... querida Carlota! tambien mi vida emponzoña ese indestructible hastio que marchita en flor mis esperanzas!... Dios me ha dotado de un corazón fosfórico é inflamable, y solo encuentro dulce consuelo á mi honda melancolia, en la triste soledad!... Quince primaveras de conocer los falaces placeres del corrompido mundo me hacen suspirar por una vida retirada al pié de una pintoresca montaña por donde pase serpenteando un límpido arroyuelo, en cuyas trasparente linas reflejando la plateada luna, trajera á mi

vívida memoria las tristes horas de infelices días: yo suspiro por esa vida tranquila, donde suelto el flotante cabello sobre mi ebúrnea espalda, viera deslizarse rápidamente las raudas horas, sentada sobre el verde cesped al pié de una humilde cruz de tosca piedra, leyendo en las blancas estrellas, los *mudos* secretos de la admirable naturaleza, y alumbrando el tibio rayo de la *redonda* luna, una *furtiva* lágrima que bajara rodando por mi rosada mejilla.—¡Ah! sí, . . . ! contestó la otra; y que un melancólico joven *romántico* y *poético* de perfumada y luenga cabellera, que apoyado en el nudoso tronco de un copado árbol, nos hubiera estado contemplando á cierta distancia con los brazos cruzados, se acercara lentamente, y enjugando nuestras lágrimas, exclamara con armonioso y sentido acento, "¡yo te amo ángel mío! yo te amo . . . !" y cayendo de rodillas á nuestros piés, concluyera con aquel *romántico* verso que dice;

Y en tan fiera esclavitud
Solo puede darte mi alma,
Un suspiro . . . y una palma . . .
Una tumba . . . y una cruz!!! . . .

Al ver tan estudiado dolor, y tan no sentida tristeza, acompañados de tan afectadas demostraciones de pesar, pregunté á la joven que estaba á mi lado, ¿está vd. persuadida de que esas dos señoritas están en su cabal juicio!—Sí, señor.—Pues su lenguaje mas parece el de dos dementes, que el de personas de recto juicio.—Ea por que ese es el idioma que usan las jóvenes de *corazon sensible*, ó *románticas poéticas*, como ellas se nombran.

Un prolongado suspiro dado en el asiento de mi izquierda, me hizo dirigir la vista hácia donde salía, y ví que lo habia exhalado el arrugado pecho de una doncella de cincuenta años, en cuyo rostro habia mas pintura

que en todos los cuadros juntos hechos por Rafael y por Murillo, y cuya blanca *madura* jamás hubiera creído que era suya, sino me lo hubiera asegurado uno diciéndome que se la habia visto comprar en cincuenta duros.

—Ay! volvió é exclamar la Matusalen doncella, queriendo llamar la atencion de un hombre como de treinta años, de buena figura y francos modales, que estaba junto á ella; pero por atender á las dos jóvenes *románticas*, no quise ver en qué paraba aquel suspiro.—Mira qué aire tan simpático, dijo la de quince primaveras á la de diez y seis, el de aquel joven *romántico* y *poético*, que en ademan melancólico y sin apartar los ojos de tí, te contempla desde aquel extremo de la sala.

—¡Ah! . . . sí . . . es Arturo! . . . él me ama, yo le amo . . . ambos nos amamos . . . yo soy su Eloisa . . . él es mi Abelardo . . . pero el destino nos separa . . . él me devora con su vista . . . yo contemplo sus lágrimas; pero ambos hemos hecho voto de ser víctimas del amor, antes que incurrir en la nota de jóvenes prosaicos, que sin duda caería sobre nuestras cabezas si nos casáramos! . . . no! . . . no! . . . el matrimonio es el verdugo del amor . . . la *espiritualidad*, el *romanticismo*, no pueden estar nunca por las cadenas del matrimonio! . . .

Hablando así estaban, cuando con débil paso y aire melancólico, se acercó á ellas el *romántico* y *poético* joven, según ellas, y que á mí me pareció un hombre de afectadas maneras, que mas tenia de mono que de otra cosa.—¡Ingrata! . . . ¡pérfida Carlota! . . . exclamó con acento conmovido, y aunque en voz baja, no tanto que yo no oyera: tu *coquetismo* me ha conducido al borde del sepulcro! . . . ¡No hay amor! . . . no hay verdad en las mugeres . . . todas con unas *coquetas* . . . y estoy resuelto á darme la muerte aquí mismo, si no me sigues en este instantel . . . —¡Carlos! . . . ¡Carlos! . . . por piedad! . . . —No hay piedad, *coqueta* . . . ó me

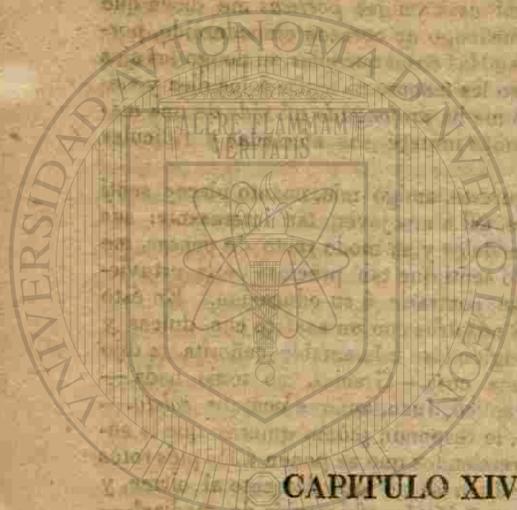
sigues ó mira el pomo que va á poner fin á mi existencia aquí mismo.... — ¡Oh Carlos.... yo no puedo.... — Pues bien: tú has pronunciado la sentencia de mi muerte..... mira!..... muero amándote!.... Y al decir esto se llevó á los labios el pomo con magnesia que lo hizo creer á la jóven que era veneno. — ¡Ahl.... se ha envenenado!.... exclamó Carlota, levantándose de su asiento: ¡se ha envenenado por mí! — ¡Gran Dios!... gritó la doncella de cincuenta años que estaba á mi izquierda, cayendo decaída sobre el caballero cuya atención había querido llamar toda la noche. — Agua: traigan agua para rociar á esta señora!.... gritó el que soportaba el peso. — Aquí está; dijo llegando con un vaso al sitio de la catástrofe, el dueño de la casa; pero la rival de Matusalen, en cuanto vió que trataban de rociarla el rostro, temiendo perder la pintura de su faz, manifestó que recobraba los sentidos exhalando un ¡ay! prolongado.

— Ya no hay necesidad del agua: dijo el dueño de la casa, pues por fortuna ha vuelto de su desmayo.

Mientras esto sucedía con la pintada anciana, al jóven le habian hecho tomar una taza de aceite que le hiciera arrojarse el veneno, que como he dicho, no era otra cosa sino magnesia; y cuando finjó que el veneno habia desaparecido, exclamó fijando los ojos en Carlota, — ¡Coqueta... coqueta! — Sí; añadió otro jóven *poético*, tan afectado como el *magnesiado*, acercándose á Matilde, todas ustedes son unas coquetas. Palabra que ella la recibió como si fuera un elogio. — ¡Es posible, le dije yo á la jóven que estaba á mi lado, que jóvenes de la alta sociedad tengan tan poca urbanidad con las señoritas, y que éstas no se den por entendidas al oírse llamar coquetas! — Está en moda entre los *poéticos* y las *poéticas*, me respondió, faltar los primeros al respeto de las segundas, y no darse por ofendidas las segundas de los primeros. — ¡Y usted

creo que personas de esa naturaleza puedan ser apreciadas de ninguno que piense con recto juicio! — Muy al contrario: creo que son el desprecio de la gente sensata; y aunque á mí esas amigas *poéticas* me dicen que soy insensible, que tengo un corazón empedernido, porque no digo ni hago las cosas que ellas, ni pongo los ojos en claro, ni tuerzo las manos, ni repito á los diez y siete años que Dios me ha *prolongado* mi vida de una manera inaudita, jamás imitaré sus afectadas y ridículas maneras.

No puedes figurarte, amigo mio, cuanto placer sentí de oír espresarse así á una joven tan interesante: sus francos y finos modales y su modo recto de pensar, me cautivaron; y solo sentí que tan preciosa perla estuviera en un lugar tan contrario á su educacion. En esto se acercó Juan á nosotros con un azafate con dulces y otras cosas, y dirigiéndose á la amable señorita la dijo que tomara alguna cosa. — Gracias, no tomo nada. — Pues coma V., replicó Juan, aunque sea una *soleta*. — No seas bárbaro, le respondí; ¿cómo quieres que la señorita coma los remiendos que se ponen á los piés rotos de las medias? Juan se rió grandemente al oírme, y respondió. — ¡Pero quién le ofrece piés de medias! — ¡Pues qué otra cosa es *soleta*? — Estos bizcochos delgados y amarillos. — ¡A quién le ocurre llamar *soletas* á los bizcochos? exclamé levantándome de mi asiento. — ¡Te vas! me dijo Juan. — Sí, voy á tomar *soleta* para no oír destrozarse el español. Estoy algo indispuerto por los miasmas que se respiran en algunas limpias calles por donde he pasado, que si les falta tierra, les sobra agua, basura y lodo. Y despidiéndome de la apreciable joven me retiré á mi posada ú *hotel* segun el *siglo ilustrado*, para descansar, y no oír esa mezcla de lenguas, ó gerigonza que nunca acabo de comprender. — *Tu amigo.*



CAPITULO XIV.

En donde verá el lector que tanto en los antiguos tiempos como en los modernos, la ley del mas fuerte es la que ha regido, rige y regirá en las cinco parte, del mundo, y que la libertad solo existe de palabras pero no de hecho.

El sapientísimo gallo, despues de haber meditado un momento sobre lo que iba á testar, prosiguió de esta manera.

—Iten. Dejo por resolver las dudas que me han atormentado toda mi vida y que son las siguientes.

Si los elegantes pollos románticos poéticos de coré y

lente, que temen mas una arruga en el vestido que un dolor de muelas; que se sientan alargando las piernas para no descomponer el pantalon; que llevan pegado con cera el retorcido bigote; que hablan de conquistas y dicen que todas las mugeres son coquetas; que andan en la calle casi bailando, y se detienen descaradamente debajo de todos los balcones mirando á las jóvenes que estan en ellos; que en nada se ocupan; que se quiebran en cada saludo que hacen, y que gastan cuatro horas para peinarse, están hechos á imágen y semejanza de Dios, ó á imagen y semejanza de los monos, y si son útiles para algo en la sociedad.

—Difícil es ciertamente el responder; pues si atendemos al modo de hablar creeremos que son hombres; pero si estudiamos sus movimientos afectados, su ninguna sustancia, y sus ridículas maneras, tendremos motivos para creer que son monos; de suerte que de ambas observaciones, me viene señor gallo una contestacion acertada; esto es, que son *hombres monos*; pero que de nada sirven en el mundo.

—Admitido.

—¿Cual es vuestra segunda duda?

—Si cuando invade una epidemia alguna poblacion, los curanderos y las medicinas caseras, sirven para sanar al enfermo ó para ayudar á despacharle mas pronto.

—A esa duda sí que no encuentro que responder; así es que podeis proseguir.

—Si para alcanzar honores, cruces, distinciones, y destinos, es indispensable ser hombre de honor y probidad, ó bajo adulador, volatin político, y ser degradado que se arrastra como la culebra á los piés de los grandes.

—Queda en pié la duda. Proseguid.

—Si las riquezas de los que han figurado en todos los gobiernos, es debida á los ahorros hechos de su sueldo,

ó á las frecuentes visitas hechas por los cinco dedos al erario nacional.

—Tampoco encuentro contestacion á la duda. Continúad.

—Si merecen el nombre distinguido de hombres, los maridos que no tienen voz ni voto en su casa, y que acátan los caprichos de su muger como si leyes fueran, sin atreverse á replicar en nada.

—Yo digo que no son hombres; pero proseguid.

—Si todas las señoras que veo de nevada frente y nacaradas mejillas, cuyo blanco y carmin del rostro llaman la atención de los jóvenes, deben tan encendidos colores á la naturaleza, ó al dinero que gastan para comprarlos en las perfumerías.

—Sus almohadas, donde suelen quedar estampados todas las noches sus rostros, os contestarán satisfactoriamente.

—Si todos los que crece uno que son sus hijos, suelen realmente serlo.

—No hallo respuesta.

—Si las jóvenes *románticas poéticas* que blasonan de tener un corazón sensible, que procuran andar siempre con faz melancólica, que tuercen los ojos y aprietan las manos al hablar, son apreciadas ó aborrecidas de los mismos que las obsequian.

—No son sino el blanco de la burla de los fátuos, y el desprecio de los hombres de recto juicio.

—Si todos los que van á las procesiones, asisten por adorar á los santos ó ver á las que no son santas.

—Hay de todo.

—Si todos los que tienen coche son dueños de él ó lo deben.

—Queda en pié la duda.

—Si solo los sacerdotes bautizan en este mundo, ó si bautizan mas que ellos los vinateros.

—No me atrevo á contestar.

—Si la joven *poética* que á uno le jura amor á las diez del día, no le jura á otros seis, á distintas horas, lo mismo.

—Es probable.

—Si los ministros de hacienda que atienden á la viudita ojinegra, lo hacen por su buen corazón, ó por ganar el de la obsequiada.

—No respondo.

—Si muchos de los que sentencian á presidio á los ladrones, no han merecido ir á él mas de una vez por igual delito, aunque de distinta manera.

—Así lo creo.

—Si el lujo que ostentan algunos matrimonios, lo sostiene el marido con su propio sueldo, é el jefe de la oficina que visita á su muger.

—Lo ignoro.

—Si los escritores han hecho con sus obras mas daños que beneficios á la sociedad.

—No sé que cosa contestar.

—Si todos aquellos á quienes llaman tiranos lo son, y si ninguno de los llamados liberales es tirano.

—Queda por resolver la duda.

—Si en el *siglo ilustrado* en que vivimos, se aprecian los hombres por sus virtudes y saber, ó por su dinero.

—No soy voto en la materia.

—Si es suficiente para la felicidad de un matrimonio el amor solamente, sobre todo si hay hijos que pidan pan, si al fin del mes le acosa á uno el casero, y si por último, los acreedores le visitan á cada instante con la cuenta de lo que debe.

—Creo que no.

—Si el pueblo que obedece, es soberano de la fracción del pueblo que manda, ó juguete de la ambición de una parte de sí mismo; parte que, prevaleciéndose de la moderación del resto del pueblo, intriga para medrar y se

constituye en soberana de todos, dando por resultado un contraprimipio, esto es, que la parte menor se lleva á la mayor.

—Yo, señor gallo, he oído decir siempre que la voz del pueblo es la voz de Dios, y creo que comprendiendo la voz pueblo en todo gobierno liberal, todas las clases de la sociedad, desde el mendigo al príncipe, la parte mayor debe sin duda ser la respetada.

—Pero no lo entienden así los aspirantes que no tienen mas patria que su bolsillo, y que ponen en juego la intriga para alcanzar lo que desean. ¡Ven que la clase menos pensadora puede ser un obstáculo á sus miras? inmediatamente se ponen á escribir en algun periódico, diciendo que para poder votar es indispensable saber escribir, y que las masas populares de gente ignorante, deben ser escluidas de la mesa electoral. ¡Temen, por el contrario, á la parte pensadora? entonces cambia la escena; todos deben emitir su voto, excepto el clero, al cual escluyen porque puede contrariar sus ideas.

—Pero esa fraccion del pueblo, que llama á este soberano, ¿con qué derecho priva de votar á una parte de sus conciudadanos? Los que blasonan de liberales en las cinco partes del mundo, y tanto nos dicen que acatan la voluntad del pueblo y los derechos de todo ciudadano, ¿por qué para escluir á alguna clase, bien sea ignorante ó bien pensadora, no convocan á todos los ciudadanos, sin distincion, para que votando cada uno libremente, se sepa si la mayoría está porque se considere como nula á alguna clase de la sociedad, que forman una parte del pueblo verá hollados los derechos que como pueblo tiene? No haciendo esto, no hay libertad, pues una parte del pueblo, esto es, el fragmento del pueblo que manda, se convierte en señor de otra parte del pueblo que obedece. ¡Cuál es vuestra opinion, señor gallo?

—La misma tuya; porque soy verdadero liberal; y persuadido como estoy de que las distintas clases de la sociedad forman un solo pueblo, para que todas sean ante la ley iguales, es indispensable que á ninguna se exceptúe de la votacion, porque ésto es lo que yo entiendo por sufragio universal, y esto tambien lo que entiendo por justicia y libertad.

—¿Y decidme, señor gallo, á la clase que suelen escluir, ya pensadora ó ya ignorante, la escluyen tambien de que pague contribuciones?

—Eso no; porque para pagar, todos son ciudadanos; ricos y pobres, sábios é ignorantes. Tienen deberes, pero no derechos.

—Pues mientras que la libertad esté basada sobre principios tan falsos, diré que en el mundo no hay libertad, sino injusticia, y que solo hemos cambiado, no de sistema, sino de nombre.

—Te advertiré sin embargo, que eso no consiste muchas veces en los que mandan, sino en los que los rodean, que llevados de personales miras, hacen cambiar el pensamiento de los primeros.

—Así lo creo; pero tened la bondad de continuar vuestro testamento.

—Iten. Dejo á muchos oradores y periodistas hablando de cosas que no entienden, é incurriendo en anacronismos los mas absurdos, queriendo manifestar su profunda erudicion.

—Con ese motivo, señor gallo, y queriendo ridiculizar ese empeño que algunos escritores tienen de hablar de todos los personajes que han brillado en el mundo, aunque no venga al caso el nombrarlos, escribí las siguientes décimas disparatadas.

—Ya te escucho.

CUENTO DISPARATADO

ESCRITO EN DISPARATADAS DÉCIMAS.

En la feria de San Juan,
Siendo alcalde Robinson,
Vendia peras Neron
Al infame don Julian;
Mas la burra de Balan
¿Qué hizo al ver dolor tan harto?
Correr á galope al cuarto
Del valiente Bonaparte,
A quien asistia Marte
En su peligroso parto.

Mas notando Ana Bolena
Los dolores que sufría,
Corrió por el mar de Hungría
Montada en una ballena;
Mas para aumentar su pena
Y el llanto en que se desata,
Llegando al cabo de Gata,
Que está cercano á Perote,
Vió llevar á don Quijote
Amarrado á una reata.

Grandes fueron los sonrojos

De hombre de tan alto brio,
Quien para calmar el frio
Se colocó los anteojos;
Mas Sancho, con mil enojos,
Viéndole en tanto tormento,
Corrió al instante á un convento
Donde Adan compraba espenja,
Cuando profesó de monja
Atila sobre un jumento.

Con ejemplo tan leál
¿Qué hizo el famoso Saúl?
Cargó á cuestras su baúl
Para entrar al hospital;
Y en instante tan fatal
Judít, que estaba en Toluca,
Una pedrada en la nuca
Le acertó al poeta Homero,
Que estaba de billetero,
En camisa y con peluca.

Grande la sorpresa fué
Que causó esto á Victor-Hugo,
Que estaba asando un besugo
Dentro el arca de Noé;
Y su caja de rapé
Sacando en tanta afliccion,
Le dió un polvo á Ciceron,
Que se encontraba en Castilla,
Versos plagiando á Zorrilla.
Y á don Pedro Calderon.

Mirandó esto el rey Filipo,
Avisó al punto á Mahoma,
Que bailaba en la maroma
Con el desagraciado Edipo;
Mas con el daguerrotipo
Corrió al punto Hernan Cortés
A retratar á Moisés,
Porque no quiso en Tarifa
Entrar Guzman en la rifa
De un caballo cordobés.

Fué entonces cuando en San Juan
La feria estuvo mejor,
A causa de ser prior
De México Soliman;
Y entonces fué cuando Abrahan,
Que era famoso dentista,
Guisó, con mano muy lista,
Huevos en café con sopas,
Para el obispo don Opas
Cuando era contrabandista.

Sorprendido quedó Tasso
Al ver tan extraña cosa,
Y escribió un poema en prosa
Metido dentro de un vaso;
Y el divino Garcilaso
Dió parte al momento á Aquiles,
Que iba vendiendo candiles,
Para que fuese á caballo.

A cortar á Numa un callo,
Que iba preso entre alguaciles.

No pudo sufrir Rossini
Tanto ultraje con cachaza,
Y convirtió en calabaza
Al dulcísimo Bellini;
Mas celoso Paganini
Del nombre fiel italiano,
Pasó al imperio romano
A que el alcalde Ronquillo
Le coziara un calzoncillo
Para cantar de soprano.

Horroroso fué el desastre
Que esto ocasionó en palacio;
Tanto, que el divino Horacio
Tuvo que metese á sastre:
Y en tanto cargó de lastre
Una cáscara de nuez,
Con prontitud y altivéz
El emperador Trajano,
Que iba á conquistar ufano
La Habana, la China y Fez.

Pero fué tal el bullicio
Que se armó por tal asunto,
Que Herodes cayó difunto,
Y Leonidas perdió el juicio!

Y Colon que en el hospicio
Se encontraba con su armada,
Corrió á galope á Granada
A vender al sabio Minos
Algunos cuantos pollinos
Que critican todo, y... nada.

Esto le hizo á Barbarroja
Entrar de Trento al concilio,
A ver á Numa Pompilio
Bailar en la cuerda floja;
Y desde el istmo de Loja,
El senado de Aranjuez,
Mandó dentro un almirez
Las narices de Scipion,
Que se las cortó Breton
En el sitio de Jerez.

Mucho agradó á Juan Tenorio
Esta trifulca y enredo,
Que se hallaba con Quevedo
De juez en el purgatorio;
Esto fué estando Sertorio
De torero en Veracruz,
Cuando Caifás daba á luz
Un libro de tauromaquia,
Que compuso en la Valaquia
Un argonauta andaluz.

Pero mas vivo Alarcon,
Escribió al punto á San Dimas,
Que estaba comprando limas
Con el forzado Sanson;
Mas no hallando pantalon,
Y no teniendo camisa,
Las medias se puso á prisa,
Y unas botas coloradas,
Que trajo de las cruzadas
Diógenes al cantar misa.

Mucho le pudo á Dumás
Que Aníbal subiera en globo
Echando á Gerardo Lobo
Una ayuda de agua-rás:
Y esto le obligó á Gil Blas
A remitir á Campeche
Unos besugos en leche
Para Francisco Primero,
Que le envió en un caldero
Buñuelos en escabeche.

Pero llegando al Vesubio,
Hallaron á la Esmeralda
Que servia de giralda
A seis pasos del Danubio.
Esto fué antes del diluvio,
Cuando con gran ansiedad,
El califa de Bagdad
Contaba á Santa Teresa,

Que él hizo andar una mesa
Por su alta electricidad.

“A la prueba me remito,”
Dijo entonces Robespier,
Que estaba de mercader
Por un incendiario escrito;
Y analizando el delito,
Hallaron en varios puntos,
Bulas fritas de difuntos,
Pollos en dulce de almagre,
Caramelos en vinagre,
Y en claro algunos asuntos.

Esto le obligó á la Iberia
A enviar tropas al Tabor,
Pues Pizarro de calor
Espiraba en la Siberia;
Y esto perder en la feria
Hizo á todo comerciante,
Porque en aquel mismo instante,
En la Habana, ya sin brio,
Ulises murió de frio
Metido dentro de un guante.

Gran pena le causó y honda
Esto, al santo rey David,
Que había abierto en Madrid
Una bien surtida fonda;

Y de los montes de Ronda
El gran pintor Refaél,
Envió un despacho á Raquéel,
Para que el pintor Marillo
Le curase un tabardillo
En la torre de Babel.

No fué poca la sorpresa
Que esto le causó á Tancredo,
Que en la boca con el Credo
Estaba dentro una artesa;
y subiéndose á una mesa
Dulcinea del Toboso,
Con Scott, su tierno esposo,
Tocaron un vals de Astrea,
Que bailó la Cananea
De Rodas con el coloso.

Esto lo vió desde Roma
Luis Felipe con sosiego,
Mientras que llovía fuego
Sobre la impura Sodoma;
Mas Jonás, tomando á broma
Tan desastrosa jornada,
Dijo abriendo una empanada,
“Dejad la pluma, que es justo,
Pues si lo poco da gusto,
Lo mucho, por Dios que enfada.”

—Muy bien me parecen las décimas disparatadas donde se riculturalizan los disparates de algunos pedantes escritores; pero prosigamos nuestro testamento.

—Dictad que ya espero.

—Iten. Dejo una multitud de boticas donde el hombre juega el último albur de su vida, y donde un *quid pro quod* del boticario, puede ser la sentencia de muerte del paciente.

—Ya que habeis tocado ese punto, quiero, señor gallo, que oigais la sátira que tengo dedicada á los boticarios, porque tal vez será bueno que conste en vuestro testamento.

—Empieza á leerla que ya te escucho; pero abre un nuevo capítulo para ella.

—Corriente.

CAPITULO XV.

EL BOTICARIO.

Donde verá el lector que una botica es una mina en bonanza tan productiva como un destino de vista de aduana marítima, y que los peligros que corre su vida desde que cae enfermo, solo son comparables con los que corre su bolsillo con tantas contribuciones, y con tantos cofrades de San Dimas, antes de que fuera santo, que andan de noche por esas calles de Dios desnudando al vestido.

Todo bien suele traer detrás de sí otro bien; así como todo mal suele traer otro mal, salvo aquellas escepcio-

—Muy bien me parecen las décimas disparatadas donde se riculturalizan los disparates de algunos pedantes escritores; pero prosigamos nuestro testamento.

—Dictad que ya espero.

—Iten. Dejo una multitud de boticas donde el hombre juega el último albur de su vida, y donde un *quid pro quod* del boticario, puede ser la sentencia de muerte del paciente.

—Ya que habeis tocado ese punto, quiero, señor gallo, que oigais la sátira que tengo dedicada á los boticarios, porque tal vez será bueno que conste en vuestro testamento.

—Empieza á leerla que ya te escucho; pero abre un nuevo capítulo para ella.

—Corriente.

CAPITULO XV.

EL BOTICARIO.

Donde verá el lector que una botica es una mina en bonanza tan productiva como un destino de vista de aduana marítima, y que los peligros que corre su vida desde que cae enfermo, solo son comparables con los que corre su bolsillo con tantas contribuciones, y con tantos cofrades de San Dimas, antes de que fuera santo, que andan de noche por esas calles de Dios desnudando al vestido.

Todo bien suele traer detrás de sí otro bien; así como todo mal suele traer otro mal, salvo aquellas escepcio-

nes en que suele suceder lo contrario. El amar, por ejemplo, es un bien; pero los celos que generalmente suelen seguir al amor, son capaces de acabar con la vida del hombre mas robusto. Las enfermedades suelen ser un mal; pero los médicos son un bien con que recobra el enfermo la salud... eterna. Las boticas son un bien; pero los boticarios son.... los que me han dado asunto para escribir el presente artículo; artículo que no hubiera podido escribir si no fuera por ese privilegio esclusivo que tenemos los poetas de ver todo cuanto pasa en lo mas oculto de las casas; pues de otro modo no fuera posible descubrir los secretos de que los boticarios se valen para enriquecerse en un momento con los breva-
jes, pócimas y ceratos con que ayudan á los médicos á aliviar al prójimo de los *duros pesos* que siempre los médicos saben encontrar en todos los enfermos. Y mucho menos hubiera podido descubrir sus secretos en ese dia, porque estaba yo algo constipado, y no podía por lo mismo andar en la calle.

Dirigí, pues, mi vista hácia una de las principales boticas: y me puse á examinar los dorados rótulos de las brillantes redomas, botes y pomos de fioisima loza que, puestos con la mayor simetria, daban una vista hermosísima á aquella *secretaria de la muerte* que estaba llena de personas que iban á comprar, á *peso de plata*, el visto bueno del boticario, para que el enfermo fuera á la eternidad con todos los requisitos que se han hecho ya indispensables en el ilustrado siglo en que vivimos; alcé los ojos para leer lo que los letreros de los botes decian, y ví en hermosas letras: *ungüenti duplicis hydrargiri* [ungüento doble de Mercurio], *elhorureti sodium* [sal de la mar], *hydroleo* [aceite de almendras con agua], *camphora* [alcanfor], *cecalis cornuti* [cuernecillo de centeno], *rey-palmatis* [ruibarbo], *saponis medicinales* [jabon medicinal], *tintura quininae* [aguardiente con quinina], y

otra porcion de letreros puestos en latin, para que no los entendieran los profanos, con lo cual se consigue dar mas mérito á las medicinas, y reputacion y *dineros* á los dignos émulos de Esculapio.

Admirado de ver el número de gente que en tropel acudia á comprar lo que dentro de aquellos botes habia, y deseoso por otra parte de saber cómo confeccionaban los farmacéuticos tantas medicinas para toda clase de enfermedades conocidas y por conocer, abrí una gran puerta en que se leian estas palabras *elaboratio medicaminum*, y me introduje en la trastienda, en donde ví algunos mozos ocupados en hacer lo que un hábil dependiente les decia. Agua destilada de laurel cereza, gritaba; y el mozo ponía aquella agua en un bote, al cual le ponía el dependiente este rótulo, *destillatae lauro cerezae*. Agua de véjeto: el mozo llenaba otro bote de agua, al cual el dependiente ponía, *agua acetatis plumbi*. Agua de hojas de rosa: el mozo volvia á llenar otro bote, y el dependiente colocaba este rótulo, *agua rossarum*.

¡Vaya! exclamé al ver que el gran secreto de la farmacia era el agua, y al descubrir á pocos pasos de los elaboradores de las medicinas, un gran pozo de donde otro criado se ocupaba en sacar el *sorbete de ranas* que abastecia aquella *maestranza, ó arsenal*; que bien dicen que un boticario no necesita para enriquecerse, sino manteca y agua; y al exclamar así me acordé de la siguiente anécdota, que yo, sin lincencia del que la inventó, quiero contarla en verso, por satisfacer los deseos de mi persona, á la cual amé, amo y amaré toda mi vida, como á mi mismo.

Vuestra botica se ardió,
Dijeron á un boticario,

Y nada en ella quedó:
 Y él con susto extraordinario
 Dijo, ¡y el pozo!— Ese no.
 Y ya recobrando el gozo
 Que hubo con el susto huído,
 Esclamó con alborozo,
 ¡Vaya! nada se ha perdido
 Sino se ha quemado el pozo.

Al lado de tanto aguador *latino*, estaban otros, que ya habian ascendido á la seccion de *artillería*, haciendo *balas de cañon*, que así pueden considerarse las píldoras: otros machacando, ó atacando en el mortero, cosas que, con decir que estaban en el *mortero*, ya se deja entender que sorian tan saludables como *bombas* de á siete pulgadas; algunos confeccionando purgas para enviar al *Purgatorio* á algunos; y otros en fin manejando la espátula, que es como si dijéramos una *espada* de dos filos, que no deja á vida á ninguno de los que coge debajo.

Al ver tantos instrumentos de muerte destinados para dar vida eterna al que la quiere temporal, no pude menos de convenir en que lo mas malo, seria tener por enemigo á un boticario, y ví con cuánta verdad está escrito este versito:

¡Que haya hombre tan temerario
 Que habiendo ópio y rejalgar
 Se atreviera á provocar
 La furia de un boticario!

Sin embargo, animado por el deseo de aprender, y sobre todo de contar, me acerqué á este grupo de *artilleros*, para ver los medios de que se valian para batir al

prójimo, es decir, acabar con las enfermedades del prójimo; y ví las siguientes preparaciones tan sencillas como lucrativas, y tan lucrativas como ineficaces, con perdón se ha dicho del respetable Esculapio y sus dignos discípulos, á quienes en todo lo demás scato y venero con todo el respeto á que ellos se han hecho acreedores. En una azumbre de agua del pozo que á la mano tenían, echaron medio cuartillo de mal aguardiente, y un poquito de alcanfor que, todo junto, vendria á valer á lo sumo un real, y de aquí sacaron, para colocarlo en brillantes redomas, *agua alcanforada de la vida*, *aguardiente alcanforado* para la salud, y otra porcion de líquidos para no morir, que á pocos instantes ví vender á exorbitante precio la onza. De una libra de corteza de encina, cuyo valor no escede de medio real, cocida en agua del espresado pozo, á que daban el extraño nombre de *agua de tanino*, ví que dividiéndola en varias porciones, y mezclándola con un poco de aguardiente (en la botica todo es agua bien ardiente ó bien fria) la bautizaban á una con el nombre de *tintura*, á otra, por solo haberla pulpado en el mortero y echarle unos pocos de polvos de goma, la convertian en píldoras *astringentes* ó de *extracto de tanino*, á otra mezclándola con azúcar, en *pastillas*, y á otra en fin echándole un poco de miel, la tornaban en *bolos antifebrifugos*, que le dejaban al dueño de la botica un 500 por 100, haciendo un cálculo bajo y concienzudo.

Allí ví que las llamadas *conservas*, *jaletinas*, *pastillas*, *sacharoleos*, *mellititis*, *jarabes* y *electuarios*, no son otra cosa sino agua con ezúcar; y que los llamados por los boticarios *Apostolés*, no son mas que extractos que predicen las muertes hechas por los farmacéuticos, así como los *especides* no son otra cosa sino especies que especifican los varios métodos de que se valen para sangrar el bolsillo del prójimo.

Pero ¿quién duda que los nombres influyen poderosamente en el ánimo de las personas? ¿Quién por cobarde que sea, se asustará cuando le digan que un llamado D. Agapito trata de desafiarte, y no se conmueve, por valiente que sea, si le dicen que le busca, con miras hostiles, un D. Ricardo, un Guillermo ó un Leon? Pues lo mismo sucede con los nombres de las medicinas: si éstas no estuvieran envueltas en ese misterio que les dan las palabras latinas, el enfermo no tendria fé en ellas, y sin remedio se moriría; lo cual se evita con la sabia precaucion tomada por los boticarios para dar mérito á lo que venden, con provecho y utilidad general de ellos. ¿Qué efecto podria producir en un enfermo, una medicina que él supiera que era aceite con agua? Ninguno: pero que vea escrita *hydroleo hydrolatibo*, y el momento se curará con una fé tan grande, que ésta sola le volverá la salud. Por eso los farmacéuticos, corociendo, como ninguno, que un hombre extraño hace mejor efecto que la mas excelente medicina, llaman al *vivagre oleo*, *acetoleo*, *acetoloturo*; al aguardiente y aceite *linimento*, *eleolis*, *alcoleo*; y al cerato, *oleoceroleo*, *siparoides*, *eleoceroles*, con lo cual logran el alto fin de hacer indispensables sus brevajes, y de poner en contribuciones los bolsillos de todo prójimo. Breton de los Herreros, que conocia muy bien á los dignos émulos de Esculapio, y que sabia el enorme precio á que suelen vender sus aguas destiladas, pone en boca de uno de ellos estas palabras, hablando con un sobrino á quien ponderaba le mucho que una botica producía.

Verás, verás como bogas
Al Sur, al Levante, al Norte,
Que ni entorchados ni togas,
Nada prospera en la córte
Como el comercio de drogas.

Aunque un refran vulgar, y tan vulgar como malicioso y satirico que anda en boca de todos dice, *estudiante particulario, boticario*, para demostrar sin duda que á los que á tal cosa se meten, es por no seguir la penosa y larga carrera de médico, es preciso confesar que esta es una sátira injusta como otras muchas contra los boticarios, si atendemos á que la farmacia no exige que el farmacéutico sea médico, y si no olvidamos que hay muchos boticarios que son excelentes médicos, como sucedia precisamente con el dueño de la botica que yo estaba examinando, el cual ganaba en recetar y en las recetas, siendo á la vez discípulo de Hipócrates y de Esculapio. ¡Y qué tesoro tan inagotable reúne el que es médico y boticario á un tiempo! Buen cuidado tiene de recetar aquellas cosas que mas utilidad le dejan, y de encargar que las compren en su botica, en donde, segun él, son de mejor calidad las medicinas.

Acuérdome de una anecdota que con respecto á esto me contó un amigo, contrayéndose precisamente al mismo medico-boticario, cuya botica tan escrupulosamente observaba yo. Le habian llamado para que viera á un enfermo, y después de haberle hecho sacar la lengua y de pulsarlo, recetó una purga extraña que encargó que fueran á comprarla en su botica, y salió prometiendo volver al siguiente dia. El enfermo que vió la purga, y que no le pareció de lo mas á propósito para hospedarla en su estómago, iba echando, sin que lo observaran los de su familia, en el mueble que se suele colocar debajo de la cama, la dosis que le llevaban cada cuatro horas; y al dia siguiente cuando entró el médico-boticario, se admiró de verla casi enteramente bueno; y atribuyendo á la ciencia lo que era causa de la inobediencia del enfermo, exclamó con satisfaccion. Ya veo que la purga que le mandé á usted, ha obrado como yo esperaba. Y haciendo luego que le enseñaran el mueble indispensable de que

ya hemos hablado para ver lo que habia despedido el estómago, exclamó asombrado de lo que veía. ¡Jesús! y qué cosas tan estrañas ha arrojado usted!... ¿Qué hubiera sido de usted con tales materias dentro?... Sin duda que hubiera usted reventado?... —Pues precisamente por no reventar, respondió el enfermo, no quise tomar esas materias que no son otra cosa que la purga que usted me recetó para enviarme al purgatorio y que yo la arrojé ahí por inspiracion del ángel de mi guarda.

Esto no es decir, sin embargo, que la purga fuese mala, sino que el no tomarla fué mejor para el enfermo. Pero no aconsejaré yo á nadie que imite á éste declarado enemigo de las purgas, porque si nadie se medicinara ¿dónde iba á cabar tanta gente en el mundo, sobre todo, cómo habria ocupacion para tantos? No hay duda que mirando bajo el punto de vista económico, que es como en todo buen gobierno se deben de ver las cosas, las boticas son un bien para las naciones, siquiera por la limpia *proximal* que continuamente están haciendo, en obsequio de los que vamos quedando. Un descuido, una receta mal entendida ó mal despachada, es nada menos que un pasaporte que da el boticario para el otro mundo para bien y provecho de algun prójimo que deseaba la muerte de aquel, con el santo fin de conseguir el empleo que él tenia y de considerarle en el reino de los cielos. Pero á propósito de equivocaciones en el despacho de las recetas. Acuérdome, y esto paso en Londres, por lo cual espero que no se enojarán los boticarios de acá, acuérdomo, digo, que un farmacéutico de nota despachó en vez de jarabe de hepecacuana jarabe de ópio, que produce un efecto contrario, con lo cual el enfermo durmió el largo sueño de la muerte; y á los pocos dias en otra bebida que el médico recetó para un colérico, y en la cual mandaba éter, ópio y cocimiento de yerbabuena, equivocó el boticario lo primero, y echando en ves de

éter, amoniaco, que descompone el opio, el paciente se fué á descansar hasta el dia del juicio á la tumba, contándole todos como víctima de la epidemia y no del boticario.

Pero lo que llamaba mas particularmente mi atencion, era la prontitud con que los dependientes leian y despachaban todas las recetas, sin que jamas dijeran, *no hay de esto*; cosa que parece imposible, pues no existe en el mundo ni tienda de telas que no carezca de algun género para vestidos, ni vinatería donde haya de toda clase de licores, ni giro alguno que no se encuentre sin algo de lo que el comprador busca; sucediendo todo lo contrario en la mas insignificante botica, donde se halla cuanto es necesario para la salud del enfermo y pide el médico. Deseando averiguar la verdad de esto, fijé la vista en las recetas, y con sorpresa ví que no siempre habia lo que la receta ordenaba, sino que echaban mano los boticarios de algun *quid pro quod*, esto es, de algun equivalente, para no decir *no hay*, con lo cual iba muy satisfecho el comprador, aunque de aquel *quid pro quod* resultara la vida... eterna del enfermo, con perjuicio de la reputacion del émulo de Hipócrates.

Por supuesto que no me pareció recurso muy bueno el de valerse de equivalentes, porque estos en nada pueden tener la eficacia de los remedios que el médico ordena. Y si no ¿qué les parecería á los farmacéuticos, si la cocinera, no teniendo manteca, echara mano, para guisar, de un pedazo de sebo, como un equivalente de aquella? Renegarian del *quid pro quod*, del guisado y de la cocinera, porque dirian que el sebo, además de dar mal gusto á la comida, no podia ser tan saludable para el estómago, como la manteca.

¡Pobres enfermos! El médico se impone á medias de la enfermedad que padecen; les pulsán á prisa, les

recetan á galope; y el boticario ve con la velocidad del relámpago, la receta; despacha por telégrafo; y fácilmente leyendo, como leyó uno, por *polvos de creta*, como pedía el facultativo, *polvos de grieta*, despachó al infeliz paciente á la *disenteria*, sin permiso del médico que se quedó asombrado del poder del farmacéutico.

Por estos casos y por otros que entonces ví y he seguido viendo después, me he llegado á persuadir de que cuando invade una epidemia alguna poblacion, se debia poner en el catálogo de los muertos, una quinta parte del número como victimas del mal, dos quintas partes, debidas á los *yerros de los médicos*, y las otras dos quintas, á los descuidos de los émulo de Esculapio, vulgo, boticarios. De manera, que así como los enemigos del alma son tres, *mundo, demonio y carne*, los enemigos de nuestra salud son tambien tres, enfermedades, médicos y boticarios. Y no se dispongan, sin haber oido las razones que tenga para hablar así, á desafiarme á bisturí ó á píldoras.

Al expresarme de esta manera, me fundo en que los médicos y boticarios son enemigos de nuestra salud, porque si no hubiera enfermos, ¿cómo podrian vivir ellos, ni gastar las lujosas carrozas que hoy lucen? El zapatero quiere que á sus parroquianos se le rompan pronto las botas, el sastre que á los suyos no les dure el vestido, el librero que á los lectores se les extravien las obras, el barbero que le mortifique la barba á todo el mundo, el abogado que todo el género humano esté en pleitos; y por la misma razon el médico y el boticario, que nadie tenga salud completa; y de aqui seguramente nace esa fraternidad que entre Galenos y Esculapios reina constantemente.

No hay duda ninguna en que la confianza con que los médicos tratan á los boticarios, es una prueba de la bue-

na armonía que entre ellos reina, y la mutua correspondencia de sus corazones en desplumar al prójimo. El médico pone en latin al principio de sus recetas *Recipe*, aunque siempre en abreviatura para que no lo entiendan los profanos, Rp: esto es, *recibe*, tuteando, como vemos, á su digno amigo, al decir que reciba el importe de lo que valen los brevajes recetados, poniendo el pasaporte ó *pase del individuo* para la eternidad, que es el requisito indispensable de las ceremonias con que sale de este mundo para el otro, todo aquel que ha heredado la terrible indigestion que contrajo nuestro glorioso padre Adan por haber comido una sola manzana; indigestion que no han podido curarla ni todas las purgas de cuantas boticas hay en el mundo, no obstante ser tan conocido el origen del mal de cuantos médicos y boticarios hay; lo cual prueba que todo lo pueden los émulo de Hipócrates y de Esculapio, menos... sanar á las enfermos.

Aunque nadie ha podido averiguar hasta ahora [al menos que yo lo sepa] cual fué el primer boticario que preparó emplastos, jaropes y drogas, y como quiera que este es un punto interesante para todos los curiosos, y sobre todo para mí que no quiero faltar á la urbanidad debida á los boticarios, dejando pasar por alto el antiguo origen de los que se dedican á la noble ciencia de la farmacia, procuraré manifestar de una manera clara y sencilla mi opinion sobre este punto.

Si atendemos, como es un deber para encontrar la verdad, al animal que ostenta el escudo de armas, digámoslo así, de los émulo de Esculapio, veremos que es una serpiente la alegoría de los farmacéuticos; y todos sabemos que, en la serpiente, simbolizan las santas escrituras al demonio que tantó y que hizo pecar á Eva, dándole por medicina eficaz, para que recobrará todas sus facultades y potencias con que tuviera tanto poder como Dios, aquella funesta manzana de fatal trascendencia,

que tantos males ha causado á la humanidad. Partiendo, pues, de este punto infalible, nos vemos precisados á confesar que el primer boticario fué Lucifer, y que la primer medicina que produjo la muerte del hombre, fué una manzana.

No quiero decir con esto que porque hayan cogido por enseña al Diablo en figura de serpiente los boticarios, sean ellos diablos, no; hasta ahora confieso francamente que no me han hecho daño alguno, seguramente porque aun no he necesitado de sus medicinas: de suerte que yo solo tengo motivos para quererlos como á . . . prójimos, así como no dudo de que ellos me querrán, siquiera por el largo estudio que he tenido que hacer para llegar á descubrir que el primer boticario del mundo fué un alto personaje, nada menos que un príncipe, al cual han dado mas súbditos con sus pócimas, que Neron, que Bonaparte y Attila.

— ¡Acaba ahí el capítulo del boticario!

— Sí, señor gallo.

— Pues no me parece mal, porque es cierto cuanto de los farmacéuticos has dicho: los rótulos en latin son el antifaz que dan valor á la agua, hoy que todos se disfrazan para pasar por lo que no son.

— Ya que habeis tocado el punto de los disfraces, quiero que escucheis un artículo que sobre este particular tengo escrito.

— Ya te escucho.

CAPITULO XVI.

UNA NOCHE DE MASCARAS.

Donde verá el lector que este mundo no es sino un baile de máscaras donde todos andan disfrazados.

— Estos dias de Carnaval son de cosecha para el demonio: decia D. Caralampio Sacristia, á su esposa Doña Rosario Camándulas. ¡De cuántos medios se vale este enemigo sagaz para pervertir las almas! . . . Esa careta da libertad al hombre mas tímido; y la jóven mas recatada, persuadida de que nadie la conoce con ella, tras-

que tantos males ha causado á la humanidad. Partiendo, pues, de este punto infalible, nos vemos precisados á confesar que el primer boticario fué Lucifer, y que la primer medicina que produjo la muerte del hombre, fué una manzana.

No quiero decir con esto que porque hayan cogido por enseña al Diablo en figura de serpiente los boticarios, sean ellos diablos, no; hasta ahora confieso francamente que no me han hecho daño alguno, seguramente porque aun no he necesitado de sus medicinas: de suerte que yo solo tengo motivos para quererlos como á . . . prójimos, así como no dudo de que ellos me querrán, siquiera por el largo estudio que he tenido que hacer para llegar á descubrir que el primer boticario del mundo fué un alto personaje, nada menos que un príncipe, al cual han dado mas súbditos con sus pócimas, que Neron, que Bonaparte y Attila.

—¡Acaba ahí el capítulo del boticario!

—Sí, señor gallo.

—Pues no me parece mal, porque es cierto cuanto de los farmacéuticos has dicho: los rótulos en latin son el antifaz que dan valor á la agua, hoy que todos se disfrazan para pasar por lo que no son.

—Ya que habeis tocado el punto de los disfraces, quiero que escucheis un artículo que sobre este particular tengo escrito.

—Ya te escucho.

CAPITULO XVI.

UNA NOCHE DE MASCARAS.

Donde verá el lector que este mundo no es sino un baile de máscaras donde todos andan disfrazados.

—Estos dias de Carnaval son de cosecha para el demonio: decia D. Caralampio Sacristia, á su esposa Doña Rosario Camándulas. ¡De cuántos medios se vale este enemigo sagaz para pervertir las almas! . . . Esa careta da libertad al hombre mas tímido; y la jóven mas recatada, persuadida de que nadie la conoce con ella, tras-

pasa los límites que señala el pudor, y.... despues de algun tiempo, para ocultar á los ojos de los curiosos lo que la conviene, finge estar mala, y va á alguna aldea para conseguir, lo que dice D. José María de Salas y Quiroga en este epigrama, que consiguen otras muchas.

En el campo, ciertos años,
Las aguas mas celebradas
Tienen dotes muy estraños,
Pues vemos que de esos baños
Muchas vuelven mas delgadas.

¡Ah! Roguemos al Señor, amada esposa, por esos desgraciados que, sin acordarse de que hay infierno, dejan ir su alma por el torrente de las pasiones mundanas, sin cuidarse de lo que dice Isidoro Perez de Celis en su poema *Filosofía de las costumbres*, que á la primera

La eternidad cual su mansion la espera
Al terminar la temporal carrera.

La eternidad, sí; pero la eternidad horrible á que están condenados todos aquellos que se apartan del camino de la virtud.

—Pero acuérdate, querido Sacristia, que tambien nosotros ántes de casarnos, hace cuatro años, asistíamos á los bailes de máscaras; y aunque de ello estoy, como sabe Dios Nuestro Señor, arrepentida, no me parece que estará de sobra, el que esclamemos con Juan Martínez Villergas:

Ya no me atiza
La tentacion;
Tengo ceniza
De salvacion.

Mis torpes vicios
Sacudiré,
Y á los Oficios
No faltaré.

Hielos y nieblas
No han de evitar,
Que á las Tinieblas
Vaya á rezar;
Y así sin sustos
Iré tambien,
Donde los justos:
Amén, amén.

— Sí; amén Jesús. Aunque no hay duda, amada Camándulas, que las que deben cargar con todo el peso del pecado, son esas mugeres de vida reprensible que asisten á los bailes de máscara para engañar á los hombres.

—Tienes razon, querido Sacristia, en decir que con el objeto de engañar á los incautos, van esas mugeres disfrazadas, procurando confundirse con las verdaderas señoras; pero como dice la poetisa mexicana Sor Juana Inés de la Cruz:

¿Cuál mayor culpa ha tenido
En uno pasion errada,
La que cae de rogada,
O el que ruega de caído?
O ¿cuál es mas de culpar,
Aunque cualquiera mal haga,
La que peca por la paga,
O el que paga por pecar?

Pero dejemos por ahora el averiguar quién sea el ma

culpable, y marchémonos á dormir, porque el frío y el sueño son enemigos que solo entre sábanas se vencen.

—Sí; y cuando el astro fulgente
Que la tierra fecundiza,
Brille en el rosado Oriente,
Iremos á que en la frente
Nos coloquen la ceniza.

Y al decir esto Sacristia y su esposa Doña Rosario Camándulas, se dieron las buenas noches, y cada uno entró en su alcoba: [bueno será que sepa el lector que Sacristia seguía en esto la costumbre inglesa, motivo por el cual no había, ni se necesitaba, cama matrimonial.] Pero no bien había pasado una hora, cuando la esposa, persuadida de que Sacristia dormía profundamente, salió de su cuarto, vestida con un rico traje de baile, y cubierto el rostro con una careta de seda carmesí. El esposo, que era amigo de aventuras, no obstante su afición á rogar por la salvación del próximo, salió también disfrazado; pero á tiempo ya en que su consorte [á quien juzgaba entregada al sueño] se hallaba en el teatro divirtiéndose grandemente. Sacristia, vestido de moro, salió con mucha precaución de casa, y se dirigió al mismo punto en que Rosario se veía rodeada de infinitos jóvenes que la obsequiaban.

—Mascarita, dijo el esposo acercándose á su esposa, á quien no conoció: ¿quieres bailar conmigo el wals que está anunciado?

—No, no; ¡Jesus! yo bailar con un moro!... con un herege!... no en mis días.

—Deja los aspavientos, linda mascarita, que cuando hemos llegado á una época en que los llamados cristianos, tiran contra la Iglesia, nada debe admirarte; y ade-

mas, yo aunque moro, respeto la creencia de los otros, porque mi corazón no está corrompido.

—Esa es la principal recomendación de cualquier hombre; y por lo mismo ya no me es repugnante tu compañía.

—¿Es decir que bailarás conmigo?

—¿Eres noble?

—¡Noble!... Ya no hay nobles: todos somos iguales: ciudadanos libres.

—¿Libres? Ríete de eso: sí; libres son los ricos; pero el humilde ciudadano....

—Es también libre: igual al presidente, ante la ley.

—Dígame que eso es soñar el ciego que veía. Desengáñate; para los pobres no hay libertad!....

—Dejemos para después esas reflexiones, y salgamos á bailar, pues ya la orquesta está tocando el wals que me has prometido.

—Tienes razón, vamos.

Sacristia y su esposa Doña Rosario Camándulas bailaron el wals; pero tan agradable le fué á cada cual la conversación y compañía del otro, que se prometieron no separarse en toda la noche, y bailar juntos todas las piezas que tocasen.

—¿Quieres, hermosa encubierta, tomar un vaso de helado? le dijo Sacristia al concluir una polka que les había fatigado.

—Gracias, en este momento no apetezco ninguna cosa.

—¿Ni sangría?

—Nada absolutamente: he cenado ántes de venir.

—¿Y has venido sola?

—Sí, sola.

—¿Es posible?

—Las feas nó necesitan compañía, pues su misma fealdad las cuida; oye si no lo que dice Salas y Quiroga:

Con esa cara de berza
 ¡Por qué me afirmas, María,
 Que eres honrada? A fé mia,
 Tú habrás de serlo por fuerza.

— ¡Oh! pero ese epígrama no puede corresponderte: tu mano, tu esbelto cuerpo, tu pequeño pié, y lo poco que he podido descubrir de tu blanco rostro, me hacen creer que eres hechicera.

— ¡Já, já, já! ¡hechicera! Si me quitara la careta, echarías á correr.

— No: me arrojaría á las plantas lleno de amor. ¡Ah! sí; hez la prueba: quitatela, y verás que te has engañado.

— Eso es imposible por ahora: aquí hay muchos que me conocen, y podrían decir á mi marido que me habían visto en el baile.

— ¡Pues qué, has venido sin licencia de tu esposo?

— Se supone: de lo contrario no me encontrarías en este sitio.

— ¡Tanto aborrece los bailes?

— Muchísimo: para él, todo aquel que se disfraza, está condenado.

— ¡Vaya un simple!

— De suerte que la mayor parte del año estoy sin asistir á diversion alguna, para que esté contento.

— Muy mal hecho.

A ese esposo impertinente
 Que te impide solazar,
 Le deberás colocar
 Alguna cosa en la frente.

No hay duda que tu marido haría muy buena pareja con mi muger.

— ¡Tú también eres casado?

— Sí, por mi desgracia; y, como tú, me he visto obligado á salir ocultamente de casa, pues si mi esposa, que solo piensa en rezar, supiera que yo estaba aquí, pedía su divorcio.

— Es decir que vives aburrido con ella.

— No solo aburrido, sino desesperado: así es que cuando leo este epígrama de Salas y Quiroga:

Huyendo de su consorte,
 Muger de influjo en la córte,
 A un pozo se echó Guillen,
 Y por Cristo que hizo bien.

Digo: si se parecía á la mia, no solo hizo bien; sino santamente.

— Es la mayor desgracia, el que sean los esposos de génius tan encontrados.

— Yo necesitaba una muger del carácter tuyo para haber sido feliz.

— Y yo con un jóven aficionado como tú, á diversiones, hubiera vivido contentísimo.

— Gracias, mascarita; pero vamos á tomar algo que nos refresque, porque hace un calor insoportable.

— Como tú quieras.

Y los dos esposos entraron al café del teatro.

Dejamosles, pues, engañándose mutuamente, y recorramos, por un momento, contribuyente lector [te pagaré la entrada] el teatro Nacional, ese elegante edificio donde se escucha el continuo gorgigay de las infinitas máscaras que hormiguan por todo el salon, aturdiendo á todos los que no han tenido la dicha de nacer sordos; y digo á todos los que no han tenido la dicha, porque los que van sin careta á tal sitio, tienen que hacer oidos

de mercader (como quien dice de miembro municipal) á las verdades que les digan, como hacen los del ayuntamiento á los gritos de la poblacion para que compongan las calles.

Ved, ved esa multitud de *pollos*, seres equívocos que fuera difícil conocer á qué género pertenecen, si al masculino ó al femenino, si no lo revelara el delicado moztacho y el traje que llevan. Vedlos, repito, discurrir por el salcn, con toda una perfumería encima, con la cabeza erguida, dirigiendo el lente á las bellas que están en los palcos, y prendados de sí mismos, juzgándose los mas seductores de los vivientes. Pero sabeis ¡á qué clase de la sociedad debeis aplicar el nombre de *pollos*?... Os lo diré, amados lectores. Cuando veais uno de esos niños de 18 á 22 años, que empieza á hombrear, que en nada se ocupan sino en componerse para hacer, como ellos dicen, conquistas; ¡este es el siglo de los conquistadores! que fatuos y pedantes, esclaman, en alta voz, que no hay ninguna rager fiel; y que echándola de despreocupados,

Pues para mayor baldon
De la juventud presente,
La despreocupacion
Es entre la imberbe genite
La primer preocupacion.

Se motan de lo mas sagrado de nuestra religion, podreis decir, sin temor de equivocaros:

Ese quidan sin meollo,
Mqno de frac y baston.
Ea, á no dudar, un pollo
Que sale del cascaren.

Pero detengámonos en uno de los círculos de estos entes que son el hazme-reir de las jóvenes sensatas. Allí están cuatro de ellos con dos mascaritas á quienes tienen empeño en conocer: oigamos lo que le dice una de las máscaras, á otro de los *pollos*.

Mascarita. ¡Con que no das en quién soy
En esta noche Mariano?

Mariano. ¡Imposible!..... ¡A ver la mano!

Mascarita. Mirala: ya te la doy.

Mariano. ¡Oh!.... que mano.... deja, deja
Ver tu cara, en mi pasion.

Mascarita. Es mejor la de carton,
Pues la original ya es vieja.

Mariano. ¡Ah! pues bien tu boca salva
De ese maldito antifaz.

Mascarita. Bien: ve un poco de mi faz.

Mariano. ¡Ah! no es mas hermosa el alba,

¡Qué barba.... sí; yo me abismo....
Yo te amo tierno pimpollo.

Mascarita. ¡A una vieja amar un *pollo*!....
Seria un anacronismo.

Mariano. ¡Quieres tomar un helado?

Mascarita. No sé que dirá mamá.

Mariano. ¡Es la que á tu lado está?

Mascarita. Da misma que está á mi lado:

¡Qué dice usted, mamá mia!

Vieja. Lo que tú quieras, por Dios.

Mariano. Vamos el brazo las dos.

¡Oh dulce paloma mia!....

Y dando el brazo á las dos máscaras, se acercó á sus amigos, lleno de satisfaccion, orgulloso de llevar á su lado tan linda mascarita, y dijo á uno de ellos al oido: la niña está ya como una tortolita: dentro de media hora no respondo de su virtud.

Y aunque su mamá me aqueja
Con su pesado volúren,
Un refran dice, en resúmen,
Que no existe albur sin vieja.

Y Mariano desapareció del salon del baile, y entró con sus dos incógnitas al café, donde pidió tres helados con sus correspondientes bizcochos. Pero mientras este tierno pollo se deshace en obsequios con sus compañeras, acerquémonos á la mesa contigua, donde están sentados, Sacristia y su esposa.

— Ya te conozco, moro.

Dijo acercándose al marido, uno de los muchos que andaban sin disfraz.

— ¿Me conoces?

— Sí; quieres que te lo diga?

— Sí; pero al oido.

— Eres, Caralámpio Sacristia.

— No me descubras.

— Pierde cuidado. Y tu compañera [esto en voz alta] es tu cara costilla, no lo puede negar: su modo de andar airoso, su pié, todo es de ella.

— Estás en eso en un sueño:
Tiene aquella mas cintura:
Tiene ésta el pié mas pequeño,
Y es mas linda que mi dueño
Esta hermosa criatura.

— No me asombro: que es tu esposa,
Y nos gusta mas lo ageno:
Tu muger es muy hermosa.
— Mas no negarás, Moreno,
Que esta es mucho mas graciosa.

— ¿Con que te agrado mas que tu muger? dijo Doña Rosalio, que solo habia podido entender las últimas palabras. Pues si me quitara la carátula, mudabas de opinion.

— Seguramente: replicó Moreno, persuadido de que sabia con quien hablaba.

— Segun eso, Morenito, repuso la mascarita, no te disgusta la muger de tu prójimo?

— No; pero yo respeto las cosas ajenas; y sobre todo, la virtud de las cosas, cuando las cosas...

— Nos acosarian con un acusamiento, ¿no es verdad? Pero dime, Morenito, ¿cuál es el nombre del compañero amable que tengo?

— Eso me es imposible, mascarita, le dije su nombre al oido, para que viera que lo habia conocido.

— Bien: no tengo empeño: ya lo sabré despues.

— ¿Y tú me conoces á mí, mascarita?

— Como á los dedos de mis manos. Vas á mi casa con mucha frecuencia.

— ¿A tu casa?

— Ciertamente.

— A ver tu mano.

— Tómalala tierno y ufano,
Aunque es malo darla á fé;
Pues el hombre necio y vano,
Cuando se le dá la mano,
Se quiere tomar el pié.

—Bien tirada: exclamó Moreno.
—¿No te dije que es la gracia personificada?
—Y ahora me afirmo mas en la opinion de que es tu muger.

—Mi muger! vaya, estás loco:
¡Pues no fuera mala fiesta!....
Si mi muger aun es poco
Para descalzar á ésta.
Es aquella mala copia
De este bello original:
Moreno, mi muger propia
Es algo mas animal.

—Si ella te oyera: dijo Doña Rosario, estoy segura de que te sacaba los ojos. Pero dejemos la conversacion, y pasemos á bailar las últimas cuerdillas.

—¿Las últimas?... dijo Sacristia. ¡Pues qué, piensas retirarte tan temprano!

—Son ya las dos de la mañana; y temo que mi marido, que se ha de levantar temprano á tomar ceniza, pregunte por mí.

—¡Mamá!.... exclamó la otra máscara que estaba en la otro mesa con Mariano, ¡son ya las dos!.... ya es hora de que nos retiremos.

—Todavía tenemos otra hora: volveremos al salon.

—¡Oa!.... mamá complaciente, dijo Mariano, dando el brazo á las dos: vamos al salon. Y salieron del café, donde dejáremos á los esposos por un instante, para seguir al pollo y sus dos desconocidas.

—Nos sentaremos, dijo al pollo la mes jöven, al entrar en el salon, mientras no se baile.

—Bien, contestó Mariano: aquí hay procizamente dos

sillas. Te dejo un momento con tu mamá, mientras voy á ver á mis amigos.

Y se perdió en el gentío.

—¿Qué tal, Mariano? le preguntaron los pollos de quienes se habia separado hacia una hora, cuando le vieron llegar.

—Perfectamente: es la muchachá mas hechicera que se ha fabricado.

—¿Con qué la has visto sin pasta?

—No enteramente; pero la he visto á la holandesa, es decir á medias.

—No estoy por las cosas á medias; dijo uno de los pollos que ya iba á entrar á la esfera de los gallos. Por hacerlo todo á medias, está la nacion á medio morir. Por nuestras instituciones medio monárquicas y medio republicanas, no somos ni republicanos, ni monárquistas: por haber hecho á medias la guerra contra los Estados-Unidos, nos quedamos con media república: por haber hecho la jornada de la Angostura á medias, perdimos una batalla, cuando estaban ya medio derrotados los enemigos por nuestros valientes soldados: por hacer á medias las cosas, tenemos en medio de la plaza de armas un hacinamiento de piedras, que no ha llegado á ser ni media pirámide; y en fin, por hacerlo todo á medias, se encuentra el gobierno sin medios para pagar á los ya medio militares y medio paisanos, [los retirados] y sin hallar un remedio que lleve á la nacion por medio de la felicidad.

—No, no corro yo peligro respecto á mi mascarita: la he visto la barba y un carrillo; y estoy seguro de que es la reina del baile. Pero ya suena la música. ¿quieres hacerme el favor de entretener á su mamá, mientras yo bailo con la hija?

—Si despues me das una paloma, consiento.

—Corriente: vamos.

Y Mariano se acercó á su desconocida para salir á bailar con ella; y su amigo, el semi-gallo, quedó ocupando la silla de la jóven y acompañando á la mamá. Mariano que era atrevido en empresas amorosas, y que estaba exaltado por la gracia que hallaba en la conversacion de su compañera, le ponderaba á ésta el amor que le tenia, y concluyó por pedirle una prenda de amor.

—¿Y si te arrepientes algun día, Marianito, de haber pedido una prenda?

—No, jamás: tú eres mi vida.

—Pero ¿qué te daré que sea de tu gusto?

—Angel mio, un rizo de tu cabello.

—Mas no lo arrojes despues de que me hayas visto la cara.

—No: al contrario; estoy cierto de que cuando te vea, casé á tus piés lleno de amor.

—Ya lo veremos; pero una vez que te empeñas, ahí tienes un pedazo de mi rizo: casualmente traigo aqui una tigeras.

—¡Ah!.... muger deliciosa: lo llevaré siempre junto al corazon, dijo Mariano besando el rizo con frenesí.

Tu eres mi bien, mi embeleso,

—Mas no me engañes, Mariano.

—No, no: deja que en tu mano

Imprima un ardiente beso.

—Basta, Mariano, eso es ya pasar lo límites del respeto.

—Pardóname, hermosa mia.

¡Ah! yo estaba delirante;

Y además no es desacato

El besar un leve guante
Y no el cútis de quien trato.

—Todo te lo perdono, Marianito, porque veo que tus intenciones son puras; pero vamos á ver á mi mamá, porque ya se ha acabado el wals, y estará con cuidado.

—Pero, me prometes descubrirte antes de salir del teatro?

—Ya te he dicho que lo haré por complacerte.

—¡Oh mi bien! eh ángel de amor!

Estrella, perla en los mares:

Poma, delicada flor.....

—Solo falta me compares

A la berza y coliflor.

—¿Te burlas?

—No; no hago tal.

—¿Y crees que te amo leal?

—No; pues no es pasion discreta

Adorar una careta

En noche de carnaval.

—¿Qué prueba quieres que te dé?

—Tu constancia por ocho dias.

—¿Tan fugaz juzgas mi amor?..... te amaré toda mi vida.

—Sobre que no lo creo.

—¿Tengo á caso careta para mentir?

—Vamos, no me hagas reir,

Pues sabido y nada estraño

Es que llevan todo el año,

Careta para mentir
Los hombres por nuestro daño.

- Tú verás que yo soy la escepcion de la regla.
— Bien, ya lo veremos.
— ¡Y dónde quieres que sea el careo?
— En el café.
— Corrientes; pero que sea ahora, porque tu mamá querrá ya irse.
— Dices bien: entonces busca tú un lugar á propósito donde no haya gente, que yo te espero con mi mamá.
— Pero no vayas á largarte, en tanto que yo busco el lugar mas á propósito.
— Te doy mi palabra.
— Palabra de máscara.

Y habiendo llegado así á donde estala la respetable mamá, se retiró con el amigo que habia quedado cuidando la silla, á buscar á los otros. Pronto los encontró, y les refirió lo avanzado que iba en su negocio: sacó el ri- zo, y despues de que todos lo admiraron, lo volvió á guardar imprimiendo en él ardientes besos.

— ¡Hombre! yo temo, le dijo él que habia quedado con la mamá, que sea alguna de esas....

— ¡Quita allá!.... si la hubieras oido.... ¡qué agudeza en el decir.... que palabras tan finas!.... ¡que modales!.... Vamos, no tiene pero; y para que acabeis de desangañaros, seguidme y la conoceréis.

— ¡Cómo!....
— Me ha prometido quitarse la careta ahora mismo; y la he dejado para buscar un lugar á propósito.

— Vamos allá, dijeron todos; y se dirigieron á uno de los tránsitos donde se quedaron fingiendo que dormían, en tanto que volvía Mariano con sus máscaras.

Pero ya no las encontró solas, sino rodeadas de algunas otras con quienes estaban en animada conversacion.

— Muy acompañada te encuentro, hermosa mia.
— Sí, Marianito, todos me rodean porque me juzgan tan bonita como mi antifaz.

Y haciendo señas á los máscaras de que se acercáran, les dijo en voz baja "este es el amartelado amante."

- Bueno, contestaron,
— ¡Conque ya sabeis lo que debeis hacer cuando yo me descubra?
— Descubirnos y rodearle.
— Precisamente; pues bien, seguidnos sin que él lo note.

— ¡Vamos ya mascarita mia! preguntó Mariano.
Y la mamá y la niña se agarraron del brazo de Marianito, y se dirigieron al sitio en que fingían dormir los otros pollos: las máscaras con quienes la incógnita estaba de inteligencia, llegaron á poco tiempo desimuladamente. La casualidad, ó el ser el punto aquel el menos transitado, hizo que se encontraran cerca de donde se preparaba el descubrimiento de la jóven, los esposos de quienes hablamos al principio de este artículo, Don Caralámpio Sacristia y Doña Rosario Camándulas, los cuales tenian en aquel momento la conversacion que copio.

— ¡Con qué te vas ya, bella mia!....
— Sí, porque temo mucho á mi esposo que es enemigo de estas diversiones.

— ¡Cuánto sentimiento me causa, mascarita, el que me dejes tan pronto. Pero espero que no te retirarás sin decirme primero con quién he tenido el gusto de bailar y de pasar la noche mas feliz de mi vida.

— Pues tienes mala esperanza.
— ¡Cómo! temes que yo vaya á publicar lo que me has confiado?

— Los hombres teneis muy suelta la lengua.
— No; yo soy la escepcion de la regla; y para que

veas que mi anhelo no es otro que saber con quien he pasado estas horas tan agradables, me quitaré también la careta para que sepas quien soy.

—Corriente: solo así condesiendo con tu súplica; pues no ménos curiosidad que la que tienes en conocerme, tengo yo en saber quien eres.

—¿Pues para qué esperamos mas tiempo? ¿No es mejor que nos conozcamos ántes de que llegue el momento de nuestra separacion?

—No: porque temo, si me descubro, que rehuses volver á hablarme.

—Yo te juro que no, mascarita. Vamos quitate ese antifaz que me priva de ver tus hermosos ojos: aquí nadie te ve.

—Es preciso que tú te despojes primero del tuyo.

—Eso no es lo convenido.

—Pues no he de ser yo la que empiece.

—La razon exige que nos quitemos á un tiempo los dos las caretas para que no haya ventaja.

—Eso me parece lo mas acertado.

—Yo ya tengo desatada la mia.

—Yo tambien.

—Pues al llegar al número tres, nos descubriremos á un mismo tiempo.

—Corriente

—Empiezo, pues, á contar. Uno, dos, tres.

—¡¡Sacristia!!! dijo Camándulas sorprendida.

—¡¡Camándulas!!! exclamó Sacristia admirado.

Y ámbos esposos se quedaron como si fueran estatuas; pero mientras los dos, con las caretas en la mano, se quedaron mirándose el uno al otro, otra escena no ménos original pasaba con Mariano y su amable desconocida.

—Ya hemos llegado al sitio de mi felicidad, dijo Ma-

riano: ya te puedes despojar de esa nube que me ha estado eclipsando el sol de mi existencia.

—¿Nadie nos mira?

—Nadie.

—¿Me prometes amar hasta la muerte?....

—Hasta la muerte: de rodillas me pongo á esperar la luz de tus divinos ojos, exclamó arrodillándose lleno de amor. (Los pollos y los máscaras se preparan á ver el desenlace.)

—Pues bien, Marianito: tú lo quieres, y sea: el ser á quien has llenado de las mas finas atenciones, cuya mano has besado con delirio, y cuyo pelo llevas al lado de tu corazon, es....

—¡Acaba de descubrirte, hermo....

—¡Mira!

—¡Un hombre!....

—Sí: un estudiante de medicina.

—¿Un estudiante de medicina! ¿y tu mamá?

—Otro estudiante de medicina, contestó la que habia hecho de mamá, quitándose la careta.

—Un discípulo nuestro: añadieron todos los máscaras quitándose estas y rodeando al pollo engañado.

—¡Qué horror!..... Huyamos, Mariano, exclamaron los pollos.

—Sí; huyamos, dijo éste.

—¡Ingrato!.... ¿Tan pronto me dejas?..... le gritó el travieso estudiante, despidiendo una carcajada coreada por las carcajadas de sus condiscípulos, que secundaron con otra carcajada los esposos que volvieron de su sorpresa con el ruido hecho por los estudiantes de medicina.

—Amnistía y olvido, dijo Sacristia: todo te lo perdono: venga un abrazo, y vámonos á casa.

—Sí; amnistía y olvido, contestó Camándulas; y co-

no los dos eran delincuentes, cada uno procuró contentar al otro. Descubierta así el deseo que cada cual tenía en divertirse, pasaron al salón del baile, donde los dejaremos reconciliados con la diversión de máscaras, y confundidos entre la multitud.

Los estudiantes de medicina, jóvenes todos de buen humor, fueron en persecución de los pollos, cuando por fortuna de ellos, me encontraron los discípulos de Galeno.

—Zamacois, me dijo uno de ellos [Alfaro] acabo de ser despreciada públicamente de mi adorado amante.

—¿Cómo despreciada de tu adorado! . . . ¿estás loco? . . .

—Sí, señor; despreciada con á: y un pollo ha sido el héroe de la fiesta. Pero te contaremos despues la peregrina historia que me acaba de pasar: pero por ahora vamos al salón del baile, para ver el mundo en compendio, porque un salón de baile en noche de Carnaval, es el fiel retrato del mundo.

—Vamos allá, le contesté, y esplicame por tu vida en qué se parece un salón de baile, al mundo.

—¿Ves ese que va luciendo el brillante traje de aquel valiente espartano que con un puñsdo de valientes defendió, hasta perecer, el paso de las Termópilas, contra el numeroso ejército persa? Pues bajo ese vestido del inmortal Leonidas, se oculta, no un desinteresado patriota como intenta persuadirnos con su traje, sino un hombre degradado que, á fuerza de adulaciones, intrigas y revoluciones, ha engrandecido, con perjuicio de beneméritos soldados que yacen en la miseria. ¿Ves aquel otro que representa á Astrea, diosa de la justicia? Pues ese es un juez venal que ha enriquecido defendiendo á los malvados y malhechores, miembros podridos de la sociedad. Ese otro que va vestido con el traje de la Caridad, es un usurero que, á fuerza de traficar con los

vales de las infelices viudas, ha salido del cieno, paseándose hoy en lujosa carroza, insultando á la miseria. ¿Ves aquel otro que cubierta la cabeza con el gorro frijio va achándola de liberal? Pues ese ha sido uno de los mas tiranos en los gobiernos despóticos que hemos tenido, y el mas demócrata en los gobiernos populares: un volatin político que no pertenece á ningun partido, por la sencilla razon de que pertenece á todos. ¿Ves aquella otra que va disfrazada de beata y con gran rosario de cuentas gordas? Pues esa tiene nada menos que seis hijos; tres de su marido. . . .

Viendo que no seguía, le pregunté:

—¿Y los otros tres?

—Los otros tres, me respondió con sonrisa burlona, los otros tres son. . . . de ella.

—Eso es natural.

—Pero mira: ¿ves aquel que viene disfrazado con el traje de la fé?

—Sí, ya lo veo: sin duda será algun doctor en teología.

—¿Qué doctor en teología! . . . Nada de eso. Es un escribano que de tanto dar fé, se ha quedado sin ella. Pero ¿ves ese otro que representa la muerte, y que trae un gran acompañamiento de figuras horrendas?

—Sí.

—Pues ese tal vez es el único que representa con exactitud lo que es en el mundo.

—¿Cómo así?

—Porque es un mal médico de esos que vienen de otros países anunciándose en los periódicos como seres privilegiados; y los que le acompañan son unos cuantos boticarios y curanderos, que son, como si dijéramos los diligentes ministros de la Parca, ó la artillería volante.

—¿Y podrás decirme quién es aquella linda y joven aldeana que tan cercada está de adoradores?

— ¡Oh! la conozco como á mis manos! Fué linda como tú dices, en otro tiempo; pero desde que llegó á empacharse....

— ¡Está empachada? ¡Y de qué!....

— De una atracada de sesenta calendarios que no le saldrán del cuerpo jamás.

— ¡Con que es vieja!.... Pues buen chasco para los que la están obsequiando.

— Desengáñate, amigo: en el Carnaval, todos se disfrazan para parecer lo que no son: aquí estas viendo, y que todos los días pasa en el mundo; porque aquí lo mismo que en la calle, todos llevan su careta.

— No comprendo.

— Te lo explicaré. ¡No has visto alguna vez presentarse un patriota furibundo, clamando contra la tiranía, y en nombre del pueblo oprimido, invitar á sus compatriotas á tomar las armas, en tanto que él se queda en su casa esperando el resultado de la lucha?

— Sí.

— Pues ese decantado patriotismo, es la careta: bajo de ella se oculta la ambición, el deseo de medrar, el aspirantismo, y las ruines pasiones de enriquecer á espensas de los incautos.

— Es cierto.

— ¡No has visto algunos periodistas constituirse en frenéticos apóstoles de este ó de aquel sistema, y echándola de sábios, criticar cuanto se hace, y se escribe en el mundo?

— Sí.

— Pues ese afán en defender un partido, es la careta: si se la arrancas, solo verás que no tienen opinion ninguna: que hoy ensalzan ó denigran al que ayer criticaron ó elogiaron; y que solo tratan de vivir comerciando con los mal contentos.

— Tienes razon.

— ¡No has visto tambien alguno, que echándola de hombre moral y delicado, jura que no sufrirá mancha ninguna en su honor?

— Varios.

— Pues esa es la careta: si se la alzas, verás un hombre envilecido que tiene gran casa y lujoso coche, gracias al humillante servicio que desempeñaba con cierto poderoso que protegía á su muger.

— Muchos conozco que tienen esa filosofia marital.

— Tambien habrás visto á otros en magníficas carrozas, vestidos elegantemente, con gran reloj y cadena de oro, en cuyas casas reina el lujo mas sorprendente.

— Sí, los he visto.

— Pues esa es la careta: álzaselas, y verás que el coche, el reloj, la cadena y los muebles de la casa, lo de ben; que nada es de ellos, y que el lujo es un disfraz para seguir engañando. Pero ¡á dónde voy á parar? Seria no concluir jamás, el ponerme á descubrir lo que pasa en la sociedad en que vivimos. El pudor, la amistad, la buena fé, la fidelidad, la filantropía, el patriotismo, y todas las demás virtudes, no son mas que la careta con que se encubren los hombres. El mundo, amigo mio, no es mas que un gran teatro, donde cada individuo representa el papel que le conviene, hasta que la muerte les despoja á todos de los trages prestados con que se han disfrazado.

Y como todos los estremos se unen, el salon de baile donde todo es vida y engaño; es lo que un panteon donde todo es muerte y verdad; pues en ámbos lugares se confunde el pobre con el rico, el ignorante con el sábio, el malo con el bueno, pues si á los muertos los confunde la tierra que los cubre, aquí la careta confunde á todos los vivos.

— Tienes razon, contestamos todos; pero preferimos

os engaños del Carnaval, á las verdades del lúgubre panteón.

—Porque no veis el abismo
Por donde ciegos marchais;
Y aunque á sorprenderos vais,
Os diré, y no lo creáis,
Que á mi me pasa lo mismo.

Pero dejémonos de filosofías, y aprovechemos lo poco que nos queda de tiempo, para que nuestras palabras formen contraste con estas que el sacerdote nos dirá mañana al ponernos la ceniza: *Memento, homo, quia pulvis est, et in pulverem reverteris*, que traducidas al uso de Carnaval, quieren decir:

Disfrutad otro momento,
Gente nacida del polvo,
Del placer y del contento,
Que el padre, con dulce acento,
Dirá luego, *ego te absolvo*.

—¡Ahí acaba!

—Sí, señor gallo.

—Pues todo lo que has dicho no es mas que la verdad desnuda, pero continuaremos mi testamento, abriendo un nuevo capítulo.

—Ya estoy dispuesto.

CAPITULO XVII.

Donde verá el lector lo que le conviene evitar si ama mas su alma que su bolsillo, cosa que no es muy comun en este siglo de las luces, en que la plata es el objeto único que se ama de todo corazón.

El gallo viendo que yo esperaba con la pluma en ristre el que empezara, continuó su testamento de esta manera.

Item. Dejo un papel escrito en los términos siguientes. Lista de los objetos que acaban de llegar por el último buque mercante.

os engaños del Carnaval, á las verdades del lúgubre panteón.

—Porque no veis el abismo
Por donde ciegos marchais;
Y aunque á sorprenderos vais,
Os diré, y no lo creáis,
Que á mi me pasa lo mismo.

Pero dejémonos de filosofías, y aprovechemos lo poco que nos queda de tiempo, para que nuestras palabras formen contraste con estas que el sacerdote nos dirá mañana al ponernos la ceniza: *Memento, homo, quia pulvis est, et in pulverem reverteris*, que traducidas al uso de Carnaval, quieren decir:

Disfrutad otro momento,
Gente nacida del polvo,
Del placer y del contento,
Que el padre, con dulce acento,
Dirá luego, *ego te absolvo*.

—¡Ahí acaba!

—Sí, señor gallo.

—Pues todo lo que has dicho no es mas que la verdad desnuda, pero continuaremos mi testamento, abriendo un nuevo capítulo.

—Ya estoy dispuesto.

CAPITULO XVII.

Donde verá el lector lo que le conviene evitar si ama mas su alma que su bolsillo, cosa que no es muy comun en este siglo de las luces, en que la plata es el objeto único que se ama de todo corazón.

El gallo viendo que yo esperaba con la pluma en ristre el que empezara, continuó su testamento de esta manera.

Item. Dejo un papel escrito en los términos siguientes. Lista de los objetos que acaban de llegar por el último buque mercante.

Sistema de quedar siempre de piés: obra curiosa y útil para los volatineros políticos que guardan el equilibrio sobre la maroma de la opinion, y que llevan por contrapeso el erario nacional.

Quinientos barriles de agua, para varias vinaterías.

Un cajon con multitud de caretas, para los que tratan de quedar bien con todos los partidos.

Varios fuelles para las vindas, cesantes, ilimitados y retirados que se alimentan de aire.

Cincuenta cajas con cascarilla y colorete, para algunas señoras cuyos rostros suelen quedar estampados en las fundas de las almohadas.

Ochenta costales de mondadientes para los empleados que se han quedado sin destino, y por lo mismo sin que comer.

Veinte cajas con jabones finos, para que los aduladores hagan la barba á los que estan en el poder.

Diez baules con incensarios, para los periodistas que redactan los papeles ministeriales.

Doce cajas con tapa-oidos para los miembros de los ayuntamientos que no les tiene cuenta oír las reclamaciones que hace el vecindario para que gasten en componer las calles.

Varios ejemplares de una representacion que el bello sexo ha elevado á todos los gobernantes, y que está concebido en los términos siguientes.

Representacion que á las autoridades de todos los pueblos de las cinco partes del mundo, hacen, con el debido respeto, contra el sexo de los pantalones, el sexo de las faldas.

Considerando todas las que formamos la mas bella porcion de la criatura humana, que el subido precio á que se encuentran la *cascarilla, el colorete, los aretes,*

*las aguas de oior, las pomadas, los corsés, los anillos, los jabones de oior para las manos, y todos aquellos objetos que forman al adorno del bello sexo, dimana de que los hombres se han empeñado en rivalizar en gracias con las mugeres, apropiándose de todas las cosas pertenecientes á ellas, pintándose la cara, tiñéndose las canas, haciende desaparecer las arrugas con *toalla de Venus*, y oprimiendo la cintura:*

Considerando que los elegantes del dia, llamados poéticos, han dejenerado de la noble estirpe de los robustos varones de la antigüedad, y que en vez del fusil y de la espada que con tanto acierto manejaban aquellos, solo saben manejar el pincel de los colores con que se pintan el rostro como la mas presumida dama; la cera para retorcer y pegarse el bigote, el lente y el baston:

Considerando que necesitan estar en el tocador, ó en su *toiletta*, como ellos dicen, cuatro horas, contemplando las facciones de sus rostros; dos componiéndose la corbata para que no haga la menor arruga, y otra hora por lo menos en rizar y perfumar la luenga cabellera:

Considerando que el aire les constipa, el sol les irrita, el agua les derrite, el viento les molesta, y en fin que todo lo que pertenece al hombre desdeñan, y que tratan de imitar hasta los movimientos, los jectos y las conversaciones de las señoras, pedimos.

1º Que se les obligue á confesar públicamente si son hombres ó mugeres.

2º Que si se declaran hombres, se les prohiba el uso del colorete, de la cascarilla, del corse, de los aretes, y de cuanto es propiedad de nuestro sexo, porque los efectos femeninos bajen de precio, y para que esos jóvenes poéticos, no usurpen al bello sexo los artificios de que se vale para cautivar á los verdaderos hombres.

3º Que puesto que padecen de los nervios, se estremecen al estruendo del cañon, se levantan á las once del

UNIVERSIDAD
UNIVERSIDAD

dia, se estan mirando al espejo á todas horas, y solo pueden vivir entre vidrieras y alfombras, se les exima de toda fatiga, servicio militar y gobierno doméstico; y que cuando la Patria esté apurada, y sea necesario llamar á las armas á todos sus hijos, no se cuente con los afeminados de que hablamos, sino que se queden entregados á los quehaceres domésticos y se formen regimientos de mugeres que ayudarán al ejército, defenderán mejor que los almirarados el territorio nacional, mantendrán el orden, y se expondrán á los peligros de que ellos huyen.

4º Que puesto que todos los paises del mundo están en un desorden completo, sin que los hombres hayan podido encontrar el medio salvador de gobernarlos, se ponga á las mugeres en los primeros puestos para ver si gobiernan con mas acierto y saber que ellos.

5º Que á todo hombre que tenga medios para vivir decentemente, se le obligue á que se case á los treinta años, si antes no lo hubiere verificado, para desterrar así de la sociedad tanto zángano que anda por ahí tras la muger del prójimo, habiendo un número tan considerable de jóvenes bonitas que desean remplazar con algun fruto de bendicion, las muñecas con que se han divertido. ¡Quién tiene la culpa de que tantas doncellas mas lindas que el sol, se queden al fin para vestir imágenes, coma suele decirse, si no tanto zángano celibato que vaga por esas calles de Dios?

El bello sexo, persuadido del recto corazon de los que gobiernan, espera que será atendida su peticion, en lo que recibirá gracia y justicia. Siguen las firmas.

— ¡Vaya una representacion original!

— Pero que si bien se examina, no tiene nada de descabellada.

— Teneis razon; pero continuan dictando.

— Iten. Dejo en moda el escribir "Impresiones de

viage," aun cuando nada tengan que contar los viajeros, ni hayan salido sino á dos leguas del pueblo en que han nacido, lo cual es sumamente ridículo.

— Ya eso mismo me ha ocurrido antes de ahora; y mucho os agradeceré el que me oigas dos cartas que sobre este particular tengo escritas.

— Puedes empezar á leerlas.



CAPITULO XVIII.

IMPRESIONES DE VIAGE.

CARTA PRIMERA: donde verá el lector todo lo que le aconteció al infeliz que la escribe, con el objeto de que el prójimo escarmiente en cabeza agena.

Me diceis que por falta de cariño no te dirijo carta alguna; pero no es por ese motivo, sino porque yo queria ohorrarte la pesetilla que cuesta la carta, creyendo que, como yo, no abundabas en metales, y que mejor te sonaría el dinero, que el ruido de una carta; pero ya que

por fortuna no es así, lo cual me hace conocer que las legumbres producen mas que las letras, voy á hablarte de las *impresiones de mis viages*, hoy que está en moda el que todos escriban las *empresiones de sus viages*, aunque no hayan ido mas que de México á Tacubaya ó á Santanita, de Madrid á Carabanchel de abajo ó á Carabanchel de arriba. Cierto es que todas esas impresiones nada impresionan el corazon del lector, por mas que las impriman los impresores en sus imprentas; pero en cambio adquiere el escritor el nombre de viajero y de observador, que no es de poca importancia en estos tiempos de *ilustracion* que corren, y en que se juzga al hombre por las apariencias. “¡Qué grande es el mundo!” escribia á su padre un jóven que habia salido por la vez primera del lado de su familia para desempeñar un negocio en Cuautitlan, que dista seis leguas de México. “¡Qué grande es el mundo!” repetia con admiraciones: y su padre le contestaba. “¡Pues qué dieras, hijo mio, si hubieras ido, como yo, hasta Querétaro! Entonces sí que hubieras tenido razon para asombrarte de la inmensa estension del mundo!” Y á los seis meses de esto, hijo y padre habian hecho sudar la prensa dando á luz, con letras gordas, las *impresiones de sus viages*.

Yo, pues, que no quiero ser menos que los que nada son, y que tengo el alma en el cuerpo como cualquier hijo de vecino, y *aunde mais* mis humos de escritor, como otros muchos que no saben de la misa la media, voy á darte tambien razon de mis *impresiones de viage*, aunque algun periodista tenga la peregrina ocurrencia de llamarme plagiario, aunque haya tanta semejanza entre mis viages, y los escritos por otros, como por los cerros de Ubeda.

Aunque he tenido la dicha de viajar tanto por mar

como por tierra algunas miles de leguas, nunca me habia pasado por el majin escribir las *impresiones de mis viajes* hasta ahora que, contagiado por la moda, se me ha puesto en la chella que podré lucir, y tal vez inmortalizar mi nombre, dando á luz las *impresiones* de mi último viaje á Puebla que, como saben los que no lo ignoran, está á 30 leguas de México. Resuelto, pues, á arrostrar todos los peligros del camino, la primera impresion que sentí, y á la cual debían ir encadenadas las demás impresiones, fué la dirigida por el administrador de la casa de diligencias á mi *ético* bolsillo; impresion de siete duros que á duras penas gané, y que apenas duraron en mi poder lo que dura un durazno en boca de un hambriento de duros dientes. Tomado el asiento de la diligencia, me dijo Juan (que tambien habia cogido otro boleto para acompañarme á Puebla y de quien ya te hablé en mis anteriores) que le acompañase, por que iba á traer su maleta y el *surtú*, que era indispensable para el camino.—¿El *surtú*? ¿Y qué cosa es el *surtú*? ¿Es algun surtido de ropa; ó qué cosa es?—No es eso, ni nada que se parezca á eso, sino sobre todo, me respondió, pues, eso significa *surtú* en francés; pero espérame un momento, porque tengo necesidad de entrar á los *inodores*.—¿A los *inodores*? le dije admirado; no entiendo la palabra. Y qué vas á hacer en los *inodores*? ¿Es comedor, gabinete, ó qué cosa es *inodores*?—*Comun*, hombre, comun, y nada mas, que comun.—¿Ah! *inodores* quiere decir comun! ¿Pues por qué no decir comun, que es mucho mas propio, y no *inodores* que es voz que no se usa en español? Ya veo, proseguí, que es preciso que aprenda el francés, el ruso, el mahometano, el alemán, el italiano y el inglés para poder comprender á la gente, entre la cual vivo, pues por mas que se critique y se ridiculice, todos, y hasta algunos periodistas, si-

gueda poniendo *hotel* en vez de fonda, *restaurant* en lugar de posada, *banqueta* por acera, *monte-cristó* por gavan, &c.

—Déjate de lamentaciones; y mira acercarse hácia nosotros á Vistagorda que viene con *talma* encima.—¿Con *Talma*? ¡Infeliz Vistagorda! Pero eso es imposible, porque *Talma*, el célebre trágico francés, murió en 1826.—Si yo no te hablo del excelente actor, sino de la *talma* que trae puesta.—Con razon no te comprendia; pero ¿por qué llamarle *talma* y no *clámide*, que es voz mas hermosa y sobre todo española?—¿Por qué? porque la mayor parte de los que hablamos todas las lenguas, ignorábamos que hubiera esa palabra en castellano.—Así lo creo; pero dime ¿has entregado al comerciante que nos prestó cien duros hace ocho dias, lo que te dije?—Sí; le *enteré* setenta.—¿Le *enteraste* setenta? pero cómo le pudiste *enterar* dinero? Yo no te dije que le *enterases*, porque eso ningun bien le ofrecia, sino que le entregases.—Pues eso quiere decir *enterar*.—¿No has visto cómo en las oficinas ponen, “*enteró* don Fulano en esta oficina la cantidad &c”?—Pues si lo ponen, no lo deben de poner; porque en español el verbo *enterar*, significa, dar pormenores de alguna cosa, informar, comunicar verbalmente alguna noticia, instruir sobre algun asunto, &c., pero de ninguna manera pagar.

Iba Juan á responderme, cuando se acercó Vistagorda, á quien dimos cuenta de nuestro próximo viaje.—Pero esta noche, nos dijo; irán vdes. á la ópera?—No señor.—¿Ya se vé, ya no hay ni un asiento; y aun señoras de lo mas principal, han tomado boletos de *galería*.—¿De *galería*? le contesté; ¿pues qué, tambien los teatros tienen *galería*?—Sin duda: *galería* se llama al primer lugar empezando por el techo.—Ya comprendo ahora, le contesté; pero ese lugar no se llama en buen español *galería*, sino cazuela ó gallinero.—Será así; pero

galeria es palabra mucho mas sonora y elegante.—Si al sonido, y no á la propiedad hemos de atender, le dije, ya podemos empezar á inventar palabras nuevas, y en vez de decir en estilo vulgar, despavila esa luz, e clamar, como dice Quevedo, *suená catarro luciente*; llamar á la lengua, *intérprete del pensamiento*; á los pies, *diligentes conductores*; al estómago, *galeria de las viandas*; á la frente, *espejo de las ideas*; á la nariz, *carril acuoso*; á los ojos, *alguaciles*; *impresion del cariño*, al beso; *manjar de dorada espiga*, al pan; *cristal movedizo*, al agua; *guan-tes terráqueos*, á las botas; y así todas las demas cosas.—No me disgustaria eso, me contestó Juan; pero entremos á comprar algo para nuestro viage, en esa tienda de *abarrotes*.—Pero en una tienda de abarrotes ¿qué cosa podremos comprar?—Escelente vino, queso, y otras cosas buenas para el estómago.—En una tienda de *far-dos pequeños hechos para llenar el vacío que dejan los grandes*, pues esto significa *abarrote*, no sé yo que se venda vino, ni queso, ni pasas, ni almendras.—Pues yo llamo, me dijo Juan, tienda de *abarrote*, á todas aquellas en que se vende lo que has dicho, y además, azafran, arroz, &c., &c.—Pues esas tiendas se llaman, en buen español *abacerias*, y no tiendas de *abarrote*.

A las cuatro de la mañana siguiente, arreglado ya todo, y sentado en la diligencia entre dos señoras contemporáneas de Matusalen, en un lugar estrecho como los recursos de los poetas, y duro como la conciencia de los usureros, íbamos á emprender nuestro viage; pero por mas de un cuarto de hora permaneció quieto el carruaje, á pesar de que los cocheros pegaban á los animales para que anduvieran.—¿Por qué permanecemos sin ganar terreno? le pregunté á un tal Ambrosio, aunque no el de la carabina.—Porque uno de los caballos está *reparando*, me respondió un Fernando que iba á su lado, aunque no era el emplazado, ni Fernando el católico.

—¿Está *reparando*? ¿Pues qué los caballos están dotados de entendimiento para que puedan *reparar*?—No, hombre, me contestó Juan: *reparar* se dice cuando un caballo dá coces, brinca y manotea, sin querer andar.—Ya comprendo ahora; pero eso se llama en buen español corcobear, mas no *reparar*; pues esta palabra no pueda aplicarse á los caballos.—¿Quiera Dios que no nos salgan los ladrones! dijo la señora que iba á mi derecha, y que se llamaba Teresa, aunque no era la Teresa Panza de dulce memoria.—No tenga vd. cuidado la dije yo, que no nos saldrán.—¿Ay señor! exclamó la otra que iba á mi izquierda, cuyo nombre era Catalina, aunque no la de la espada que relumbra y no corta, eso seria para nosotros la mayor desgracia. ¿Cómo nos dejábamos registrar? Figúrese vd. que mi hermanita se *cisca* por todo.—¿Se *cisca*? exclamé yo tapándome el órgano colosal de la respiracion.—Sí, señor; y lo mismo soy yo.—¿Cómo! ¿vd. tambien se *cisca*?—Pero á cada rato, — ¡Animas benditas! pues no voy á llegar poco perfumado á Puebla, en medio de dos que á cada instante se *ciscan*! le dije en voz baja á Juan, sintiendo una impresion dolorosa en mi estómago, que fué la segunda *impresion de viage*.—¿Pero por qué? me respondió.—¿Cómo por qué! ¿Ignoras lo que significa *ciscar*?—Ya sé que es, me respondió, lo mismo que avergonzar.

Al oír esto me tranquilicé un poco, viendo que nada tenia que temer; pero sin embargo, no quise callar sin aconsejar primero á aquellos monumentos históricos de la época antidiluviana, que ocurrieran al diccionario para que supiesen el significado de la voz *ciscar* que yo por decencia no quise decir.

En estas y otras conversaciones llegamos á Riofrio: apeámonos á almorzar, nos dirigimos al comedor, en donde vi puesto en un cuadro, un papel que espresaba el precio que costaban las cosas que se vendian: acer-

quéme, y leí, *Vino del rio Rin, dos duros* No seré yo, exclamó, el que beba vino del rio, porque por muy bueno que sea el vino del rio, no puede ser mas que agua. Si hubiera vino del Rin lo compraria; pero vino del rio Rin, que lo beban los peces. Pusímonos á almorzar, y despues de una mala sopa nadando en agua sucia, sirviéronnos una ternera mas dura que la necesidad, y un pollo mas crudo que el alma de un casero. Yo que tenia mas hambre que un cesante, y menos recursos que un ilimitado, viendo que tenia que pagar lo que no se dejaba comer, entregué al que nos servia la mesas las siguientes décimas dirigidas al dueño de aquella fonda.

Echad á la cocinera
 Un regaño aterrador,
 Pues aunque soy escritor
 No tengo dientes de fiera;
 Embestia la ternera
 Que por principio nos dió:
 Hubo uno que la picó;
 Otros que la capotearon;
 Varios que al verla temblaron;
 Y otros que huyeron, cual yo.

Siguió, sin mas dilaciones,
 A la fiera un pollo ensiado,
 Que muy mas que pollo asado,
 Fué gallo con espolones:
 Con trinchador y á estirones
 Con él me puse á lidiar;
 Mas alzándose á luchar
 Del plato en que fué infeliz,
 Brincó sobre mi nariz,
 Y echó en seguida á volar.

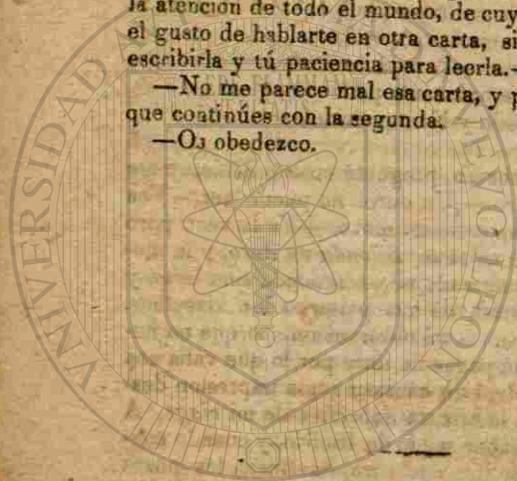
Sirvieron con ansia extrema,
 Huevos que pedir osara;
 Que aunque no tenían clara,
 Tampoco tenían yema:
 Admirado con tal tema
 Iba á exigir lo pedido,
 Cuando miré convertido
 Cada huevo, ó cada embrollo,
 En un emplumado pollo
 Mal asado y bien podrido.

Concluido el almuerzo, pregunté cuanto debía, y me dijeron que un duro.—¡Un duro! no puede ser.—Vea vd. la lista, me respondió el mozo.—Ya la ve; pero ahí dice "*almuerzo en mesa redonda un duro*, y la mesa en que yo he almorzado no es redonda sino larga y angosta como el arma de mis paisanos los vizcaínos. Pero de nada me sirvió mi observacion, porque no hubo mas remedio que pagar un duro por lo que valia una peseta, lo cual no dejó de causarme una impresion desagradable, que fué la tercera *impresion* de mi *viage*. A la media hora de haber salido de Riofrío, y cuando contando y recontando iba cual otro Santillana los pocos reales que me quedaban, vimos salir de entre los árboles del monte, unos cuantos hombres de mala ropa y de peores rostros que, abriendo sin ceremonia la puerta del carruaje, y aplicándome tres cintarazos en los hombros que se imprimieron con señales indelebles, y que formaron la cuarta *impresion de viage*, me insinuaron con la boca de una pistola que me dirigieron al pecho, que me bajara de la diligencia y que les entregara cuanto llevaba. A tan insignificante insinuacion obedecí: y poco despues aligerado de todo peso, así como mis compañeros, proseguimos nuestro camino, unos sin pantalones, otros sin levita, Juan con una camisa vieja que le habia cam-

biado uno de los ladrones por la suya, y las dos señoras con enaguas interiores y gorros, pues de los vestidos las habian despojado. La impresion que la figura ridicula que llevábamos causó en mí, fué la quinta *impresion de viage* y la mas grata. Así llegamos á Puebla llamando la atencion de todo el mundo, de cuya ciudad ya tendré el gusto de hablarte en otra carta, si tengo humor para escribirla y tú paciencia para leerla. — *Tu amigo.*

— No me parece mal esa carta, y por lo mismo deseo que continúes con la segunda.

— Obedezco.



CAPITULO XIX.

IMPRESIONES DE VIAGE.

SEGUNDA CARTA en que verá el lector lo que no desea volver á pasar el que la escribe.

Aunque en mi anterior te dije que en mi segunda carta te hablaria de Puebla, no estrañarás que no lo haga, porque bien sabes que dice un antiguo refran español, *del dicho al hecho hay gran trecho*, y á mí no me gusta poner en ridiculo á los autores de los refranes que, segun opinion general, fueron hombres de mucho saber y de gran esperiencia. No creas sin embargo que me desentiendo de ello, porque juzgue que tal empresa es superior á mis fuerzas, no; pues gracias á Dios ahí ten-

go el Diccionario de Salcedo que me daría una relación exacta de los monumentos, de los colegios, de la situación topográfica y del año en que se fundó Puebla, que, con solo una que otra insignificante modificación que yo hiciera [como lo hacen mas de cuatro que pasean por sabios] me daría gran fama de *viagero observador*. Pero á pesar de que no pretendo pasar por lo que no soy ni quiero ser, como lo intentan muchos llamados escritores que no han escrito, guerreros que no han guerreado, ingenieros sin ingenio, y viageros que no han visgado sino desde su casa al paseo ó al teatro, no puedo dejar de decirte que no es Puebla una ciudad de cartujos, cual nos la pintan los que no estando mas que de paso y algunas horas en la ciudad, quisieran que en cada casa hubiera un baile diario á que les convidaran, en cada puerta un jóven, que sin conocerles, les presentase á su familia, en cada esquina una criada que misteriosamente les entregara una perfumada esquila de alguna desconocida Dulcinea, y en cada balcon una jóven de ojos negros ó azules, pues el color poco les importaria, que se sonriera al verles pasar, manifestando que estaba su corazón cautivo en las redes de un amor inspirado como por telégrafo eléctrico; sino que es una poblacion de anchas calles, rectas y aseadas, de suntuosos y bien adornados templos, de gente laboriosa, fina y bien educada, y en fin, en donde no se carece de escogidas tertulias, buena sociedad, tatro franco y regulares paseos. Pero ya veo que, sin intentarlo, me desvié de mi propósito, así es que, dando aquí punto final á la parte descriptiva monumental y de costumbres, ataré el hilo que dejé roto en mi anterior, diciéndote que en cuanto bajamos de la diligencia, pedí un cuarto, del cual tomé posesion inmediatamente; y como en él habia dos camas, destinaron una de ellas á mi amigo Juan, que ya habilitado, lo mismo que yo, de ropa, gracias á un sastre que

nos la vendió con un doscientos por ciento de utilidad, se separó de mi diciéndome que iba á entregar una carta de recomendacion á una familia de lo mas selecto de Puebla. Viéndome solo en mi cuarto, me acerqué á leer un papel que colocado en un cuadro estaba, y que decia, "por cuarto y comida se pagan dos duros diarios." Mala *impresion de viage* fué esta para mí, atendida la estrechez de bolsillo de todo escritor, y pregunté al mozo que cuánto cobraban sin comer, porque yo ayunaba.— Dos duros, me respondió.— Es decir que si uno come? —Paga dos duros, señor.— ¡Y si no come?—Paga tambien dos duros; pero siempre seria bueno que avisara vd. que ayuna para que le traieran á vd. una ligera colacion.— No: tengo dispensa del papa, le contesté; pensaba ayunar; pero quiero conocer el modo con que guisan en esta posada, tengo curiosidad en ello.

Marchóse el mozo, y me puse á esperar á Juan, que á eso de las ocho de la noche entró por mí para que fuésemos juntos al teatro.— Estoy cansado, le dije, y no tengo ganas de ir al teatro.— Pues aunque no las tengas debes ir, porque esta noche hace la jóven B. su *debut*.— ¡Su *debut*! y qué clase de guisado es ese! le pregunté.— No es guisado.— Pues será estofado.— Tampoco: *debut* es voz francesa que significa estreno ó primer salida de una cantatriz, &c.— ¡Ah! ya comprendo. Pero ¿por qué no decirlo así y no *debut*?— Por que es, me respondió, una palabra que ya usan hasta algunos periodistas.— Eso es otra cosa, le dije: usándola algunos periodistas no hay nada que decir, sino que fuera mejor que no la usaran para que no pesara sobre ellos la nota de corrompedores del hermoso idioma español.— Pero por fin ¿vamos al teatro? me preguntó.— Ya te he dicho que no he de salir.— Pues te llevaré á casa de un amigo, donde hay una gran *saorée*. ¿Hay un gran *saorée*?... ¡Y esa gran *saorée* es alguna parienta de Sara, ó qué cosa es?— No, hombre: *saorée* es palabra francesa

que significa tertulia: voz que tambien está ya en uso entre algunos periodistas.—Pues yo, le respondí, no he de ser francés por mas que algunos periodistas de poca conciencia y tú, se empeñen en hacerme olvidar el español; pero vete, porque de todas las impresiones de viaje, ninguna me causa tanta impresion como la de oírte destrozár nuestro idioma.

Viendo Juan que yo no queria salir, se fué al mismo tiempo que entraban á mi cuarto un desconocido acompañado de uno de mis compañeros de viaje.—Aquí te presento, me dijo el último, al gracioso de la compañía dramática mexicana, que me ha suplicado te diga que le hagas el programa para anunciar la función de su beneficio; pero un programa burlesco y satírico, donde se ridiculice á esos cantantes de *estrangis* que se anuncian con mil pomposos títulos á cual mas ridiculos, diciendo que han trabajado en los teatros de las capitales, aunque no sabemos si en los teatros de los barrios.—Con mucho gusto, les respondí: tengan vdes. la bondad de sentarse mientras lo escribo, para que vdes. me digan despues si está ó no á su gusto. Y sin esperar á mas, me puse á hacerlo; y ya concluido, les supliqué lo oyesen con toda atención; y al ver que me escuchaban, empecé á leerlo de esta manera:

“Funcion extraordinaria monstruo y sorprendente para el día 8 &c., á beneficio del célebre actor y director don Agapito Alambre, primer gracioso de los teatros de Puestó-Nuevo, de la Retama, del Reloj, de los de Chalco, Santanita, Pénjamo, Tesmélucan, &c., &c.; tesorero general de las viudas, retirados, cesantes é ilimitados; director de las escuelas de declamación que se piensan establecer dentro de algunos siglos en las montañas de Africa, en los desiertos de Arabia, en Chalma, Amecca, Chamacuero, &c., &c.: caballero condecorado con las condecoraciones y cruces efectivas del matrimonio, de

la pobreza, del sufrimiento, &c., &c., y con las supuestas, segun el papel de los dramas que represente, de Galatrava, de Malta y de Carlos III, &c., &c., y mas &c.: miembro de todo su cuerpo, y cuerpo de todos sus miembros: socio de todas las sociedades públicas: respetado por varios reyes y principes [de apellido] alcaldes de barrio, inspectores y suprefectos: aplaudido con aplausos plausibles, por todos los ciudadanos de las ciudades ciudadanas, aldeanos de las aldeas aldeanistas, y por las poblaciones de los pueblos poblados. A una sinfonía sinfónica monstruosamente mónstruo en su mayor monstruosidad, se alzará el telon de tela de telar, dando principio á la principal comedia cómica, en cinco actos activos, del celebrado y célebre escritor de escritos don Pascual Pascal que la intituló con el título

La tutela tutelar de un titulo,

ó sea

Hambre, hombre, hombro y hembra.

Dando fin para finalizar la divertida diversion, con la tragedia trágica.

Los trajes de los Trejos, en las trojes de Trajano.

¡Le gusta á vd. el programa? le pregunté.—Muchísimo me respondió el gracioso, porque todos concerrán que es una sátira satírica, contra toda natibilidad notable que se nota en estos tiempos temporales, en que cualquier zaseandil se anuncia con anuncios como cantantes de todos los reyes de la tierra, y como *primos bajos, primos tenores y primas donas del Castelo*, &c., &c., con cuyo charlatanismo consiguen desplatear al público con pejuicio de los buenos artistas del país.

Viendo que estaba el programa á su gusto, se lo entregué, y se marchó dándome las gracias por el favor, al mismo tiempo que Juan volvía del teatro.—Has hecho bien de no ir á la función; exclamó con disgusto; la joven en su *debut* ha hecho *fiasco*.—Maldito si entiendo lo que me quieres decir con el *debut* y el *fiasco*.—¡No te dije ya, me respondió, lo que significa *debut* en francés!—Sí; ya sé que es estreno, ó primer salida; pero esa expresión de *hacer fiasco*, y que á mí me da asco oírlo, ignoro lo que quiera decir en el idioma de Francisco I, que ha sustituido al idioma español.—No, hombre: *fiasco* no es voz francesa, sino italiana, que significa que la actriz disgustó, desagradó, fracasó ó fastidió.—¿Pues por qué no decirlo así, y no haciendo esa reunión de lenguas que me hace creer que nos hallamos en otra torre de Babel?—Porque está muy en moda, me respondió, el echar mano de lo ageno y vestirnos de lo que no nos pertenece.—Quiere decir, le respondí, que hemos retrocedido á la época de la conquista, en que los indios cambiaban el precioso oro por cascabeles y latón. ¿No es el español uno de los idiomas mas ricos y sonoros? ¿Por qué, pues, despreciarlo echando mano de palabras tan poco sonoras como *debut*, *fiasco*, *diletanti*, *cupé*, *soaré*, *restaurant*, *surtú*, *toaleta*, y otras mil y mil que no son otra cosa sino lunares, y lunares horribles que se empeñan en colocar en nuestro hermoso idioma algunos monos que han leído tres ó cuatro novelas francesas, y que la echan de ilustrados y hombres de mundo?—¿Me toca á mí la sátira? me preguntó Juan sonriendo.—Tú sabrás si te corresponde; le respondí; y á propósito de *soaré* ¿qué tal son las jóvenes á cuya casa viniste recomendado?—Dos de ellas muy francas; pero la otra muy *física*.—¿Muy física? pero ¿cómo puedes tú calificar cuando ni aun nociones de física has recibido? ¿sabes que dá lecciones de física esa joven?—No, hombre; no

quiero decir que sabe física, sino que es muy *física*; esto es, que finge ruborizarse de todo, que tiene asco de cualquier cosa, que....—Ya entiendo lo que me quieres decir con *física*: que es melindrosa.—Eso, eso, melindrosa; sino que no me acordaba de la palabra en español.—Bien digo, le respondí, que ignoras tu idioma, por aprender los de otras naciones; por lo cual dentro de algunos años no te entenderán ni franceses, ni italianos, ni españoles, ni ingleses, pues será tal galimatías el que hables, que difícilmente te harás entender.

Juan iba á cuntestarme, pero en aquel momento entró el mozo anunciando que ya estaba la cena, y dejamos la conversacion, como dejo tambien el proseguir dándote razon de las *impresiones de mis viajes*.—*Tu amigo*.

—¿Acaban ahí las impresiones de viaje?

—Sí, señor gallo.

—Pues no me parece mal ridiculizada la manía de escribirlos; y solo siento que entro tus artículos no hayas tocado algo respecto á los médicos que nos vienen de *extranjis*, porque así me habieras ahorrado el hablar de ellos.

—Precisamente tengo escrito uno.

—¿Sí? Pues me alegro; y emplázamele á leer, abriendo un nuevo capítulo.

—Allá vá.



CAPITULO XX.

EL MEDICO.

Donde verá el lector con qué facilidad se vá para el otro mundo todo hijo de vecino.

Pues señor [escelente modo de empezar una historia] como los poetas tenemos* [me he tomado la libertad de entrar en el número de ellos sin licencia del Sr. D. Apolo y C^{ta}] privilegio esclusivo, concedido por nosotros y ante nosotros, de penetrar en todas partes sin que nadie nos llame, como pobrecitos curiosos y habladores que somos, salvo ninguna excepcion y al mismo tiempo nos suele

prestar D^a Musa [muy conocida de sus conccidos] sea vista de linca que al través de las mas gruesas paredes y de las mas largas distancias ve cuanto pasa en toda la redondez del mundo, me propuse una noche dar un paseo visual por el interior de las casas de algunos presonages, con el objeto de descubrir la piedra filosofal de ganar dinero, metal prodigioso, con el cual pasan por sábios los brutos, resorte que conmueve el sensible corazon de las hermosas, y materia llena de virtud que rejuvenece á los ancianos, endereza á los jorovados, da garbo á los cojos, hermosura á los bizcos y chatos, orgullo á los necios, é importancia á los tontos. Sentéme, pues, en mi silla coja y sin respaldo, y sin moverme de mi cuarto [esta es otra de las muchas ventajas que los poetas tienen sobre los demas hombres] púseme á pensar á quién haria mi primera visita; y despues de mil reflexiones, me figé en que fuera un medico de gran fama, segun los elogios de los periódicos, el personage en cuestion, tanto porque tenemos nuestra vida en manos de ellos, cuanto por esa facilidad con que suelen dar pasaporte para el otro barrio, á donde deseo ir lo mas terde posible. Animome tambien á que fuera un médico el que mereciera mi primera visita, el deseo que siempre he tenido de aprender, y sobre todo, de permanecer en este pícaro mundo; y como sé que con semejantes sábios hasta las mulas que los llevan aprenden á curar, quise penetrar en el cuarto de mi elegido para iniciarme en la difícil ciencia de matar á los sanos, me equivoqué, de sanar los enfermos. [1]. Y no se crea que es exageracion

(1) No habla mi artículo con los médicos mexicanos que por fartona aun no están contajados por el charlatanismo, sino con algunos aventureros que vienen de otros países y se anuncian como salvadores de la humanidad. Ni podia ser de otro modo: me honro con la amistad de varios médicos mexicanos, Bolaños, Eraso, Villagran y Sariñana á quien he dedicado esta obra, fa-

la de afirmar que hay algunas mulas que saben tanto en medicina como algunos médicos gracias a que los llevan encima; y para probarlo, copiaré un trozo de una comedia antigua intitulada: "Tambien la afrenta es veneno," el cual habla mas alto en favor de los médicos, que cuanto pudiera decir en abultados volúmenes: dice así.

Acóse un médico á ablar
 A otro médico estafermo,
 A la puerta de un enfermo
 Que él venia á visitar
 De una apostema ó flemo,
 Que en la garganta tenia,
 Y sobre cómo vivia,
 Trabaron conversacion.
 Y para hablar sin trabajo,
 La mula al portal envia,
 [Es á saber que vivia
 El enfermo en cuarto bajo.]
 La mula con desenfado,
 Con gualdrapa y ornamento,
 Se fué entrando al aposento
 En donde estaba acostado.
 El enfermo que sintió
 Herraduras, con dolor
 Dijo: *este es el doctor;*
 Sacó el pulso y no miró.
 La mula que miró el brazo,

cultivos todos de reconocido mérito, y era imposible que tratara de denigrarlos. Entiendan, pues, los buenos médicos, que si alguna vez parece que se habla en general, no es sino por dar mas vida al artículo, pero de ninguna manera para ofenderles, pues como antes dije, mi objeto es criticar á los charlatanes que nos vienen de otros paises.

Sin saber sus accidentes,
 Tomó el pulso con los dientes
 Con grande desembarazo.
 El volvió el rostro con tema
 Y salió á echarla en camisa;
 Pero dióle tanta risa,
 Que reventó la apostema.
 El médico que la vió,
 Para que el mozo la agarre,
 Le dijo á la mula: ¡arrel!
 Y él dijo al médico; ¡jjo!
 Señor doctor, yo he quedado
 Absorto del caso y mudo:
 La apostema que él no pudo,
 Su mula me ha reventado.
 Y si esto otra vez me pasa,
 Aunque el caso me atribula,
 Envieme acá su mula
 Y quédese usted en su casa.

Ya ustedes ven si esto solo no prueba de una manera terminante, el adelanto de la medicina. ¡Una mula de un médico que cura como su amo! Y si la mula siendo mula sabe tanto, ¿cuánto no sabrá el doctor siendo doctor y habiendo hecho sus estudios en las universidades, y abriendo en los anfiteatros los cuerpos de los que murieron de distintas enfermedades, auxiliadas de algunas pócimas recetadas con la mayor frescura, despues de haber hecho al enfermo que sacase una cuarta de lengua, de tomarle el pulso, y de asegurarle con el mayor denuedo, que de su cuenta corre su salud, aunque interiormente se persuada de que todos sus estudios no le prestan mas luz que la que arroja una vela... apagada? Sin embargo, el médico nunca muestra duda alguna de la eficacia de las medicinas que manda, y despues de estender su

receta ó sentencia de muerte, pues sentencia de muerte y receta son sinónimos, sale á la calle satisfecho de que gracias á sus doce años de estudio, sabe... nada.

Estas consideraciones y otras muchas que considero considerará el considerado lector, me hicieron dirigir la vista hácia el gabinete de un émulo de Hipócrates, que puestos sus grandes anteojos sobre su roma nariz, se apoyaba sobre una mesa cubierta de calaveras y huesos que manifestaban lo diestro que estar debía en despachar vivientes, con aquella sangre fría con que apoyado en el puño de su espada, contempla un general en medio del campo de batalla, los cuerpos de las víctimas que han perecido, merced á la sábia combinacion de sus operaciones. Pero ¿por qué está con la pluma en la mano y en extremo pensativo, fijos los ojos sobre un papel? ¡Acaso estará inventando un nuevo sistema curativo, ó levantando el plano de algun nuevo panteon donde quepan las víctimas que deben sucumbir en manos de tanto inesperto Galeno que anda por essas calles de Dios?

El papel que tiene sobre la mesa y en el cual acaba de trazar algo, debe desengañarnos. Pero ¡qué veo! no es ni un nuevo sistema de matar, quise decir de curar, ni el plano de un panteon, sino una cosa algo mas santa y humana; el encabezamiento dice: "Exámen de conciencia. ¡Un médico haciendo exámen de conciencia! trabajo tendrá para acordarse de todas las pócimas que le han dado un resultado contrario al que pretendia. Pero leamos el exámen de conciencia, que no dejará de ser bastante curioso, para que así viendo pintado á un médico por sí mismo, enmudezca tanta lengua mal intencionada que los ha bautizado con el título de "Ministros de la muerte."

EXAMEN DE CONCIENCIA DE

UN MEDICO!

Yo D. Ajenjo de Calomel, doctor en medicina; y médico de cámara de S. M. el rey de H., sócio de todas las academias del mundo, y miembro de todos los cuerpos científicos del orbe, charlatan de primera clase, inventor de varios sistemas para no padecer despues de muertos, y autor de un específico contra la muerte &c., &c., &c., conociendo que la Parca, á la que tan buenos servicios le he hecho, no guarda consideracion ni aun á los que hemos cumplido con la mision que á ella le concediera Dios, he resuelto retirarme del campo de batalla ó de la curacion, que es lo mismo, y pasar los últimos dias de mi vida entregado al arrepentimiento mas sincero, para lo cual he resuelto hacer mi exámen de conciencia, el cual es mi voluntad que se publique despues de mi muerte para bien del prójimo y disgusto de los boticarios. Confieso, pues:

1º Que la medicina data desde el pecado de Adán, el cual fué el primer comadron de su época, época mucho mas adelantada que la nuestra en esta ciencia, pues no hay noticia de que á Adán se le muriera, en todo el tiempo que ejerció tan notable facultad, niño ninguno, cuando ahora, pocos médicos podemos decir otro tanto.

2º Así como Adán fué el primer comadron, he descubierto tambien, gracias á mis investigaciones y largo estudio, que el primer médico malo, fué Caín, el cual aplicó una sangría á Abel con la quijada de un burro, porque aun no estaba descubierta la lanceta: así es que, se puede asegurar que la muerte debió su primer víctima á un médico que erró la cura, como la he errado yo

mil veces: de suerte que los médicos tenemos la gloria de contar nuestra ascendencia desde Caín, aunque hemos mejorado el sistema de despachar vivientes; lo cual prueba que, aunque los instrumentos y el modo de usarlos son diferentes, los efectos son los mismos.

3.^o Como en el *siglo ilustrado* en que vivimos, lo que está mas ilustrado es el modo de engañar al prójimo con *ilustrados conceptos*, y para poder engañar es indispensable que primero haya prójimos que le escuchen á uno, los médicos charlatanes, en cuyo número tengo la franqueza de contarme, ya que no pueden poner á la puerta de su casa un mozo tocando el bombo para llamar la atención del público, como lo hacen los volatines, se hacen pregonar por medio de los periódicos, insertando cartas de curas asombrosas que son el cebo en que caen los crédulos y los incautos, con perjuicio de su poca salud y con provecho del bolsillo del médico, que se rie á sus solas del efecto que ha producido su modo de anunciarse.

Una cosa de estas me dió á mí tal reputacion en una ciudad á que llegué, que no quiero pasar sin contarla. Había una señora muy rica que hacia algunos años padecía una ligera indisposicion de estómago, indisposicion de facilísimo remedio; pero que el médico la mantenía para mantener el boato de su casa. Al saber mi llegada por medio de los periódicos en que me hice anunciar, publicando cartas en que se hacian mil elogios de mí, como que eran dictados por mí, me suplicaron que fuese á verla; y yo, revistiéndome de un exterior afectado, y vestido de negro con guante blancó, grandes cuellos de camisa, que me llegaban á las orejas, y llevando en la mano un grueso baston con vistosas borlas, entré á la alcoba de la enferma, que me esperaba rodeada de varias personas de lo mas notable de la ciudad. Saludé con afectacion estudiada, me saludaron con respeto, y

santándome al lado de la paciente, le pregunté qué cosa padecía. ¡Ay, señor doctor, me contestó; padezco, hace algunos años, del estómago. Eso se llama *agastralgia*, le contesté, á cuya palabra todos me miraron con asombro, creyendo que habia dado en el quid de la dificultad. ¡A ver la lengua!.... La enferma sacó una cuarta de lengua que yó fingí observar con algun detenimiento; torcíela despues el pulso con el reloj en la mano; y despues, para hacer creer que yo era un sábio, y adquirir fama entre aquellas familias, exclamé ahuecando la voz, y escondiendo la barba entre mi ancha corbata. La enfermedad, señora, ha tomado demasiado cuerpo; pero yo respondo de destruirla. El apéndice *xifoides*, articulado con el *Stenon*, habiéndose prolongado y *luxado* en su cavidad *articular*, tira la estremidad de la *pleura*, comprime la *porcion cardiaca* del estómago y los nervios comunican á la estremidad *pilórica* la sensacion dolorosa; estos siguen con el *duodeno*, con el *ilio*, y se *iradian* á la region *hepática*, y tal vez de aquí parten hasta el *gran simpático*, por lo cual tiene vd. todo el *aparato* conmovido y en situacion *enormal*. Esto es lo que vd. tiene; pero está conocida la enfermedad, y el remedio es infalible. Al oirme hablar de esta manera, noté que todos estaban con la boca abierta y que movian la cabeza en señal de aprobacion. La enferma, sobre todo, quedó tan satisfecha de la explicacion científica que hice de la enfermedad, que dijo que desde aquel momento no queria curarse sino conmigo, porque yo, y solamente yo, habia conocido su mal.

Satisfecho del buen éxito que habia alcanzado con mi charlatanismo, receté *camomilla* [agua de manzanilla] con lo cual y la fé con que la tomó la enferma, recobró en dos dias su salud, corriendo por toda la ciudad la fama de tan maravillosa curacion, por la cual me pagaron mil duros, que, en mi concepto, estaba bien pagada con

des reales. Sin embargo, queriendo sacar todo el partido posible del entusiasmo que habia causado la cura de un ligero dolor de estómago, supliqué á la señora, que se dignase escribir una carta donde manifestase la asombrosa curacion, con el objeto de publicarla en los periódicos; y habiendo contestado que la dictara á mi gusto, lo hice así, haciendo que se insertara en los papeles públicos, en estos términos.

“Extraordinaria, maravillosa, sorprendente y milagrosa curacion.” Los grandes génios que cual luminosas, lumbreras descienden á la tierra para mejorar la triste condicion de la raza humana, solo aparecen de siglo en siglo, para patentizar de una manera inequívoca, el infinito grado de amor con que el Hacedor del mundo mira á su privilegiada criatura llamada hombre. Uno de estos colosos génios, se ha presentado SS. RR. en esta afortunada ciudad, como un ángel enviado por el Señor para dar salud á los desventurados que gimen en el lecho del dolor; y este gran génio, este ángel, es el doctor en medicina don Ajerjo de Calomel, el cual me ha sacado de las puertas del sepulcro con una medicina inventada por él, después que todos los médicos de la ciudad se encontraron ineficaces para salvarme; por cuyo motivo creo que está sin duda inspirado por la Divinidad. Dignense vdes. pues, SS. RR. dar cabida en su acreditado periódico, por bien de la humanidad, á estas cortas líneas, favor que los agradecerá su afectísima S. Q. B. S. M.

Serafina Linaza.

La gran medicina, como antes dije, no era mas que un poco de agua de tanzanilla que yo mismo la llevé diciendo que era un específico inventado por mí tras quince años de estudio, pero esto solamente lo sabia yo; y el público al leer en todos los periódicos, que habia

llegado un médico que arrancaba á los enfermos de las puertas del sepulcro, acudia lleno de afán á mi casa pagándome á subido precio los remedios preparados por mí para curar todas las enfermedades.

4º Preciso es confesar que si es cierto que de los audaces es la fortuna, la andacia personificada somos los médicos, porque no hace un químico estudioso, las experiencias que hacemos nosotros con el cuerpo de nuestro prójimo, aunque con la ventaja de que si hacen las medicinas el efecto contrario, se alega que ya era la voluntad de Dios; y si da el que ni el mismo médico lo esperaba, el provecho y los elogios son para él, cuya sabiduría y ciencia ya es imposible ponerlas en duda. Acuérdome, entre otros muchos casos, de uno que acabó de sentar mi reputacion. Fuéronme á ver para que visitara á un enfermo desahuciado; y esto aunque parece malo á primera vista, trae ventajas incalculables para un médico; porque si el enfermo muere, se dice que ya era cadáver cuando llamaron al nuevo facultativo, y si sana, le da un renombre que na die le puede disputar.

Vi, pues, al enfermo, le hice sacar la lengua, que es una de las formalidades de estilo, toméle el pulso, y después de ponderar el riesgo en que estaba, ordené como única medicina que habia que darle, una sangría que llená un vaso como de medio cuartillo que me enseñaron. Después de haber ordenado esto, me salí, prometiendo volver á la noche. Así lo hice; pero ¡cual fué mi asombro, cuando en vez de encontrarle muerto, como yo esperaba, lo hallé sentado en la cama hablando con los que á su lado estaban! Confieso que al ver aquel alivio, me enorgullecí de mí mismo, juzgándome superior á Galeno y á Hipócrates. Aquella era una resurreccion, y tal resurreccion era debida á mi talento. Verdad es que mandé la sangría sin saber el efecto que causaria,

y que estuve para mandar una purga ó unas friegas; pero esto no quitaba el mérito á mi curacion, pues tambien las casualidad tienen su mérito.

Por lo que veo, dije acercándome á la cama del enfermo, dándome toda la importancia propia de uno que ha obrado un milagro, la sangría ha hecho un efecto maravilloso. ¡Ay señor! exclamaron dos viejecitas: ¡santa sangría, pero nosotras le hemos dado dos.—¡Dos sangrías! —Sí señor: la primera la bebió en cuanto vd. se fué, y la segunda, hace media hora. Al oír esto, comprendí que habian equivocado la medicina, y que en vez de aplicarle una sangría que le sacara ocho onzas de sangre, le dieron un refresco de sangría que le volvió la vida, que yo poco antes me enorgullecí creyendo que era debida á mi talento. Sin embargo, lejos de manifestar sorpresa, les dije. Era el único remedio que encontraba: otros médicos le hubieran recetado sanguijuelas que le hubieran debilitado; pero yo que he hecho un estudio profundo de las enfermedades, le receté una sangría; porque conocí que solo ella en el caso desesperado en que estaba el enfermo, podía obrar una reaccion, como voy á explicárselo á Vdes. Mandé esa sangría para que refrescara la regiones *gástricas* é *hijogástricas* donde operándose *absorcion*, pasó á la region *nefrítica*, á la cual refrescando y descendiendo por los *uréteres* pasó á juntarse con la vejiga, pasando de allí á la *uretra*, saliendo despues arrastando en la orina el *ácido úrico* que ha dado el resultado asombroso que vemos, y por lo cual la convalecencia del enfermo es ya *incipiente*. Al oír hablar en estos términos, todos quedaron absortos; y yo me sali mucho mas, viendo curado con una sangría, al que yo hubiera matado si le hubieran aplicado la que yo mandé. Tambien esta curacion hice que se publicara por todos los periódicos con el título de "Una re-

surreccion," lo cual me dió tal nombre, que me faltaba tiempo para poder visitar á todos mis nuevos enfermos.

5º. El quinto no matar, nos dice nuestra madre Iglesia; pero aun cuando es cierto que los médicos jamás matamos por voluntad, si solemos despachar muchísimos para el otro barrio, por ignorancia, ó porque erramos la cura, que todo es lo mismo. De esto tengo bien cargada la conciencia. Acuérdomede de que á uno que tenia *pericarditis* [inflamacion del pericardo] le curé por *aneurisma*, y queriendo ligar la *arteria subclavia* con lo cual creí sanaria, le hice la operacion, que no servió sino para despacharle al campo santo: entonces abrí el cuerpo, y ví que me habia equivocado, y que en vez de ligar la *arteria subclavia*, ligué la vena. Por fortuna era pobre, y aquel muerto se fué á la hoya sin que nadie supiera que habia vivido, como sucede siempre con los pobres. A otro que tenia vinateria y que estaba malo de *epilepsia*, creyendo que en su juventud hubiera bebido bastante, le curé por *delirium tremens* (enfermedad que viene del exceso en el beber). Mandele en consecuencia que lo metieran en agua fria y que le pusieran un casqueto de hielo, con cuyo remedio tuve el sentimiento de verle caminar para el otro mundo de una fuerte pulmonía, con la velocidad con que se comunican las noticias por el telégrafo. Por fortuna no tenia por herederos sino á dos sobrinos, los cuales queriendo mas á la herencia que á su tío, dijeron que no era culpa mia, pues yo habia agotado los recursos de la ciencia por salvarle; pero que contra la voluntad de Dios nada podian los hombres; con lo cual mi reputacion no sufrió menoscabo alguno; antes por el contrario, me mostraron tal aprecio desde entonces aquellos dos sobrinos del difunto, y me pagaron tan liberalmente mi trabajo, que yo quedé admirado de ver el aprecio que de mi ciencia hacian. En otra ocasion á un herido que tenia el *peritóneo* [redaño] y una *asa* de

TESTAMENTO DEL GALLO.—22.

intestinos fuera, le metí el primero y le ligué la segunda, dando por resultado el que le atacase un ferez cólico que lo llevó á la eternidad y á mí al conocimiento de mi mucha ignorancia, aunque tampoco de esto se siguió mal ninguno á mi bien sentada reputacion, por la casualidad de ser pobre el despachado.

6º Otra de las cosas de que tengo que acusarme y que denunciarla al público para que no malgaste con los émulos de Hipócrates el dinero que para cosas mas útiles pudiera hacerle falta, son las llamadas *juntas de médicos*, que no se reducen á otra cosa sino á charlar de asuntos que están bien lejos de interesar á la salud del enfermo, si es que desea la salud temporal y no la eterna. Desde que me dieron el *salvo-conducto*, ó despacho de médico, para disponer á mi voluntad de la vida del prójimo sin responsabilidad ninguna, no me acuerdo haber hecho, ni haber visto hacer, cosa de provecho en las tales *consultas*. Muchas veces me he encontrado en ellas con otros dos compañeros á quienes han citado como á mí, y con el médico de cabecera, haciéndonos pasar á una pieza contigua á la que ocupaba el enfermo, y siempre me ha ocurrido aquel refrán vulgar que dice: "entre muchos oficiales se acaba mas pronto la obra" Sentados allí con toda la comodidad que las sillas poltronas prestan, el médico de cabecera, provisto de todos los decretos de muerte, ó recetas que ha estendido contra la salud y el bolsillo del enfermo, las muestra á sus compañeros, haciendo una relacion de la enfermedad, y de los motivos que ha tenido para mandar aquellas medicinas, y que ellos escuchan con una seriedad que haria creer á cualquiera que no les conociese, que cada uno de ellos era el que poseia la ciencia de salvar al moribundo. Por supuesto que aquí tampoco se echan en olvido los términos técnicos de la profesion, con los cuales trata cada uno de manifestar que por lo

menos ha aprendido de memoria aquellas palabras de un libro que trata de medicina, esto es, de *patología* que es la ciencia del *pato* si hemos de juzgar por los resultados que dá. Así es, que si, por ejemplo, la enfermedad es de *tisis*, dice el médico de cabecera despues de hacer una relacion prolija de la enfermedad. "Compañeros: le he mandado lo que dicen las recetas que manifiestan el método curativo que vdes. han tenido la bondad de examinar, porque los *tubérculos* pulmonares, de donde se reduce el estado de *caquexia tuberculosa* que presenta el enfermo, la *egofonia* y *brancofonia* que tiene, así como la tos continua y la nataraleza de la *espectacion*; la *sonoridad* que se percibe por la *percusion del torax*, como tambien los ruidos *cavernosos* per la *auscultacion*, indican la existencia de *cavernas*, pues aparece casi completo el *pectoriloquio*: debiendo notar igualmente que hay úlceras en la *larinje* y la *tráquea*, pues hay ronquera y ardor en la *larinje*, á la entrada y salida del aire; y es razonable suponer que existen *tubérculos* en el *tubo* digestivo si atendemos á la falta de digestion, á los dolores *abdominales* y á la diarrea *colicativa* que se ha declarado; no debiéndose olvidar de que los sudores *nocturnos* son abundantes, y extraordinaria la postracion de las fuerzas del enfermo: todo lo cual, como antes dije, me ha hecho adoptar el sistema que vdes. han visto en mis recetas.

Entonces cada doctor tomando la palabra á su turno, y expresándose en los mismos términos que el primero, dice que su opinion es en todo igual á la de su compañero, cuya ciencia y uno admira, aun cuando vea que ambos le han puesto al enfermo con un pié en la sepultura. Ventilado un asunto de tanta importancia en menos de cinco minutos, y provisto cada doctor de un enorme puro habano, hablan, para alargar el tiempo de la consulta, de la ópera y de los cantantes, de los hermo-

unos caballos que ha comprado uno de ellos para un coche que va á recibir de Paris, del excelente piano que otro ha comprado para su hija, de la guerra de Oriente, y de otra porcion de cosas tan triviales como estas, y con las cuales consiguen que transcurra una hora ú hora y media, que es el modo de dar importancia á las enfermedades, mérito á la ciencia, esperanza al enfermo, y pesetas á los médicos. Aprobado por unanimidad de votos todo lo dispuesto por el médico de cabecera, los llamados para la consulta se despiden diciendo al dueño de la casa que todo lo que habia hecho su digno compañero era digno de elogio, y que el método curativo que seguia, era el único que podia salvar al enfermo.

7º El denigrante epíteto de *matasanos* que nos suele aplicar el público, confieso que es injusto, no porque nuestros brebajes no tengan la suficiente virtud para destruir las mas robustas naturezas, sino porque nunca el que está bueno comete la locura de llamar á un médico que le buscara con su ciencia una enfermedad. También me parece injusto el que al ver entrar á un médico en una casa digan "¿quien irá á morir?" como si médico y muerte fueran sinónimos. Yo no digo que no haya alguna semejanza entre ambos; pero jamás convendré en que son iguales, y mucho menos en que abriguen deseos parecidos. La muerte, por ejemplo, se acerca al lecho del enfermo armada de su cortante guadaña: el médico se acerca provisto de lanza, que esto quiere decir *lanceta*, de cimitarra, pues no es otra cosa el bisturí, y de cortantes cuchillos, que con decir cuchillos ya se dijo alfanje, espada de dos filos y bayoneta: la muerte le hace sacar la lengua al enfermo: el médico le obliga á hacer lo mismo, pero con distinto objeto: la muerte le quita las fuerzas con su aliento: el médico se las quita por medio de una rigurosa dieta y de algunas sangrias: la muerte por fin le aplica la guadaña al corason y le

priva de la vida, y el médico le aplica una pócima al estómago que le lleva á la sepultura; (se entiende que al enfermo y no al médico.) De manera que la muerte presentándose como enemiga y el médico como salvador del enfermo, no pueden ser iguales en nada, aunque la guadaña de la una y la receta del otro den el mismo resultado. Queda probado, pues, que el médico no mata sino que con la intencion mas sana le quita al enfermo la vida; y ya se ve que no es lo mismo lo uno que lo otro. Además tiene ese don de consolar al paciente con su vista, y es tal la preocupacion del enfermo, que con solo ver entrar al médico en su alcoba, siente un maravilloso alivio, principio del descanso eterno que le espera.

Aunque no hay mandamiento que prohibe el que el médico alargue la enfermedad del paciente, quiero acusarme para satisfacer mi conciencia, de que así solemos hacer cuando el enfermo paga bien y no corre riesgo su vida: porque el hombre es preciso que se mantenga, y siendo el médico tambien hombre, suele mantener la enfermedad para mantener su familia; que nada hay mas justo ni mas provechoso para el... médico.

Otro de los consejos con que quiero pagar en parte lo mucho que les debo á tantas familias que, gracias á mis recetas han quedado huérfanas, es el que no llamen jamas á médico alguno hidrópata, á esos para quienes la medicina es un bautismo que todo lo cura con agua, ya por medio de regadera en que le vuelven á uno en planta, ya por medio de sábanas mojadas con que le secan el bolsillo, ya dándole á beber tres tinajas de agua cada cuarto de hora en cambio del vino que él bebe con el producto del *sorbete de ranas* vendido á subidísimo precio. Y digo que no llamen jamas á ningun médico apasionado del agua, porque ¡hay cosa mas fácil, por ejemplo para los que tienen la fortuna de enfermarse en

México, como tomar baños de agua fría de la manera y á la hora que quieran? El que padece reumatismo tiene mas que pasar por ciertas lagunas, quise decir calles en donde dá el agua hasta las rodillas, tomando así un baño de piés que mandado por el médico le hubiera costado un duro, sin contar el importe del agua llevada por el aguador? Verdad es que hay algun riesguillo en irse á bañar en las calles, porque algunas de ellas están con tanto esmero *desentrosadas*, que tienen lo propiedad de cortar una pierna con la prontitud con que lo pudiera hacer un médico; pero en fin, algo se ha de arriesgar cuando se trata de ahorrar lo que se le daría á un idrópata, y sobre todo al aguader.

Cierto es que la reflexión que hacen los médicos apasionados del agua para beber vino, es fuerte, porque dicen: el hombre es *polvo* y en *polvo* se ha de *convertir*: el polvo, si se le echa agua, se convierte en tierra que es cuerpo mucho mas sólido, y la tierra si se saca al sol adquiere una solidez admirable: *ergo*, el hombre aquel á quien le ataca cualquiera enfermedad, está convirtiéndose en polvo, así es que echando agua á la parte enferma que es la que se encuentra en estado de polvo, vuelve adquirir la solidez primera, y uniéndose al todo, hace que el individuo quede enteramente hábil, como queda una tinaja agujerada en estado de servir, cuando se le tapa el agujero con otro pedazo de barro que no es mas que polvo con agua. Muy bueno será el argumento, pero yo que hablo como diestro en la profesion, y que he seguido cuantos sistemas se han inventado, digo que todos son muy buenos, para los... médicos. No hay duda en que nos conocia perfectamente Quevedo cuando dijo:

Cura gracioso y hablando
Sus vecinas el doctor;

Y siendo un grande hablador,
En un mátalas callando;
A su mula mata andando;
Sentado mata al que cura;
A su cura sigue el cura
Con réquiem y funeral;
Y no lo digo por mal.

La mejor cura, pues, de las curas, es no curarse, para que no venga el cura detrás de la curacion. Médicos hay *Sangredos* cuyo sistema es sangrar *física y metálicamente* á todo el que le llama, convenga ó no convenga al enfermo: otros que le ordenarán á vd. baños por la mañana, baños al medio dia, baños por la tarde y baños en la noche, aunque tenga vd. una fiebre devoradora; y otros en fin que siguiendo un sistema contrario, le quemán á vd. por fuera y le abrasan por dentro, sin que le dejen á vd. morir siquiera descansadamente.

Como este es el primer exámen de conciencia que he hecho desde que vine al mundo, no es extraño que me olvidase de uno de los pecados mas *gordos*; esto es, de haber faltado al segundo mandamiento que dice, *no jurarás el nombre de Dios en vano*, y con el cual rara vez cumplen la mayor parte de los médicos y mucho menos aquellos que á puro matar han adquirido gran celebridad entre los... sepultureros. Nosotros juramos curar de balde á los pobres; pero cuando lo hacemos, que es *una vez al año*, como el precepto de confesion de la Iglesia, mas parecemos verdugos, por la mala cara que ponemos á los infelices que nos van á ver á nuestra casa, que remedidores de los males del prójimo. Puestos en ala los reumáticos, los que padecen de los ojos, los tísicos y los tullidos, esperan con ansia en el zaguan, nuestra llegada, como esperan los judios la llegada del Mesías; pero cuando ven bajar al médico de su lujo

coche ganado á fuerza de brebajes, solo oyen estas palabras pronunciadas con el despotismo de un alcalde de barrio. *No tengo tiempo para ver á Vdes. ahora: vuelvan mañana: vean Vdes. á otro;*" y como este otro y todos los otros dicen lo mismo, da por resultado que los tullidos de tanto ir y venir tras los medicos, sanan, lo cual es un bien debido al facultativo; los tísicos mueren, que lo mismo les hubiera sucedido si les hubieran curado, y los que padecen de los ojos, ciegan con el ardor del sol, que es un resultado igual al que hubieran dado los colirios recatados por el médico: lo cual nos prueba que el pobre es el mas infeliz de los nacidos, pues hasta los médicos rehusan curarlos para quitarles los padecimientos con la.... vida.

Aquí daba fin el exámen de conciencia del émulo de Hipócrates.

—Segun lo que has dicho respecto á los médicos, no parece sino que has tratado mucho con tanto charlatan que nos viene de otros países, perjudicando á los buenos facultativos del país.

—Demasiado que los conozco; pero continuad, señor gallo, vuestro testamento.

—Sí: coje la pluma, y concluyamos.

Iten. Dejo en cierta calle una muestra que ha llamado siempre mi atencion, en la cual se lee:

HOTEL DE CABALLOS.

No será difícil, exclamé la vez primera que leí este rótulo, que me encuentre por ahí sobre la puerta de otro establecimiento

CABALLERIZAS PARA HOMBRES.

pues cuando hemos llegado á una época en que los caballos viven en hotel [palabra francesa que no está admitida por la academia española], no será difícil que las personas almuercen y coman en caballeriza.

Iten. Dejo en la tercera calle de San Juan otra muestra algo mugrienta que dice:

Paja, maiz y cebada

Fonda al estilo del país.

¡Gracias á Dios, dije interiormente cuando leí este rótulo, que he logrado encontrar contestacion á la pregunta que hace Villergas á su amigo Ayguals en la siguiente cuarteta:

¡Qué afrentará mas á un hombre
Que de ilustrado se precie,
Comer cebada en cazuela
O salchichon en peasebre?

Y deseando saber si era cierto lo que la muestra decia, entré á la fondita y pedí que le sirvieran á un periodista criticon que me acompañaba, un poco de maiz paja y cebada, en una cazuela. Al oirme, el criticon y el fondista se me quedaron mirando sorprendidos. ¡Maiz paja y cebada!.... —esclamaron los dos á la vez. —Sí, respondí yo; ¿pues no es eso lo que hay en esta fonda? —Sí, señor, me respondió el dueño de la fonda; vendemos, como dice el rótulo, maiz, paja y cebada; pero esto es independiente de la comida para las personas: el lebrero tiene arriba con letras negras, maiz paja y cebada, y debajo, con letras coloradas, fonda al estilo del país. —Pues quítele vd. las negras y mude vd. á otra parte su maicería, si no quiere que otro se lleve igual petardo. —Lo haré, señor, ahora mismo; y al decir esto, tuve el gusto de ver borrar el renglon de arriba, aunque todavia se conoce lo que decia.

Iten. Dejo otra muestra que dice así

"Aquí se hacen sombreros para padres de pelo y seda."

¡Que bonitos estarán esos padres de pelo y seda! es-

clamé al leer tal disparate; y no bien acababa de decir esto, cuando vi otro rótulo con estas palabras.

"Velas superiores de sebo, jabon, manteca, y otros varios comestibles por mayor y menor."

— ¡Delicados manjares! señor gallo.

— Si; deliciosos.

Item; dejo otra porcion de cosas dignas de criticarse; pero como este seria el testamento de nunciar acabar, quiero dar fin aqui, por no cansar mas al lector ni á tí que lo escribes.

Y por el presente revoco y anulo cualquiera otro testamento ó testamentos, codicilo ó codicilos que yo haya hecho y otorgado, para que no valgan ni tengan efecto alguno en juicio ó fuera de él, ahora ni en tiempo alguno que parezca y sea mostrado, aunque tenga cláusulas derogatorias y palabras particulares de que haya de hacer especial mencion, de las que al presente no me acuerdo y doy por espresadas literalmente; y quiero y mando que el presente se cumpla y ejecute como mi última y deliberada voluntad en la forma y modo que mejor lugar haya en derecho. Así lo otorgo y firmo ante el Sr. Zamacois á 19 de Noviembre de 1855, siendo testigos todos los millones de personas de todas edades, sexo y condiciones, moradores del mundo. Y yo el que esto escribo, doy fé, aunque no soy escribano, de que conozco al otorgante, quien á lo que parece se halla en su entero juicio, acuerdo y cumplida memoria: en testimonio de lo cual lo firmo.

Niceto de Zamacris.

FIN.

Erratas notables.

En la página 15 línea 26 donde dice Del heroe de Manchego: lease: el heroe Manchego.

En la página 27 línea 25 donde dice Cojeré tu plata pura: lease: Cojeré tu plata dura.

Página 38 línea 14 dice: Si es en noche clara la luna: lease: si es noche clara la luna.

Página 164 línea 7 dice: D Antonio ud: lease: D. Antonio V.

Página 167 línea 14 dice: Arturo: lease: Carlos.

clamé al leer tal disparate; y no bien acababa de decir esto, cuando vi otro rótulo con estas palabras.

"Velas superiores de sebo, jabon, manteca, y otros varios comestibles por mayor y menor."

— ¡Delicados manjares! señor gallo.

— Si; deliciosos.

Iten; dejo otra porcion de cosas dignas de criticarse; pero como este seria el testamento de nunciar acabar, quiero dar fin aqui, por no cansar mas al lector ni á tí que lo escribes.

Y por el presente revoco y anulo cualquiera otro testamento ó testamentos, codicilo ó codicilos que yo haya hecho y otorgado, para que no valgan ni tengan efecto alguno en juicio ó fuera de él, ahora ni en tiempo alguno que parezca y sea mostrado, aunque tenga cláusulas derogatorias y palabras particulares de que haya de hacer especial mencion, de las que al presente no me acuerdo y doy por espresadas literalmente; y quiero y mando que el presente se cumpla y ejecute como mi última y deliberada voluntad en la forma y modo que mejor lugar haya en derecho. Así lo otorgo y firmo ante el Sr. Zamacois á 19 de Noviembre de 1855, siendo testigos todos los millones de personas de todas edades, sexo y condiciones, moradores del mundo. Y yo el que esto escribo, doy fé, aunque no soy escribano, de que conozco al otorgante, quien á lo que parece se halla en su entero juicio, acuerdo y cumplida memoria: en testimonio de lo cual lo firmo.

Niceto de Zamacois.

FIN.

Erratas notables.

En la página 15 línea 26 donde dice Del heroe de Manchego: lease: el heroe Manchego.

En la página 27 línea 25 donde dice Cojeré tu plata pura: lease: Cojeré tu plata dura.

Página 38 línea 14 dice: Si es en noche clara la luna: lease: si es noche clara la luna.

Página 164 línea 7 dice: D Antonio ud: lease: D. Antonio V.

Página 167 línea 14 dice: Arturo: lease: Carlos.



CE